



NOSOTROS

A PROPOSITO DE UNA TESIS SOBRE ALBERDI

Entre las muy pocas tesis buenas con que nos regalan nuestros doctorados de la Facultad de Derecho, hay algunas que son dignas de especial mención. Refiriéndome a las que conozco de las más recientes, puedo citar la del doctor A. Pestalardo, *Historia de la enseñanza de las ciencias jurídicas y sociales en la Universidad de Buenos Aires*, la del doctor T. Becú, *Impuestos al mayor valor de la propiedad inmueble*, ambas de 1914, y la del doctor S. Baqué, *Influencia de Alberdi en la organización política del Estado argentino*, del año en curso. Las tres han sido premiadas, con lo que se ha hecho algo muy justo.

La primera descuella por lo rico de su información de primera agua. El respectivo asunto es complejo en varios sentidos: investigación de antecedentes nada fáciles, compulsas de archivos diversos, superior dominio de cada una de las asignaturas de los planes, sentido jurídico bien sintético, dialéctica segura, etc. El autor ha superado todas las dificultades con pie bastante firme. Acaso cupiera una sola observación: falta en el trabajo, por lo menos en dosis adecuada, la parte crítica — en el más amplio y noble concepto del término — relativa al examen y al valor de los distintos planes estudiados.

La segunda es notable por su originalidad, por lo generoso de la doctrina y de la erudición, por la prudente audacia con que se encara un tema tan opuesto al tradicionalismo de nuestros cri-

terios económicos y a lo vetusto y anticientífico de nuestro régimen contributivo, por el positivismo de sus premisas que arraigan en numerosas estadísticas oficiales, por lo práctico de su tendencia, que no sólo confuta lo existente, sino que llega a formular reparos a las iniciativas que han querido aquel impuesto entre nosotros, y que hasta condensa en todo un proyecto de ley lo que podríamos llamar las conclusiones de la obra.

Y las dos entrañan el mérito de ser bastantes ajenas a la preparación universitaria de sus autores. La primera sería más propia de una Facultad de filosofía o de pedagogía, cabalmente por lo que su contenido es, en principio, de ciencia educacional. Y la segunda es casi de exclusividad económica, para lo cual no puede bastar el curso de elementalidades que sobre economía se sigue en la Facultad de derecho. Se ve así cuán grande es el aporte personal y de autoeducación que los autores han debido allegar al efecto.

La del doctor Baqué, que es la que deseo examinar más en detalle, siquiera en obsequio a su mayor actualidad, es más preponderantemente jurídica: de derecho público, casi de sociología constitucional. Es de observar, de paso, que como las anteriores, está un poco lejos de versar sobre el derecho privado, que es el gran núcleo del contenido de la Facultad; con lo cual se acusa, de parte de las autoridades de la misma que fijan los temas, una predilección acentuada por tópicos, interesantes sin duda, pero un tanto incidentales o extraños a la institución, o bien alguna incapacidad de parte de los profesores de derecho privado para hacer resaltar la decisiva y actual importancia de las disciplinas civiles y comerciales, cuando no una concurrencia de ambos órdenes de factores.

No son escasos los méritos del trabajo, a pesar de varios defectillos tipográficos que afean la impresión y el juicio visual y estético de la exterioridad, y que resultan explicables ante el apremio con que entre nosotros se lleva a efecto tareas así.

Buena expresión gramatical y literaria: sobria, fácil y hasta elegante. Excelentes fuentes informativas: de todas las épocas, de los más variados autores y archivos, siempre de primera mano y de los juicios y partidos más diversos. Objetividad constante, que conduce al autor a barrer con cualquier prejuicio, propio o extraño, y a examinar la obra de Alberdi en su misma realidad, claro está que tal como ésta se tamiza al través de su tempera-

mento. Con ello queda dicho lo necesario en punto a honestidad intelectual, a imparcialidad de opiniones y a subjetiva justicia de examen: quien considera cosas o instituciones en su natural esencia, no puede menos que derivar exclusivamente de ésta todas sus conclusiones. Y es así cómo se llega a esta otra virtud: a la del juicio personal, a la del criterio propio, según es aquí el caso, en cuyo mérito el aporte de lo individual en la obra es poco menos que soberano.

Pero todas estas cualidades, y otras más o menos afines, que omito *brevitatis causa*, con ser bien apreciables, resultan, con diferencias meramente graduales, posibles para todo aquel que tenga vocación y empeño, por mucho que no siempre alcancen la altura a que aquí han llegado. De ahí que deba apuntar una final, que es rarísima en nuestros doctorandos: es la del «métier», de la experiencia, del autodomínio del pensador y escritor, que se presenta ya con un tipo definido y que arriba, lo que es muy difícil aun en los avezados, a ser su primer juez. Véase en la página 12 esta preciosa reflexión, por lo demás bastante injusta: «Por fin, este es un trabajo de buena fe y sinceridad: *lo están diciendo la inmodestia de su tono y la ingenuidad de su aire de suficiencia*». Esta condición no puede resultar sino de la objetividad a que hacía alusión, y, sobre todo, del hábito, del doble hábito previo de meditar y de escribir. En lo común de las situaciones, nuestros autores de tesis han tomado la pluma por primera vez con motivo de su trabajo doctoral: de ahí lo infantil de sus juicios cargados de subjetividades, y lo colegialesco de su estilo hesitante o exornado de imágenes que son la esencia misma de lo desadaptado y hasta de lo ridículo. Nuestro autor se halla en otro terreno: ha estudiado y ha escrito antes de redactar su tesis, lo cual, ayudado por nativa predisposición, le ha cimentado pensamiento y elocución. Véase, a propósito, esta alegoría de la página 28, que se le ha ocurrido con motivo de la vida solitaria que llevara Alberdi: «Los hombres son como las piedras: aisladas, abandonadas después de salir de las canteras, están llenas de puntas y de filos que hieren; agrupadas y llevadas por la corriente, son el canto rodado, liso por todas partes y grato al tacto».

Pero lo más importante de su trabajo se halla en el contenido, en el fondo del mismo. Y a tal respecto cabe apuntar que acaso su punto de vista personal, su principio contra todo lo que sea juicio hecho o afirmación dogmática, lo ha conducido

algo lejos: su justicia se hace severa, su independencia se vuelve un tanto olímpica y su objetividad toma matices de preconcepción. Como que en fuerza de querer ser sereno y frío, para no dejarse sugestionar por el ditirambo tan en boga respecto de Alberdi, llega a ser un poco parcial.

Así, en la página 68 y siguientes dice que en Alberdi todo tenía a promover y fomentar los intereses materiales de la industria y del comercio, cosa que repite en la página 85. Ciertamente que en la página 89 advierte, a propósito de las ideas que aquel tenía sobre el fomento de la inmigración, particularmente de la anglosajona, que éstas se referían al momento, y que «en tal sentido y como arbitrio circunstancial su consejo era bueno»; malgrado haber consagrado tres páginas previas a la crítica de las mismas como insuficientes, como subalternas y aun como peligrosas. Mas vuelve a la carga en la página 104, donde, después de aceptar que el concepto de la civilización material que Alberdi prestigia «es útil para un país inorgánico que carece de los elementos que da esa civilización», por lo mismo que «si bien es cierto que no sólo de pan vive el hombre, es más exacto todavía que lo primero que necesita para vivir es el pan»; concluye afirmando que «el error de Alberdi consiste en haber hecho de los intereses materiales el motivo *único* de su preocupación», pues en su obra «no hay ninguno de esos *élans* del espíritu hacia algo mejor y más noble, que se llaman ideales». «*Ni por un momento*, agrega, ha imaginado Alberdi, siquiera para un futuro remoto, el espectáculo de una Argentina en que los hombres tuvieran como fin de la vida la realización de la justicia después de haber vencido todos los impulsos egoístas»...

De ahí que, a su juicio, aquel concepto resulte demasiado pedestre y hasta grosero, y deba ser sustituido por otro superior, por el del «culto de los valores morales», por «la paz del espíritu antes que por el progreso de las usinas», que obligue a los argentinos a «olvidarse un poco de Alberdi», ya que el criterio de éste «era más que de estadista de hombre de negocios»; que nos haga comprender que «hay otros modos de llegar a la felicidad», sin necesidad de desear el fomento inmigratorio que aquél quería; que es «más honroso para la Argentina haber dado al mundo la doctrina Drago, que ser su proveedor de cereales y carne»; que para todo ello es indispensable la creación de más universidades, la incorporación de los estudios clásicos a la ense-

ñanza nacional, la adopción de programas de gobierno que realcen la personalidad humana en sus bienes esenciales: la libertad y la independencia; que es preciso crear la «teoría» de la *argentinidad*, así como derribar el materialismo y el mercantilismo de las concepciones alberdianas; que todo eso no es utopía, pues ya hay mil indicios de que la generosidad, la nobleza y el altruismo son la virtud nacional; y que aunque fuera utopía, esta es «el principio de todo progreso»; etc. (páginas 87, 91, 92, 121, 186-7).

Creo que la inculpación, aun temperada como se la formula, dista de poder sostenerse; y afirmo que el autor ha dogmatizado un poco en su parte positiva del «culto de los valores morales», sin haber aportado al respecto ninguna demostración concluyente.

La nobleza, el altruismo, la libertad y la independencia individuales... ; Pero si Alberdi no ha querido otra cosa! Lo que hay de diverso es que encara todo ello de otra manera que la que nos es habitual: como hechos y no como palabras, como realidades y no como fantasías impresionistas o líricas. Lo que hay, también, es que lo coloca en su lugar y grado, convirtiéndolo en lo único que puede ser: en un ideal supremo, al cual no se puede llegar sin antes haberse sedimentado las condiciones que lo hagan efectivamente posible: la libertad y la independencia económica del individuo y del agregado, la cultura de todo el mundo, la noción solidaria y nacional, etc. Lo que hay, por último, es que Alberdi no confunde, como hacemos los latinos (particularmente los de América) el fin con los medios, y quiere que éstos sean previos. De ahí que su solución fuera circunstancial: propia de la época, de los lugares y de las gentes y cosas.

Extraña, pues, que su pensamiento haya podido ser deformado y empuqueñecido. En la página 24 de sus *Bases* (edición de 1858), dice, con efecto, que precisa no olvidar los grandes fines del derecho constitucional, como la libertad y la independencia; pero que nuestros países deben preocuparse «de los hechos más que de los nombres», y fijarse «no tanto en los fines como en los medios prácticos de llegar a la verdad de esos fines»; que esos medios no pueden ser otros que la inmigración libre (y no protegida, como pretende hacerle decir nuestro autor, a pesar de la insistencia de Alberdi al respecto en el Prefacio, en la página 44 y siguientes y en varias otras partes, sin dejar de lado el mismo *Sistema rentístico*, según puede verse en la página 513), la industria, el comercio, los ferrocarriles, etc., «no en lugar de aque-

llos grandes principios, sino como medios esenciales de que dejen ellos de ser palabras y se vuelvan realidades», por lo mismo que «los Estados, como los hombres, deben empezar por su desarrollo y robustecimiento corporal». Léase, en las páginas 47-8, las evidentes virtudes sociales y políticas que atribuía a los ferrocarriles, y que los hechos se han encargado de comprobar a cada momento. «Hoy, dice en la página 66, debemos asegurar la independencia y los demás fines constitucionales, por el engrandecimiento material y *moral* de nuestros pueblos». Ese mismo concepto circunstancial se repite no pocas veces: me bastará citar la página 139, donde afirma que la misión constitucional es esencialmente económica, y que «todo lo que se separe de este propósito es intempestivo, inconducente *por ahora*». «Después de los grandes intereses económicos» deben entrar los restantes, por lo mismo que son últimos, sienta en la página 70. Y el artículo 84 de su proyecto de Constitución, obligaba al Presidente a jurar que protegería los intereses *morales* del país.

Podría creerse que Alberdi llegaba a anteponer las exigencias industriales y comerciales a las necesidades educacionales de nuestra población inculca, como parece dar a entenderlo nuestro autor en la página 114, donde examina el concepto alberdiano de que «la educación no es la instrucción». Y se erraría. No sólo incluyó Alberdi «el fomento de la *educación* popular» entre los *desiderata* del preámbulo de su proyecto de constitución, sino que ha tenido en esto, como en otras cosas, una visión tan feliz de la realidad que se ha anticipado aun a grandes mentores de la humanidad. Dejaré de lado lo de las épocas guerrera e industrial de los pueblos, que son el eje de las construcciones sociológicas de Comte y de Spencer, ya que no están en tela de juicio, y a cuyos respetos habría que leer, entre otras, las páginas 52 y 149 de las *Bases*. En cuanto al tema que me ocupa, ha precedido a este último en lo de que es el sentimiento lo que hay que educar, y no la idea, y en lo de que la instrucción es mucho menos un fin que un medio de educación; con lo cual se ha dado por tierra con aquello de Víctor Hugo, y de casi todo el mundo, de que «por cada escuela que se abre se cierra una cárcel», etc.

¿Qué es la instrucción según Alberdi? Es el medio, es el instrumento para conocer. Pero eso es todo. Y la cultura limitada a ello no puede dar otra cosa que lo que es moneda corriente, aun hoy, en todos los países latinoamericanos: «charlatanismo, ociosi-

dad, demagogia y presunción titulada» (página 33). «En Chiloe y en el Paraguay, dice en otra página (144), saben leer todos los hombres del pueblo (pásese por alto la evidente exageración); y sin embargo son incultos y selváticos al lado de un obrero inglés o francés que muchas veces no conoce la o». En esa misma página agrega esto otro: «Creéis que un araucano es incapaz de aprender a leer y a escribir castellano? ¿Y pensáis que con eso solo deje de ser salvaje?» De ahí su gran consejo de la página 155: «En la elección de los funcionarios nos convendrá una política que eluda el pedantismo de los títulos tanto como la rusticidad de la ignorancia... El simple buen sentido de nuestros hombres prácticos es mejor regla de gobierno que las pedantescas reminiscencias de Grecia y Roma... Se debe preferir, en general, para la elección de los funcionarios el *juicio* al *talento*... En Sud América el talento se encuentra a cada paso; lo menos común que por allí se encuentre es lo que impropiamente se llama *sentido común*...»

No, pues. La mera instrucción, la pura enseñanza, la cultura estrictamente intelectual no resulta educadora. Nos enriquecerá las ideas, nos refinará la mente, pero carece de positivo influjo sobre los sentimientos y sobre el carácter: mentiremos con más arte, bastardearemos las leyes y las instituciones con más elegancia, serenos desechos de la medicina o de las humanidades en vez de ser mediocres burgueses del comercio, de la industria y de las demás profesiones que consideramos subalternas; pero no dejaremos de ser falsarios, de resultar conculcadores del derecho y de vegetar en el proletariado. Ya lo han dicho, y demostrado, Larra y Ferri, en punto a los delincuentes que seducen en lugar de violar, que «especulan» en la Bolsa en vez de estafar, o que roban con automóviles y con perforadores eléctricos... *Pauper dominum, non sortem mutat*, ha dicho por ahí Fedro.

Educación: ésto es lo que necesitamos, vale decir, capital subjetivo de emociones, de nociones sentidas, de tendencias, de voluntad, de actividad; ya que la vida es, por definición, movimiento y acción, y no especulación del pensamiento. Y no hay al efecto nada mejor, según Alberdi, que «la acción espontánea de las cosas», así como «el ejemplo de una vida más civilizada que la nuestra» (página 32). ¿Qué se requeriría para ello? «Los hechos prueban, dice en la página 33, que se llega a la moral más presto por el camino de los hábitos laboriosos y productivos de esas

nociones honestas, que no por la instrucción abstracta»: de ahí todo el plan de pragmática acción que desarrolla enseguida, y que se resume en ciencias y artes de aplicación, en lenguas vivas («el idioma inglés, como idioma de la libertad, de la industria y del orden, debe ser aun más obligatorio que el latín»), en conocimientos de utilidad material e inmediata, en cosas prácticas (comerciales e industriales), etc. Se impone, también, el influjo de masas inmigratorias que vengan con hábitos arraigados de orden y educación (pág. 43), como es la europea, particularmente la sajona. «No es el alfabeto, estampa en la página 144, es el martillo, es la barreta, es el arado, lo que debe poseer el hombre del desierto, es decir, el hombre del pueblo sudamericano»...

No hay nada más exacto: ni Montaigne, ni Pestalozzi, ni Rousseau — que, por lo demás, no parece haber conocido ni leído Alberdi — han dicho diversamente ni mejor. Y la prueba experimental de tales principios es concluyente en más de un sentido. Desde luego, los pueblos más prácticos del mundo, como los germánicos y los sajones, son los mejor educados para la vida, los más morales, los más ricos, los más altruistas y los más poderosos (no se olvide, a propósito de Alemania, la bicefalía de los germanos, que, según el P. Didon, los presenta como metafísicos y los convierte en hombres de acción muy positiva y real). En cambio, los países latinos, si bien a veces más brillantes, son mucho más declamadores y teóricos, y mucho menos consolidados en casi todos los aspectos de la vida: doméstica, profesional, política, social, etc. Y en punto a nuestros propios países: ¿quiénes son los que ocupan los lugares más altos de la cultura total? los sajones o los latinos? De estos últimos mismos, ¿cuáles son los más adelantados?, los que se han quedado con el latinismo «incontaminado» de la colonia, o bien los que han fecundado su elemento étnico con la incorporación de grandes masas extranjeras de la Europa civilizada, que les han aportado la sugestión inconscientemente educadora de sus costumbres de orden, de trabajo y de previsión?...

¡Oh, el mágico poder de las palabras y frases sonoras que tanto nos llenan la boca! El materialismo «grosero», el mercantilismo «subalterno», los «valores morales», los «ideales» y todo el resto de la larga letanía del «desinterés», del «arte», de lo «superior» en países que son la apoteosis del andrajo y toda una orgía de miseria; que carecen de escuelas de primeras letras

(el país latinoamericano más adelantado cuenta con 45 % de niños en edad escolar totalmente analfabetos; y la progresión llega, sin contar el caso excepcional de Méjico, que es la ignominia de todo el continente, a 70, a 80 y aun a 89 %); que desconocen casi las vías de comunicación (el más progresista de ellos cuenta con 4 $\frac{1}{2}$ metros de ferrocarriles por habitante, y la inmensa mayoría se halla muy por debajo de la simple unidad); que en bien poco han aumentado su población en una centuria de vida independiente; que cuentan con proporciones de nacimientos ilegítimos que superan, hasta en el doble, a los legítimos; que son víctimas de enfermedades endémicas, que no requerirían otra cosa que higiene y un dejo de altruísmo; que tienen tablas de mortalidad que pasan del 30 por mil; que consagran a la fuerza armada $\frac{1}{5}$, $\frac{1}{4}$ y hasta $\frac{1}{3}$ de su presupuesto total, cuando se limitan a destinar $\frac{1}{20}$ o $\frac{1}{30}$ a la educación; que sacan sus recursos de los impuestos más injustos (los del consumo, que se fundan en la necesidad y no en la riqueza); que vegetan en una clorosis económica que se revela ante el hecho de que 17 de ellos tengan apenas un comercio internacional que ni iguala al del más adelantado de los mismos, con ser el de éste bastante pobre con relación proporcional al de los demás países del mundo civilizado; que tienen deudas públicas aplastantes; que viven empuñados y que son la definición de la bancarrota y del descrédito!... Ante tal situación de necesidades primarias no satisfechas, ante tal derrumbe de todo lo que es buen sentido y gobierno un poco serio, ante tal vergüenza colectiva, en verdad que se acierta muy mal con la prédica de la cultura clásica y de las nonadas restantes que resultan declamación pura, ensueño de ilusos o preclaro infantilismo.

Hay en ello una desubicación mental que es típica y que reviste toda la enorme fuerza de arraigo de lo que es un prejuicio. No se comprende que no basta fundar universidades, mientras no se prepare adecuadamente la consiguiente población escolar con una cultura primaria y media que le despierte vocación y que la lleve, espontánea y naturalmente, a la cultura superior y no al doctorismo claudicante que nos atosiga. No se ve que la educación clásica, como cualquier otra educación, no puede ser impuesta desde arriba, y que así no puede ser dada sino a quien «tiene hambre de ese alimento», como dice por ahí Nietzsche, lo que no puede ocurrir en pueblos nuevos que necesitan integrar lo más rudi-

mentario y material de una cultura plenamente utilitaria. No se descubre que, en esto como en todo, lo primero es primero y no último, que lo físico precede a lo moral, que lo material es anterior a lo espiritual, que el interés y lo útil son más inmediatos que el desinterés y el ideal, que lo superior implica lo inferior en que se asienta, y que la cultura de los valores morales y de los principios supremos del arte y de la filosofía corresponden a momentos evolutivos de los pueblos — ya consolidados étnicamente, económicamente, científicamente, moralmente, etc. — a que nuestros países no han llegado ni en sueños.

Tómese el caso de los Estados Unidos, tan tildados de materialismo utilitario y tan vilipendiados con lo del culto por el dólar. No hay país latinoamericano que se les aproxime, ni remotamente, en expresiones de vida espiritual y elevada. Su sistema educacional es simplemente una maravilla, superior, en cantidad y en calidad, al de casi todos los países del mundo. El altruísmo de sus instituciones de previsión y de beneficencia es de la más primera agua (cuando entre nosotros ello es poco menos que ignorado; y si acontece lo contrario es debido a iniciativas oficiales, y no a la privada de los que claman por desinterés y por homenaje a causas solidarias, y se quedan luego tan tranquilos, satisfechos con haberse limitado a gritar o a hacer una frase). Nada se diga con relación a su vida económica del comercio, de la industria y de las vías de comunicación, pues que todo ello, así como lo que concierne a su situación financiera, está fuera de cualquier discusión. Basta con que apunte algunos datos con relación a los aspectos menos utilitarios y más socialmente civilizadores. Así: en materia de ferrocarriles, cuentan con más de 5 metros por habitante, malgrado lo relativamente denso de su población; en punto a líneas telegráficas, con más de 30 metros por habitante, al paso que la mayoría de nuestros países no llega a 4; el número de piezas de correo pasa de 200 por alma en cada año, siendo así que en nuestros países son pocos los que alcanzan la doble cifra, y no son escasos aquellos que se conforman con simples fracciones de la unidad; y en lo concerniente a teléfonos, sobra con decir que los Estados Unidos son su patria, y que ni en Europa ni en parte alguna del mundo hay quien se les acerque.

Fuera de todo ello, su ingeniería ha revolucionado, con toda audacia y casi «de fond en comble», las concepciones arquitectó-

nicas y lo más importante del maquinismo industrial; los tribunales juveniles, y toda la serie de instituciones que en la época actual educan y protegen la infancia abandonada y amoral, son obra de los yanquis; no hay país en el mundo que conozca y practique como los Estados Unidos lo de la función social de la riqueza; el sentimiento religioso de los yanquis es tan hondo y sano como el de los ingleses, y mucho menos a flor de labio, epidérmico, formalista, ciego y de predominante exterioridad que el común a los latinoamericanos... ¿Y qué país de los nuestros puede alardear, sino en pequeño, con hombres de gobierno como Washington o Lincoln, con patriarcas de democracia como esos mismos hombres y como Franklin, con pontífices educacionales como Horacio Mann, con jueces austeros y soberbios como Marshall, con historiadores como Bancroft, Irving y Prescott, con artistas como Whistler, con filósofos de la más pura agua como Emerson o James, con aedas soberanos como Longfellow, Walt Whitman o Poe, con inventores como Morse, Hughes, Graham Bell y Edison, con psicólogos tan eminentes como Baldwin o William James... , cada uno de los cuales goza de reputación mundial, al paso que nuestros hombres directores apenas si han logrado, y esto en casos para cuya cuenta sobran dedos de una mano, una fama que no ha salvado los límites de la América hispánica?

Si esos son los frutos del «mercantilismo y del «prosaísmo» de los intereses inmediatos ¡benditos sean! Pero es que no podría ser de otro modo. La previa consolidación étnica, política, económica, educacional, moral y social de un pueblo, da pie para que sus miembros, relativamente despreocupados de exigencias «subalternas», puedan consagrarse a la alta especulación intelectual y afectiva de la ciencia, del arte y de la filosofía. De dónde y cómo podría ser así en nuestros países, cuyos habitantes necesitan dedicar todo su tiempo y toda su actividad a la conquista del bienestar más inmediato de su alimento, de las obras públicas, de la higiene, de las escuelas de primeras letras y de todo el resto?

Ni la menor duda puede caber, si se analiza con un poco de objetividad y sin prejuicios. Y conste que hago el debido honor a todos los que propalan aquello de los grandes ideales y de la vida desinteresada. Como que razonan de su punto de vista individual. Ellos sí se han independizado, por una razón o por otra.

en esta forma o en aquella, de lo más orgánico de la existencia, y han logrado esa alta comunión espiritual con los valores morales de la emoción y del pensamiento supremo. De ahí que con la mejor buena fe puedan proclamar las consiguientes virtudes de las disciplinas superiores de la afectividad y de la mente. Su error, con todo, es palmario: quieren aplicar lo que tiene así valor meramente accidental y hasta personal, al conjunto de la población, cuando ésta debe empezar por resolver los problemas rudimentarios de la comida, del vestido, de la habitación y del trabajo; y pretenden que los gobiernos y países — este antropomorfismo es de lo más corriente en nuestra sociología empírica y de lírico devaneo — los tomen como modelos, y resuelvan de acuerdo con premisas individuales lo que exige criterios complejos de biología, de medicina, de economía, de educación, de «clases» sociales, de política, de recursos, etc., etc. . . .

Es que nos desubica no poco la educación que recibimos. En principio no conocemos otros maestros que los franceses, así en arte como en filosofía, así en ciencia como en literatura, y tanto en las universidades como en la autodidáctica. El respectivo idioma nos resulta fácil, y nuestro gusto nos inclina — en lecturas, en viajes, en modas, en imitaciones de todos los órdenes — hacia la civilización luteciana. De ahí que no sepamos qué son y qué contienen Inglaterra y los Estados Unidos, y estemos en el limbo acerca de lo que representan en la cultura del mundo Suiza, Austria y Alemania, a menos que lo conozcamos al través de los franceses. . . Y es obvio que Francia se encuentra hoy como Atenas en el siglo de Pericles, o como Italia en el Renacimiento: de ahí su veneración por las cosas de Hellas, su literatura tan quintaesenciada, su arte tan admirablemente superior, sus gustos refinados, sus tendencias tan fundamentalmente clásicas. . . Resulta, pues, de «buen tono», y hasta «viste» bien lo de querer para nosotros una situación semejante. Por lo menos se acusa con ello un espíritu cultivado y elevadamente distinguido. De donde se sigue que quien no comulgue con lo mismo, y quien pretenda un poco de buen sentido en pro de «nuestras» exigencias y de conformidad con «nuestra» situación, resulta un pedestre, un inculto, un grosero y un individuo intelectualmente despreciable. . .

¿Quiere esto decir que ni siquiera debemos pensar en la educación no utilitaria y en el culto de ideales colectivos y nacionales?

La inferencia sería aventurada. Es evidente que no pretendo su exclusión, y que me limito a jerarquizar deberes de buen gobierno y actividades de social dinamismo, así como a indicar que su advenimiento será obra de factores que determinen el natural ambiente que poco a poco los hagan posibles y efectivos. Es así como surgirá la aludida cultura, casi inadvertidamente y por sí sola, y bien lejos de cualquier olímpica actitud individual y de toda finalista intención — como cuadra a los fenómenos sociales, que son siempre efecto de causas objetivamente, lógicamente, fatalmente sociales, y no fruto del deseo ni de la voluntad de ningún individuo, sea éste gobernador, legislador o escritor — y como se asentará sobre bases firmes y con eficiente vitalidad.

Pero esto me lleva demasiado lejos, al extremo de dejar como perdido el hilo de mi análisis. Lo retomo enseguida, en la convicción de que he probado que la crítica de nuestro autor contra la concepción alberdiana de la civilización, es infundada por mucho más de un motivo, y de que en lo atingente a la civilización que éste pretende sustituirle, apenas si ha formulado afirmaciones sin fundarlas, cosa que, por lo demás, y según se ha visto, no le habría sido muy fácil.

Sólo quiero, para terminar con este ya largo artículo, hacerme cargo de dos órdenes finales de consideraciones.

El primero será relativo a la circunstancia de que me he explayado con relación a todos los países latinos de nuestro continente, siendo así que Alberdi se refería a la Argentina. Contesto dos cosas: que en la época en que el gran tucumano escribía, nuestro país se encontraba, poco más o menos, en la misma situación de los demás, y hasta tenía que reconocer la supremacía de algunos de ellos; y que si bien hoy es, en conjunto, un «facile princeps», dista no poco de la altura de la Unión y de la que podría haber alcanzado con lo generoso de sus recursos, sin que se pueda pretender que ha incorporado ya a su capital colectivo la dosis necesaria de elementos «orgánicos» (de consolidación étnica, económica, educacional, etc.), como para despreocuparse de las exigencias inmediatas de su dinamismo, y como para poder consagrarse, como Francia o como Alemania, a lo no utilitario de los «valores morales» y de los ideales superiores.

Y el segundo atañerá a varias críticas sueltas y más o menos secundarias que nuestro autor formula contra Alberdi; con lo cual trasunta la escasa simpatía que éste le ha despertado, mal-

grado estampe por ahí algunos conceptos laudatorios que siquiera le han permitido no romper violentamente con la tradición.

Desde luego, inculpa a Alberdi la preconcepción de que con una carta fundamental la Argentina pudiera resolver los graves problemas de su positiva organización y de su eficiente funcionamiento. No creo que tal haya sido el pensamiento de aquél, que tenía una noción bastante exacta acerca del valor de las leyes y del papel escrito como virtualidades dinámicas en cualquier medio social. Sus expresiones para propiciar y auspiciar la Constitución no pueden ser entendidas sino en el sentido de que ésta era, al fin y al cabo, necesaria y hasta primordial dentro del régimen político o de gobierno del país, y en cuanto resultaba menester hacerla nacer cuanto antes. Bastaría, si no, leer todo el capítulo XVII de las *Bases*, en el cual demuestra cómo y porqué ninguna constitución es obra de los hombres ni de «voluntad general» alguna, sino fruto natural de antecedentes físicos (el suelo, etc.), étnicos, económicos, etc., etc., según puede verse en el párrafo tercero de ese capítulo, que es sabrosísimo y que no transcribo por su extensión. Y bastaría leer toda la página 138 de las mismas *Bases*, de la cual me limitaré a citar esta frase: «No son las leyes las que necesitamos cambiar; son los hombres, las cosas»...

También se le achaca su doble juicio para con Rozas (adopto la ortografía que corresponde en este nombre, de acuerdo con lo demostrado por L. V. Mansilla). Y cabe apuntar que la personalidad y la época de Rozas se hallan lejos de haber merecido conclusiones definitivas, razón por la cual no pueden caber al respecto afirmaciones dogmáticas. De otra parte, precisa no olvidar que en el momento en que Alberdi le quemó incienso, éste era muy joven, y, además, Rozas había conseguido, siquiera, contener la anarquía e imponer un gobierno consolidado. Por último, dobles así existen en hombres que son toda una gloria nacional: San Martín mandó a Rozas, como se sabe, nada menos que su espada cuando lo de Obligado...

Que Alberdi es contradictorio, como lo prueba el que sostuviera primero que la Capital argentina no podía ni debía ser Buenos Aires, y celebrara luego en toda una apoteosis (*La República Argentina consolidada*) la capitalización de Buenos Aires; todo ello después de haber sostenido en la primera edición de las *Bases* que la capital nacional debía ser Buenos Aires... Quisiera yo saber quién habría sido capaz en aquellos momentos de no equivocarse

y de no cambiar de opinión sobre asunto tan eminentemente complejo... Sarmiento mismo ¿no llegó a escribir todo un libro (*Argirópolis*) para demostrar que la capital de nuestro país tenía que ser Martín García? ¿Y hay derecho para sostener, ante circunstancias semejantes, que la obra de Alberdi «es contradictoria en extremo»? (página 80). Y conste que me he referido a la más fuerte de sus contradicciones. Las restantes carecen de cualquier importancia. Como que son propias de quienquiera que vive mucho y hace mucho. El que no se contradice es aquel que nada hace. Pero a ese precio, más vale todo un catálogo de contradicciones... Júzguese de ésta, en la cual se quiere ver algo típico: «En las *Palabras de un ausente*, dice: «la civilización no es el gas, no es el vapor, no es la electricidad, como piensan los que no ven sino la epidermis»... lo cual, como se ve, contradice íntegramente a las *Bases*». Ya he hecho constar, más arriba, que no es exacto que el concepto alberdiano de la civilización estribe en el progreso meramente material; y que si tanto insistió en este sentido en las *Bases*, fué con relación a las circunstancias, a las exigencias del momento y de la general situación de un ambiente nuevo, casi sin cultura y sin los elementos primordiales de su desenvolvimiento.

Tampoco me parece que se pueda hacer hincapié acerca de lo «poco definitivo» de las ideas de Alberdi. Si se alude con ello a los grandes principios directores de todo pensamiento, el juicio no es fundado: su visión de las fundamentales necesidades patrias (población, educación popular, industrias, comercio, vías de comunicación, economía, finanzas, etc.), fué siempre la misma, tanto en fines como en medios. Si se contempla circunstancias accesorias, no veo cómo pueda sostenerse la imputación: la política es, esencialmente, el arte de la contradicción, vale decir, de la adaptación a los modos de ser siempre cambiantes de un medio caótico como era el nuestro, de la satisfacción de las necesidades continuamente diversas que va determinando la evolución, que por su mismo concepto es mutación, es transformación y es diferenciación.

Se quiere encontrar errores, «muchos errores» (pág. 34), en las *Bases*. En más de un caso, lo mismo que en sus contradicciones, son ellos innegables. Pero son igualmente infinitesimales, o no resultan bien interpretados. He aquí los dos sobre los cuales se llama la atención. Dice por ahí Alberdi que «el país que tuviese

tantos códigos civiles, comerciales y penales como provincias, no sería un Estado ni federal ni unitario; sería un caos»; y se arguye con ello que aquél da muestra de no conocer la organización de los Estados Unidos ni los comentaristas de su Constitución. Y en verdad que la frase no da pie para la conclusión. Como que cabe ver en ella una mera opinión, sobre todo del punto de vista de nuestra tradición política y de nuestras necesidades... También se le enrostra su afirmación de que «los Estados Unidos no cuentan un solo teólogo» (*Bases*, pág. 35), sin advertirse el sentido de su expresión: «prácticas, ha estampado dos líneas antes, y no ideas religiosas, es lo que necesitamos; la Italia ha llenado de teólogos el mundo, y tal vez los Estados Unidos no cuentan uno solo». Nada difícil es descubrir que alude a espíritus dogmáticos y ciegos, a individuos que han querido hacer de la religión no un lábaro sino un freno, no asunto de conciencia individual sino materia de gobierno y de absorción, menos un sentimiento que un recurso y mucho más un medio que un fin; todo lo cual habla bien en favor de la verdad, y no del pretendido error, de la afirmación.

Quiero ya dejar de lado otros aspectos. Parece (pág. 119) que no se mira de muy buen grado el que Alberdi condenara cualquier revolución civil (lo que, por lo demás, hiciera con muy buenas razones); en lo cual se erraría bien evidentemente, como lo acredita el hecho experimental y bien repetido de nuestros países, de los cuales los más «revolucionistas» son, cabalmente, los más atrasados y míseros. Y se observa que las lecturas que fueron el alimento o la educación intelectual de Alberdi, no pudieron hacer de éste otra cosa que la que hicieron: «un *dile-tante*», pues «priman los autores de segunda mano y faltan algunos fundamentales» (pág. 35). Hubiera sido de desear que se concretara la observación, para que se pudiera ver quiénes son, a juicio del autor, los autores de segunda mano y cuáles resultan ser los fundamentales. Fuera de ello, por encima de ello, es preciso tener en cuenta que en hombres como Alberdi no se puede inducir gran cosa de las lecturas con que se formaran en su primera edad adulta, aun en el supuesto de que se las conozca con toda precisión, con respecto a su cultura y a sus aptitudes mentales. El capital psicológico de hombres así está en ellos mismos, mucho más que en los libros: de un simple hecho pueden inducir factores bien difíciles y hondos, y con una sola idea pue-

den realizar asociaciones bastante complejas y altas; por lo mismo que son capaces de observación y resultan «poderes soberanos de síntesis», según la expresión de Bovio para caracterizar el genio, cerca del cual se encontraba el fuerte tucumano.

Me parece que hubiera sido mucho más justo y habría revestido mayor valor crítico y científico, el que se hubiese insistido algo más acerca de lo fundamental y de lo general de la obra alberdiana, particularmente de las *Bases*, por lo mismo que casi todo el estudio versa, naturalmente, sobre ellas. Se habría hecho así honor a su valor de forma, a su estilo tan condensado y sentencioso y tan lleno de felices antítesis, al extremo de que no sé de ningún autor argentino ni latinoamericano, sin excluir al mismo Sarmiento, que con menos palabras diga más, con mayor vigor, con más gráfica plasticidad y con mayor sugestión convincente. Y se habría tributado el debido homenaje a quien plasmara, siquiera en un libro, los grandes principios de nuestra organización como país, y a quien tanto influyera — en la medida en que puede hacerlo un individuo, por muy representativo y hasta exponencial que pueda ser — en la consolidación política y en el dinamismo gubernamental de nuestra tierra.

Con ese criterio no se habría llegado a calificar a Alberdi de «diletante», ni a estampar aquel injusto agravio de que «no era un estadista, sino antes un hombre de negocios». Y tampoco se habría podido afirmar (pág. 184) que «las *Bases* han vivido», esto es, que han tenido su época, que han muerto. Sobre ser esto demasiado expeditivo, resulta de un dogmatismo «outrancier». Las *Bases* no han vivido, no pueden haber vivido, no deben haber vivido. Necesita nuestra patria todavía de muchos ferrocarriles, de mucha industria, de mucho comercio, de mucha escuela primaria, de mucha población, de mucha consolidación étnica, de mucha consistencia económica, financiera y «orgánica»; para poder pensar en ideales que en nuestra situación son una pura mentira, para poder soñar en valores morales que en nuestro caso son, hoy por hoy, una simple y vana palabra, y para que, precisamente en esa intensificación de su «fisiología» y de sus satisfacciones inmediatas, se tenga, como en todos los países del mundo (de lo cual es prueba decisiva el «caso» más reciente, y que tan de cerca nos toca, de los Estados Unidos) el medio y la garantía efectivas de la espontánea eclosión y de la natural floración de la gran cultura desinteresada y superior de la cien-

cia, del arte y de la filosofía, que tanto educa y que tanto orienta y da lustre. No ha de ser, seguramente, con frases y con deseos teóricos con lo que habremos de hacerla posible: jamás saldremos así del terreno de lo individual, quiero decir, de lo anodino. Es el «estado social» predisponente lo que deberemos provocar, por lo mismo que ella es de rigurosa fenomenología colectiva, como lo es cualquier expresión de todo ambiente humano (la industria, la educación, la moral, la religión misma...), digan en contrario cuanto quieran los numerosos Oscar Wilde que pretenden reducir el consiguiente problema a términos de exclusivo automorfismo. Y ese estado social no puede estribar en otra cosa que en la condición despreocupada de un pueblo que la sienta y la quiera, por lo mismo que ya ha logrado independizarse de las exigencias inmediatas de la vida; por lo mismo que su situación económica le ha permitido escuelas, museos, bibliotecas, conferencias, libros, etc., que se la han hecho entrever y hasta comprender; y por lo mismo que así el espíritu puede remontarse, voluntaria y libremente, a las regiones ideales de la alta especulación afectiva e intelectual.

Y termino ya. He querido insistir, como se ha visto, acerca del concepto de la civilización, o de la cultura, en países como el nuestro, menos por lo que se imputa a Alberdi que por lo que se trasunta un modo de ver que no cuadra a nuestras exigencias actuales. Me ha llamado un poco la atención el que un espíritu jurista, que ha podido contemplar de cerca nuestra realidad social, haya podido complicarse en afirmaciones propias de literatos y artistas — de casi todos los literatos y artistas de nuestro país y de todos los países que han heredado la civilización grecolatina — que viven en la sugestión de la cultura helénica, y que no tienen un sentido muy desarrollado de las diferencias que hay entre el mundo de las representaciones subjetivas y el mundo de las cosas y relaciones positivamente objetivas.

Por lo demás, y no necesitaría repetirlo, el trabajo que en tal forma dejo examinado, entraña, más que un buen esfuerzo, un buen resultado. Lo que he observado no ha sido, al fin y al cabo, más que maneras de ver. Y ello nada quita al criterio sereno, al juicio levantado, al espíritu de labor, de investigación, de análisis y de general pensamiento que en aquél campean, y que, no tengo inconveniente en volver a decirlo, resultan de primera agua.

A. COLMO.

EL SILENCIO

(A unos ojos velados).

¡Ánima solitaria! son tus penas
mis penas. Lo presiento desde el día
en que aprendimos a callar. Volvamos
al silencio. ¿No escuchas cómo fluye
desde el amplio silencio una armonía
lenta, sedante y grave?
¡Es música de estrellas! Nuestras almas
en el silencio levantarse pueden
a la excelsa verdad, al inefable
misterio de las cosas; y estas penas
pueden trocarse en lípidos raudales
de belleza divina. Desparecen
las sombras murmurantes resbalando
por el silencio eterno,
y en el alma profunda
una beante claridad nos lleva
más allá de las horas,
más allá de la vida...

¡Ánima taciturna! comencemos,
comencemos la vida. Ya no duele
nuestro mal prodigioso que ninguna
palabra pudo revelar. Hundamos
la frente en un profundo olvido,
donde el alma doliente se haga leve
como un rayo de luna;
y en un silencio mismo contemplemos
las vidas transitorias
y el eterno esplendor de las estrellas.

LUIS MATHARAN.

HORAS DE MI TIERRA

Faltaba poco para llegar al término del viaje. El tren se insinuaba por terrenos bajos, en declive hacia esa grieta que divide la provincia de Buenos Aires con el nombre de río Salado, que en épocas de lluvia se desborda inundándolo todo y durante las sequías no sirve para nada. La proximidad del agua se revelaba por la presencia de numerosas aves silvestres, ora posadas sobre los postes del teléfono y los alambrados, o bien cruzando en bandadas por la gran curva del cielo azul. Empezaron a aparecer lagunitas salpicadas de gallaretas, de teros reales y patos. Huían al paso del tren deslizándose sobre el cristal de las aguas, como un haz de saetas que el sol bruñía. Algunos ganados dispersos sobre las lomas lejanas, moteaban de rojo y blanco la extensión de la llanura, cuyo verde feraz ponía en el espíritu yo no sé qué ráfagas de energía. Apareció el ranchito de paja y barro, auténtico, con su escaso grupo de árboles, sus corrales y el pozo de panzudo brocal, donde un crucero desvencijado justificaba largos baldeos de esa fresca y sabrosa agua de la pampa. Se adivinaba allí un puñado de fuerzas humanas desparramadas en la dilatada soledad, bajo soles de fuego y vendabales de cataclismo, arrancándole a la tierra su eterna respuesta...

Sobre un puente sin mayor importancia, cruzamos el río Salado, a la sazón tan pobre de agua, que unas vacas lo estaban vadeando tranquilamente. Las lagunas se hacían más frecuentes y las bandadas de volátiles eran tan nutridas en cierto momento, que por todas partes se desparramaban nadando, volando, zambullendo. Grandes maizales florecidos alzaban su penacho de oro al extremo de los tallos, que el viento ondulaba como un interminable ejército de banderolas pacíficas. Un jinete aparecía de pronto a campo traviesa. Delante de las tranqueras, apeábase. Luego, salvado el obstáculo, emprendía de nuevo el galope y se perdía entre una nubecilla de tierra. ¿A dónde iba en aquella soledad, sin una ví-

vienda en todo el horizonte abarcable? Por eso, en la pampa, la aparición de un jinete tiene siempre algo de fantástico. Si se le preguntara, respondería: ahí nomás...

Estas comarcas poseen su leyenda en nuestra poesía. Hilario Ascasubi radicó por tales pagos el episodio de Santos Vega. Por eso me viene a la memoria una de sus quintillas que, ignoro la causa, me da en su rústica sencillez la sensación intensa de la soledad que quiere expresar:

Cuando era al sur cosa extraña,
Por ahí junto a la laguna
Que llaman de la espadaña,
Poder encontrar alguna
Pulpería de campaña...

Y sin mayores episodios, ya el sol bien alto, arribé por fin a mi destino. La estación de construcción reciente, había logrado agrupar a su alrededor cierto número de esas chatas y desairadas casucas, que parecen copiar la monotonía de la llanura. Algún galpón de zinc, sin proponérselo, daba la nota de exaltación en materia de arquitectura, con sus aleros que quebraban la línea recta de las demás techumbres. Enfrente de la estación una gran laguna.

*

En el andén ya me esperaba Rosendo, hijo del estanciero don Aniceto Rosales, un mocetón curtido y cenceño. Entre dos apretones de mano, me dijo ceceando que el coche nos aguardaba. Era el sulky de los mandados, huérfano de pintura, con más tientos que tornillos y un lado caído por la frecuencia del conductor. El caballo, un rosillo gordo y coludo, dormitaba al sol con estremecimientos de pesadilla, bajo una nube de moscas. Ni se movió cuando subimos. Al tirón de riendas levantó el hocico y sus orejas paradas de pronto con un gesto antipático, demostraron una súbita irritación. Sólo cuando adivinó la inminencia del látigo echó a andar con una enorme pereza.

Un vientito de la pampa, saturado de ázoe, llegaba de los alfalfares y, mientras el sol ya muy alto nos picaba con sus agujones de luz, el monte de la estancia columbrado en una vuelta del camino, anticipaba la frescura de su reposo hospitalario. Ibamos

bordeando lagunitas, salpicadas de juncos y surcadas de zambullidores y gallaretas, esa sabandija que tan desagradables chascos proporciona a los cazadores bisoños. Alambrados y alambrados; casi todos de púas, muchos con un tejido a ras del suelo para evitar la plaga de las liebres. Campos de cultivo, con sus maizales empenachados; campos de pastoreo, con pjaras de grandes cerdos negros, hozando raíces tiernas entre los barrizales o mirando, sin comprender, ante la inmensidad, con la misma expresión que en una vidriera de fiambrería.

A veces, una osamenta toda revoloteada de chimangos. Ennegrecidas parvas de pasto, por un año de intemperie, que el ganado socava en la base modificando su arquitectura y su color, que aparece allí con el oro pajizo de la hierba seca, donde las vacas arrancan y devoran en un destripamiento de pillaje.

Por fin el sulky se va aproximando a las casas. Entre los claros del monte, aparecen fugitivos detalles de las viviendas. Un trozo de muro con los ladrillos rojos desmoronándose al sol; el pozo del agua; el frente de las piezas, bajo el alero que una viña frondosa prolonga con su verde profundo, entre brochazos de cal. Ya, a la sombra de los álamos, que el viento sacude trémulamente, como una gran arboladura, el aire se satura con un olor de violetas, olor de tierra húmeda, que dilata los pulmones, mientras los pájaros cantan subiendo y bajando entre las ramas, como una melodía que circulase a través de todas las cuerdas de un arpa.

El caballo, con la proximidad de la querencia, ha demostrado condiciones de rapidez realmente insospechadas. El viento le agita la crín y desfloca en un hermoso caudal su cola rojiza. Relincha. Un relincho también insospechado, algo como un grito de macho imperioso. . . Y yo que suponía su estirpe concluida en él forzosamente! Y ya estamos enfrente de la tranquera.

Una verdadera jauría acaba de saltar desde el patio, bajo la explosión del ladrido. Hay perros enormes, de una gordura obesa, con la cola y las orejas cortadas, «adornados», como dicen los paisanos; hay perros flacos, de piel sucia y puro esqueleto; hay cusquitos, de esos que parecen nacer por generación espontánea. Atigrados como fieras, manchados como vacas, lanudos como ovejas. . . Y todos ladran, ora en falsete, ora en bronco profundo. Miran al amo con cara de amistad y luego a mí hostiles y erizados, en una transición brusca para que no haya dudas sobre la intención. Por fin el viejo estanciero, que llega con una sonrisa de

bienvenida, desaloja de dos gritos a aquella chusma escandalosa.

Don Aniceto Rosales es un anciano encorvado, pero todavía fuerte. Parece hecho a golpes de azadón y luego puesto a cocer al sol de la pampa. Su cabello es blanco y lacio, y se le pega al cráneo que trae descubierto, con esa adherencia oleosa que tiene la pluma de algunas aves. Los ojos negros y vivaces, conservan sin encanecer el encarrujado de las cejas. Y sus dientes son blancos y sanos como los de un adolescente. Este viejo, con ese aspecto cálido y hermoso, me recuerda a aquel patriarca de Palestina que se había reproducido en cien vientres. Hace años que vive solo en la estancia con ese hijo tan huraño como él a las molicias urbanas, con sus peones y con sus perros. La demás familia se distribuye en Buenos Aires, a golpes de plata, las satisfacciones burguesas. Los varones son abogados, médicos; las hembras, hechas al último figurín, van de pic-nic en tertulia o, sobre el inmenso automóvil, salen a orear por las avenidas de Palermo su sangre ardiente y tumultuosa, apaciguada a duras penas, en el largo acecho de un novio de conveniencia. Y la madre, que aprieta de pies a cabeza sus esparcidas carnazas en verdaderos martirios de seda, va entre la grey abundante, suspirando con resoplidos de gansa emperifollada.

Y allí se ha quedado aquella yunta brava, en medio de los peones y de los perros, sin una mujer para alegrar o para enredar, celibatos que el muchacho quebranta con frescas pitanzas de carne morena, en bailes y escapadas nocturnas, o sobre el rastrojo todavía caliente del sol, como un lecho. . .

— Mis hermanos? . . . — me ha dicho Rosendo, con un gran desdén por los hombres de pupitre, — son unos culo e sastre! . . .

Bajo el emparrado ya nos está aguardando la larga mesa, una mesa de pulpería, debajo de la cual han ido a refugiarse todos los perros. Nos sentamos en bancos y yo logro por fin acomodar mis piernas entre las ancas del «moro» y el hocico del «cachafás», con una inquietud que no tarda en justificarse. Viene el asado, cortado en trozos como la palma, con una verdadera granizada de ajos, sabroso, jugoso, pero terrible. En vasos de doble fondo empieza a gloglotear el tinto, que la damajuana, grande como una tinaja, contiene hasta la boca. Un pan de trincheras, va del plato a las fauces, levantando la salsa y condimentado el bocado. Salvo ligeras atenciones con el huésped, la gente esgrime sus herramientas con provecho propio, en una taciturna masticación. Tanto el viejo

como su hijo se han colocado a los lados de la cabecera que ocupo, más por amistad que por jerarquía, y los peones se han instalado a su vera como en los mejores días de la familia humana. A veces uno de ellos se levanta y, de la tenebrosa cocina, ennegrecida a humo de leña, trae los platos del caldo gordo o bien la ensalada tiernísima o, finalmente, el puchero donde se han hinchado hasta reventar la piel dorada, un par de gallinas... Yo pienso en las bodas de Camacho. En tanto dejo errar la vista por un gran horizonte de cielo azul, de donde parece llegar un cálido aliento de preñez; o bien reposo en el verde de la fronda las fatigadas pupilas, mientras el oído se solaza con el arrullo azorado de las palomas monteras, o el áspero chirrido del tordo, o el avizor pío pío de alguna lejana perdiz. El patio, que es de tierra, empieza a poblarse de una fauna revoltosa y famélica, a caza de piltrafas, librando batallas de pluma y pelo, que terminan en retiradas estratégicas. Los perros a veces ponen en peligro la estabilidad de la mesa, y son tan feroces sus dentelladas y rugidos, que mis pantorrillas tienen azogados estremecimientos. Una parvada de patitos anda a pesca de moscas, con grandes aspavientos; pululan por todas partes gallinas y pollanclos; un lechoncito que corretea lleno de inocencia, sale berreando de una trifulca por cuestiones de manducación.

El zapallo criollo, dulce como una fruta, y los choclos nacarados y lechosos, son devorados con jugosos bocados de pechuga. Y todo toma su vía, que ayuda a despejar en los trances difíciles, una estimuladora caricia del tinto. De una banasta salen los grandes duraznos, cortados aquella misma mañana del monte vecino. Parece que uno estuviera mordiendo doncelleces rotundas. Y el ardor que la siesta comienza a traer de la pampa, hace cada vez más frecuentes en la visión las imágenes capitosas.

Un olor a caronas se desprende de aquellos hombres que rodean la mesa. Son, además de los patronos, dos criollos y un viejo español, con la gran barba gris hecha un matorral. Gente buenísima; hablan poco y de cosas inmediatas. A veces dan un grito o tiran un manotazo para espantar las alimañas. Pero lo hacen con cierto sentimiento paternal, que se explica, pues la soledad teje como un lazo de familia entre los hombres y bestias. No es mi intención observarlos demasiado y así, levantados los manteles, me tumbo en una silla de hamaca bajo la dulzura del parral.

— ¿Qué novedades hay en el pueblo?... inquiera don Aniceto, como de algo que no hubiera apuro en enterarse. — ¿Lo viste a Farías?...

— No... — Contesta el mozo, pensando en otra cosa. Y haciendo una transición ,agrega: — ¿Sabe, papá, quién estaba en la estación?... El comisario Moncada!

— ¿Ya está sano ese pícaro?...

Por los rostros pasa una ráfaga de curiosidad. El mozo, entendiéndome, da detalles que todos parecen conocer. El comisario Moncada era el tenorio del pago y hacía tiempo que se venía aficionando a las hijas del francés Berdier, hombre todavía joven pero un gran borracho. Las dos mayores andaban ya corriendo mundo, después de pasar por sus garras y, últimamente, había comenzado a arrimarse a la menor. Lo peor era que, sintiéndose hostilizado por el padre, por cualquier cosa lo metía preso bajo pretexto de ebriedad y desacato. El francés se habría dicho: antes de que vos me deshagás la familia, yo te voy a matar... Y un día, — con algunas copas de más, — lo esperó por ahí y sin decirle una palabra le descargó a boca de jarro los dos caños de la escopeta. Total: que el francés estaba en la cárcel y el comisario Moncada, a quien todos deseaban ver difunto, volvía rodeado de cierta aureola y con más ínfulas que nunca.

— No hay bribón sin santo aparte! — musitó el español, limpiándose los bigotes con el dorso de la mano y ayudando a los otros peones en los menesteres de cocina.

Como dije, la casa sólo está ocupada por hombres. La familia hace ya diez años que huyó a Buenos Aires. Quedan todavía algunos detalles, que acusan la huella de las manos femeninas, pero el tiempo y el abandono los desquician cada día más, dándoles un sello de gracia ultrajada. Así un espejo con gran marco dorado y entretejido con una cinta de seda. Eso adornó sin duda una pequeña sala o fué gala del tocador de la familia. Ahora está clavado en el patio a la intemperie, y el polvo, las moscas y los chorretes, lo han reducido a un miserable estado. Otros muebles que observé después en el interior de la casa, claudicaban también en la general negligencia.

Caía el sol como una llama flúida. La campaña se había quedado silenciosa, pero con un silencio de esfuerzo en tensión. A ras del suelo, sobre el gran patio de tierra, los corpúsculos de la luz bailaban una danza deslumbrante y sutil. El cielo tenía

un color de hierro que se funde y volcaba su ardorosa caricia sobre los maizales, hinchando y sazizando la espiga.

Bajo un tala desgarrado el caballo dormitaba, sacudiendo incesantemente la cola. Algunos tábanos, casi enterrados entre su piel, le bebían la sangre hasta ponerse repletos. Las moscas quedaban relegadas a una turba zumbadora y casi molesta. Me dió lástima y le tiré encima unas matras. Los perros también dormían con las cuatro patas al aire, en actitudes formidables, o se pegaban a la tierra con aire poltrón. Algún pollancho salía de pronto entre los matorrales y cruzaba el patio en ascuas dando gritos y aletazos de dolor. Los patos, los grasientos patos criollos, lascivos y congestionados, se echaban sobre la tierra en actitudes de nadar o caían sobre el harén siempre dispuesto, y eran allí las pringosas caricias y el atragantarse y resoplar.

Hora terrible en que renace en nosotros el hombre primitivo, husmeando a plena nariz yo no sé qué perfume perturbante. mientras la arboleda parece comprenderlo todo, porque se pone a susurrar un llamado. La arboleda! Tiene como un alma de mujer, un alma fresca y olorosa. Se entra en ella y enseguida la sensación de bienestar que nos penetra, anuncia la presencia de su bondad, dios familiar de aquel templo verde y traslúcido. Pero está siempre poblada de una inquietud femenina. Ora es la brisa cálida que la despeina haciéndola estremecerse, como una respiración anhelante sobre la nuca de una mujer. O bien las chispas locas del sol palpándola y acariciándola aquí, allá, en todas partes, tal un amante que desparramara a millares sus besos de oro. . . La arboleda: amada del misterio, amiga del amor!

El reclamo de las tórtolas monteras, como una queja obstinada; ese arrullo mezcla de lujuria, mezcla de pasión medrosa, se oye por todas partes, hasta producir cierto enervamiento. La tierra se duerme en el bochorno y los seres que en ella aún se mueven, parecen fantasmas del día bajo la claridad cenital, como aquel hombre de la novela de Chamisso que había perdido su sombra. . .

*

Abro los ojos, me desperezo y observo que ya el sol tiende a declinar a espaldas de la casa, mientras los árboles prolongan su silueta desmesuradamente. Chorros de luz, de un oro enrojecido y violento, atraviesan las ramas con sus flechazos y el viejo tala

se empurpura. Todos los seres, todas las cosas parecen transfigurados y hasta los objetos más ruines resplandecen bruñidos y ennoblecidos por aquella pródiga riqueza de color y de luz.

En la casa hay gente nueva. Un paisano haraposo y greñudo, con más trazas de bandido que de hombre de bien, me saluda tocándose el mugriento capacho. Se halla de pie con expresión taimada, acariciándose las barbas. Después supe que era dueño del campo donde estaban los cerdos que vimos a la venida. También me dijeron que era padre de ocho muchachas, todas alzadas con su hombre correspondiente. La última había originado una tragedia en la familia, porque el único hijo varón, ya hombrecito cuando la muchacha dió el mal paso, fué y lo buscó al seductor y se agarraron a balazos. Un tiro le atravesó los intestinos, muriendo de una peritonitis. No me gustó nada el viejo y me volví hacia otro lado. En un carricoche acababan de llegar dos hombres, con caras de hambrientos. Este tipo es en la pampa más común de lo que podría suponerse. Eran unos arrendatarios. Rosendo los saludó con cierta consideración y juntos entraron a arreglar cuentas sin duda, en la pieza de los negocios. Sacaron unas libretas y ahí empezaron los cálculos.

Salí a dar una vuelta. Atravesé el patio con pie ligero, enseguida el monte e inmediatamente me hallé frente a la pampa. Primero fué un campo de rastrojos, donde las espigas del trigo cortadas al ras, hacían de la tierra un enorme cepillo, en que corría peligro de destobillarme. Pero la pradera verde estaba a la vista y de cuatro zancadas llegué a ella después de levantar dos perdices y una liebre.

Para el habitante de Buenos Aires eso de caminar libremente, con todo el impulso lanzado sin fatiga a los cuatro vientos, libre del escollo humano que lo detenga, que la desvíe; que a cada paso modifique su marcha, robándole el goce de su propio dominio. Para el pobre prisionero de esta fatigante ciudad, repito, constituye un paseo de los dioses. Tiene para beber el aire de la inmensidad; tiene para caminar toda la tierra. Y las cosas y los seres que lo rodean son gratos a la vista y al espíritu. Sobre las lomas, donde parece percibirse la redondez del planeta; cerca de las lagunas, llenas de olores y rumores palustres, el corazón se siente saturado de poesía como el pulmón de oxígeno.

Llegado a la linde de los maizales, tomé por la huella que los carros han abierto en medio del plantío y, después de serpear

rodeando una laguna, empecé a subir la loma donde se alzaba el rancho del primer puestero.

— Plac... plac... plac... Buenas tardes!

La vivienda, de paja y barro, era una de esas chozas que en la pampa central llaman *casas de chorizo*, edificio cuyas virtudes ensalza cualquier habitante de la llanura. Frescas en verano, abrigadas en invierno. La que tenía delante se hallaba blanqueada coquetamente y la rodeaba una pequeña huerta, donde las lechugas y los tomates se esponjaban en succulentas promesas. El corral, no muy distante, llenábase en aquel momento con el plañidero balar de la majada recién traída por una muchacha que, sin atender a mi saludo, prolongaba entre la grey sus cuidados haciéndose la distraída, pero sin perderme de vista. La madre apareció por fin en la puerta del rancho, ocupándola toda.

— ¿Por qué no pasa?... ¡Si no hay perros bravos! — agregó riéndose de la broma sabida.

Fresca, roja, aquella mujer hija de italianos, parecía llevar en sus flancos toda la fuerza del Piemonte, y su mole activa y simpática, al contacto de nuestra tierra había adquirido esa ternura, ese sentimiento de la hospitalidad, que parece ser un patrimonio de las razas morenas. Agradecí sus ofrecimientos, sin aceptar más que un vaso de agua. Parlanchina, la mujer se vertía hablando por todas partes, ávida de noticias, pasmándose de las cuatro cosas que le pude decir. Llamó a la muchacha y yo vi que ésta salía del corral, desapareciendo detrás de un galponcito. Pero no vino...

— Isabelita!

Como la hija tardara mucho, se volvió hacia mí con fingido enojo, sabiendo que no iba a presentarse, — mujer al fin — porque estaba desarreglada. Me habló entonces de su otra hija ya casada, del varón y de un nietito, de quien se ocupó al final como si fuera el postre. Buena mujer, tan sana y transparente, y con qué honrada amistad estreché su mano, deseando para mi tierra muchas hembras así, para que sea siempre con nosotros la fecundidad y la alegría.

La tarde se hizo una rosa de luz. En las hondonadas imperaba la penumbra, mientras las regiones altas eran presas de las llamas solares. Volví hacia las casas, cuya arboleda me guiaba desde lejos como un faro de sombra. Sobre el cielo, todavía claro, un cisne solitario atravesó con un vuelo magnífico. Era blanco, con

el cuello negro. Y las patas rojas recogidas sobre el vientre, parecían una mancha de sangre.

Volví... Al pasar la tranquera, dióme en el olfato un olor inconfundible. Y ya ví entre los árboles un resplandor de brasas y el cordero dorándose en los últimos toques de un asado maestro. Chorreama el jugo levantando de las ascuas una crepitante humareda y, con dos amargos y un trago, preparé mi humanidad para aquel trance generoso.

Ya media noche, con la gran ventana abierta a la inmensidad, me dormí en los brazos de la madre naturaleza...

ERNESTO MARIO BARREDA.

LA SOMBRA DE JOSE (*)

Se cerraron con estrépito las portezuelas de los vagones, y el tren comenzó a moverse, con marcha torpe, lenta, como un somnoliento gigante perezoso.

Con el airón blanquecino del humo empenachó la negra máquina su férreo casco, y al fin, viéndose fuera de la tenebrosa curva, lanzó su agudísimo aullido y el fraccionado cuerpo se estremeció, como si temblara de placer al lanzarse sobre aquel campo, húmedo aún por el rocío, sobre aquella tierra fecunda, en floración de Abril.

En ese instante en que los viajeros se adueñan de las ventanillas para dar el último adiós, un sacerdote joven, pálido y ágil, subió rápidamente a un vagón de primera clase, que era casi el último coche del largo convoy. Tomó de manos de un mozalbete amarillento y taciturno una maleta negra y. . . «¡Adiós!», le dijo, sacando la cabeza por el marco de la portezuela.

«¡Adiós!» nuevamente. . . y el tren adquirió velocidad, perdiéndose en la paz de la campiña.

El sacerdote, volviéndose, dijo — «Ustedes perdonen. He entrado tan de prisa! La piedad del Señor nos conceda un buen viaje», y sonriendo con una sonrisa infantil y bonachona, acomodó su maleta, y saludando nuevamente, se fué a sentar junto a una ventanilla.

(*) Nuestro público ha juzgado ya, durante las representaciones que en los teatros Odeon y San Martín ha dado la compañía de la Comedia de Madrid, la inteligente labor artística de Adela Carbone. ¿Quién no recuerda a Lola, la *snob* traviesa de «Lo cursi», a la dulce y religiosa Teresa de «El collar de estrellas» o a la exótica Josefina de «Rosas de Otoño?»

Menos conocido es, en nuestro país, su talento literario. Por ello se complace NOSOTROS en ofrecer a sus lectores estas páginas, primeras del «Trisagio de Amor» y parte de un libro de publicación próxima. — N.
DE LA D.

En frente de él una dama, de edad avanzada, doblaba su ancho velo gris y colocaba su toca negra en la rejilla.

El candoroso clérigo observó lo cuidadosa que era aquella señora y advirtió, asimismo, que iba sin corsé.

— «¡Claro! ¿para qué había de ir *prensada* la pobrecilla?... Porque, para meter aquella amplitud de formas de cintura... ya era menester hacer un verdadero sacrificio...»

En el centro del vagón, una mujer joven buscaba en una maleta de piel clara algo, que al fin encontró. — Un pomo de sales con tapa de plata. — Lo aspiró con deleite. El sacerdote no se determinaba a mirarla de frente, con fijeza, pero se deshacía en deseos juveniles, horros de toda malicia, por observar la gracia de sus modales y el refinamiento de sus ropas.

Fingió mirar al suelo y vió dos pies pequeños, calzados de piel gris, y unas medias de sutilísima seda de igual color... y en línea ascendente la falda de tela oscura, una casaquilla anudada caprichosamente con gruesos cordones y sembrada de botoncillos de cristal que dejaba ver una blusa de tul, ligera y vaporosa, de donde surgía, como tibia columna desnuda, un cuello de ámbar, redondo, fino y gallardísimo.

Alzó el buen padre la vista, lleno de estupor cándido, y vió un rostro moreno, más simpático que perfecto, una boca roja y grande que sonreía atrayente, unos dientes blanquísimos e iguales y aquellos ojos... ¿qué le recordaban?, ¿los había visto alguna vez?... No: ¡ah! ¡ya!... es que al verlos, le vino a la imaginación un elogio que hiciera cierto amigo suyo, que colgó los hábitos, por cierto, y que — a no dudar — se merecían los ojos de la incógnita viajera. «Ojos magos», decía el ex clérigo al hablar de esos ojos perturbadores que a veces nos miran inolvidablemente.

«Ojos magos», ¡qué frase más ingeniosa y más gráfica! — pensó el curita sin inquietud. — Verdad es que aquel chico tenía mucho talento y había leído a infinitos escritores profanos aun antes de salir del seminario. «Ojos magos». ¿Eh?... ¡miren cómo le vino a la memoria la tal frasecilla al ver aquellos, profundos, maliciosos, a veces patéticos, a veces ingenuos y otras risueños y otras siniestros! Sí, sí: «ojos magos», lo que dice mi amigo, y hasta con sus mismas palabras, con esa magia funesta de las más atrevidas elocuencias».

Rodeaban a esos admirados ojos intensas y sombrías ojeras,

agrandadas por la penumbra suave del ala amplísima de un sombrero de paja casi cubierto por una gaviota descomunal.

Hablaba la viajera alegremente, con una charla flúida y continua. Debía referir algo altamente chistoso porque ambas damas reían... pero no, el relato debía ser muy serio: ambas damas suspiraban, se enjugaban los ojos. Luego tornábase chusco sin duda el discurso. ¡Había que ver las miradas de maliciosa comprensión!

La viajera continuaba hablando. El sacerdote se sumía en reflexiones. ¿Sería gaviota el avechucho del sombrero?... ¿No lo sería?... ¡Mire que es infamia matar a los animalitos por... y, no obstante, esta vez habían hecho bien, aquel pajarraco era endemoniado, un verdadero caso contra natura!

Él jamás había visto una gaviota con un pico semejante, aquellas alas y aquella cola con las puntas verdosas y grises... y... ¡Cá! aquello no era gaviota... y, sin embargo, lo parecía, ¡vaya! lo pare... ¡Ah!... ¡Tonto de mí! ¡si esas plumas de color serán postizas!

Sonrió satisfecho el joven tonsurado.

— ¡Qué cosas inventan las mujeres!...

Y oyó un ronquido.

-- «¡Cáspita!»

Se volvió... Un viajero gordo y calvo, con grandes botas de alpinista, dormía profundamente. La nicotada pipa, con boquilla de ámbar, se le escurría de entre los dedos regordezuelos y rojizos.

El sacerdote veía que aquella ventruda pipa con entrañas de fuego caía irremediablemente al suelo, pero... ¿cómo evitarlo sin turbar el reposo de aquel buen viajero gordo y calvo?...

Intentaría... Las damas cuchicheaban como si discutieran, un *frou-frou* de sedas dominó sobre los ronquidos, ya agudos, ya estridentes... y un perfume de violetas... de nardos... de jazmines, un perfume jamás percibido, una fragancia exquisita llegó hasta el ingenuo ministro del Señor, que lo juzgó infinitamente más grato que el perfume del incienso, con ser aquél tan agradable.

Volvió rápidamente la cara; la viajera sacudía un frasco de cristal tallado, derramando aquel prodigio de primaverales fragancias.

— «¿A usted no le molesta, padre?» — dijo sonriendo cortésmente. «¡Hay aquí un olor a tabacazo!» Luego insinuó:

— «No le molesta a usted, ¿verdad?»

— «¡Al contrario! ¿Molestarme? ¡cá! me encanta. ¡Qué delicioso perfume! ¡Ah!» y aspiraba el aire con arrobo — «me encanta, me... me... ¿Es agua florida?»

Ella le miró aterrada. Luego, riendo, dijo:

— «¡Ay!... ¡no, señor! no, por favor. Es «Ideal», un perfume un poco mundano. El frasco no se lo enseño porque tiene un busto desnudo de mujer.»

— «¡Aurelia!» — exclamó la dama anciana. — ¡Aurelia!

— «¡Sí, por eso digo que no dejo que lo vea!»

— «Usted perdone. ¡Esta chiquilla!»

— «No hay por qué, no hay por qué, señora» — dijo el cura ruborizado. La viajera sonriente cruzó las piernas con desenfado de estudiante.

— «¡¡Aurelia!! Usted perdone: ¡Esta chiquilla!...»

— «No hay por qué, no hay por qué, señora. No se preocupe usted por mí».

Aurelia se sentó formal y seriecita.

— «Tendrá usted que sufrir poco tiempo, — dijo dulcemente ingenua, — la molestia de una compañera de viaje tan impertinente como yo: en Montellar terminará nuestra jornada.»

— «¡Cómo! ¿Ustedes van a Montellar?»

— «Sí, señor.»

— «Yo también.»

— «¿Por mucho tiempo?»

— «¡Aurelia! Usted perdone. ¡Esta chiquilla!»

— «No hay por qué, señora... no hay por qué. Voy solamente por unas semanas, para decir misa por el eterno descanso del alma de mis abuelos.»

— «Pobrecillos! ¿Se han muerto sus abuelitos?...» — dijo Aurelia distraídamente risueña.

La señora la fulminó con la mirada y dirigiéndose al sacerdote que arqueaba las cejas con cierta inquietud, rompió a interrogar con un fingido interés, siempre creciente:

— «Viven sus padres? a Dios gracias ¡Eh! ¿Viven?... ¡Oh! ¡qué emoción tan grata, tan sublime; qué gran emoción al verle a usted en las gradas del altar, revestido con las santas ropas, elevando al cielo las plegarias por sus venerados mayores!... ¿No le han visto a usted nunca torear?»

Aurelia, de un salto, se asomó a la ventanilla ahogando una

risa escandalosa. El sacerdote que, durante el discurso de la anciana dama, había sentido acudir a sus ojos llanto de beatitud, tornóse lívido y tembloroso como un moribundo. La dama, estupefacta, los miró, primero atónita... luego severa, y repitió pausadamente, como si continuara su locución:

— «¿... nunca, nunca le han visto a usted oficiar?»

— «¡ Ah!... ¿ Pero habías dicho *oficiar?*... ».

La dama volvió a fulminar a Aurelia con la mirada. « Sí, *tesoro*, a oficiar... a oficiar, ¿ pues qué iba a decir? »

— « ¡ Ah! ¡ Ya me parecía a mí!... ».

El sacerdote sintió renacer en su ingénuo corazón la calma, y en su boca floreció de nuevo la sonrisa más placentera. Dió, mentalmente, gracias al cielo por haber *oído mal* y...

— « No, señora. Yo salí hace muy poco del seminario. En Avila he oficiado por primera vez. Vivo allá con un hermano mío que es canónigo desde hace cinco años en aquella Catedral y ahora voy para ver a mis padres y cumplir esa santa misión que les he dicho. Nueve misas... dos o tres días más, y en seguida me vuelvo hacia Castilla donde, por ahora, pienso permanecer. »

Aurelia intervino.

— « Espero que nos veremos. Nosotras estaremos, Dios mediante, en Montellar hasta Agosto. Voy a reponerme de mi neurastenia. »

— « Pues en el pueblo se va usted a distraer poco: no hay muchos entretenimientos para una joven. »

— « Si voy por eso precisamente. Es un dulce refugio, *es la escondida senda*. »

« Vivir quiero mi vida

Gozar quiero del bien que debo al cielo. »

La dama de amplias formas suspiró con los ojos en blanco.

— « ¡ Oh, San Juan! ¡ San Juan de la Cruz! ¡ Sus divinos misticismos! Noble ejemplo de... »

Aurelia irrumpió nuevamente en risa alborozada. « ¡ Fray Luis! ¡ Fray Luis! » y palmoteaba riendo.

El buen clérigo turbadísimo, quiso salvar a la señora.

— « Si; si su mamá ya... ya iba a decir... Su mamá quería... »

La señora indignada rectificó.

— « Eso, eso he dicho, San Luis, San Luis; aunque no sería

extraño que... ; los autores de esa época, son tan semejantes! Sino que *mi sobrina* — y recalcó severamente la frase, para librarse de aquella maternidad atribuída que hería gravemente su pudor de virgen canosa y cincuentona.

— «... mi sobrina, es de un aturdimiento desconcertante.»

El tren marchaba velozmente. El caballero gordo y calvo, de las botas alpinas, se despertó sobresaltado. La ventruda pipa nicotada con boquilla de ámbar, huía de entre sus dedos regordezuelos y rojizos. La llevó a los labios y absorbió con violencia: el esfuerzo fué inútil. Al verla sin el antiguo ardor en las entrañas, el caballero gordo y calvo se quedó perplejo.

— ¿Cómo?... Y sacó un soberbio cronómetro fulgurante para consultar el grave caso. El reloj se dejó observar noblemente; su corazón latía sincero y preciso. La consulta muda, pero elocuente, fué breve; el reloj y el caballero calvo se contemplaron durante unos minutos como dos amigos, uno que declara la falsedad de la amante; otro, que escucha altamente emocionado, antes de dictaminar. Pero el noble amigo mecánico debió acusar al caballero con el mover de su manecilla de oro, porque éste bajó las inyectadas pupilas para mirar sin rencor a la ventruda y nicotada pipa, en cuya entraña se había trocado en cenizas el ardor antiguo.

Su humillante situación no le dejó, no obstante, reposar con aquel su plácido dormir de confiado esposo. Trató de acomodarse lo mejor posible. Cerró los párpados flácidos y pálidos, que eran digno remate de su grasienta y abombada frente. Suspiró. La charla continuada de sus compañeros de coche le espantaba el sueño. Alguna vez, sin embargo, perdía casi por completo la noción de la realidad. Hubo un momento en que creyó oír — no sé si entre nubes, o en conciencia — una voz femenina que decía:

— «Sí, señor, sí: artista, artista de teatro; ¡no ponga usted esa cara de extrañeza! Se puede servir a Dios en todas partes. El pecado anida por igual en el claustro santo que en el burdel. La virtud es como la luz purísima, siempre resplandece.»

— «Larouchefoucol» — subrayó lacónica la dama gruesa.

Aurelia súbitamente puesta en pie, de espaldas al grupo, tosía con nerviosa y continuada tos. Se rehizo y prosiguió con grácil sencillez:

— «Doña Clarita — usted dice que la conoce mucho — ya sabe usted por lo tanto lo buena cristiana que es — estaba en Santan-

der veraneando, vivíamos en el mismo hotel hace... dos... tres, tres años, y nos hicimos muy amigos. Me quiere casi como a una de sus sobrinas... que creo van también al pueblo algunos veranos. ¡Me hablan tanto de la vida en el campo, cuando nos vemos en Madrid! Y suele ser frecuentemente porque vivimos muy cerca una de las otras; además, doña Clarita se encanta yendo al teatro para verme trabajar. Yo voy a pasar con ella muchas tardes. Se divierte con mis chiquilladas, y al saberme enfermuécha, de mal humor, nerviosa, con una neurastenia que no me deja vivir, se ha empeñado en que vaya a pasar unos meses en su finca de Montellar. Y a la tía tampoco le vendrán mal los aires puros de la sierra. Doña Clarita está encantada. ¡Como le gusta tanto la sociedad! Teníamos el proyecto de hacer un viaje por Italia, pero yo renuncié gustosa, porque creo que la finca de doña Clara es un verdadero Vaticano.»

— «Sí, sí, es una preciosidad, pero... vamos... no sé — musitó tímidamente el cura — yo no conozco el Vaticano, pero... ¡Entre Roma y Montellar!...»

El tren se detuvo. «¡Un minuto!»

El caballero gordo y calvo se sumía en aquel tibio sopor de ensueño que tanto brillo daba a su abombada frente. Al cabo de un momento, una palabra dicha en voz más alta, sonó en su oído como un cañonazo. El caballero dijo en voz baja una palabra fea.

— «... Sí; Montecarlo, París, Biarritz...»

— «Pues, eso no: ¿Ve usted? Eso no deseo verlo; son sitios demasiado mundanos. ¡En cambio Roma... Roma!... Roma sí.»

Nuevo intervalo de incoherencias y la voz del sacerdote...

— «Ningún lugar de Italia, no señora. Yo soy un pobre clérigo que lo más que ha visto es Madrid y Avila. ¡Ah! y Zaragoza!... Zaragoza sí: por un voto que hice a la Santísima Virgen del Pilar, de quien soy muy devoto...»

— «Como yo... Es *mi* Virgen: mi Pilarica!» dijo la gruesa solterona, besando con arrebató una medalla de oro que pendía de una débil cadena sobre su amplio seno, y en la cual aparecía, entre estrellas diamantinas, la casta imagen de la Purísima Concepción, tal y como la soñara la mística inspiración del portentoso sevillano Bartolomé Esteban Murillo.

El tren silbaba exténtoreo y ensordecedor. Trepidaban sus hierros. Martilleaban las ruedas con estruendo formidable sobre

el acero de los rieles. Y por encima de aquel fragor avasallante, el ronquido del caballero gordo y calvo triunfó, como gloriosa sinfonía del sueño.

*

Faltaba un cuarto de hora para la llegada a Montellar. Continuaban incansables las damas en su charloteo con el joven interlocutor, que se iba animando por momentos.

El indignado caballero de las botas alpinas lanzó en derredor una mirada clamando venganza.

El sacerdote exclamaba:

— «¡ Ah, sí! Pero va usted a tener una verdadera desilusión. Es una ruina ese castillo, una verdadera ruina. La han engañado a usted... »

Algo dijo la damita, porque él contestó:

— «No, señora; no quedan más que cuatro paredones y una escalera, eso sí, hermosísima. El puente, un gran patio, y ese salón, que, a decir de los inteligentes, tienen mucho mérito los artesonados que le adornan. Pero... habla más alto la leyenda de lo que en realidad puedan decirnos esas ruinas.»

— «¡ Ah, pero la leyenda!... »

— «Bien; eso sí; una vieja leyenda. Fray Laurencio, que como penitente andaba a pie recorriendo la comarca, fué una tarde de agosto acosado por la sed a beber en una alberca y la señora del castillo... »

El sacerdote dudó. Sus verdes pupilas brillaron como esas lagunas mortecinas heridas un instante por un rayo de sol. La actriz le escuchaba con un gracioso mohín de interrogación en los labios. El caballero gordo y calvo despertó a tiempo que decía balbuciente el cura...

— «No; no, señora. Perdone usted, pero... la samaritana no triunfó. Tampoco triunfó ante la virtud de Fray Laurencio la castellana, aunque sí, dicen, que al verle abocado sobre la alberca, ella misma, ella le levantó con sus manos pulidas y tomando un ánfora de oro que a posta traía uno de sus servidores, escanció en un vaso, también de oro, vino añejo... ¡ Se cuentan tales cosas!... Sí, justo; Fray Laurencio lo desdeñó, y huyendo hacia el camino empolvado, continuó su marcha; mas siendo alcanzado por los servidores de la terca castellana, dijo aquellas palabras latinas... »

—«Sí, justo. ¡Lo sabe usted mejor que yo!. . . Por eso se la llama en el pueblo desde hace siglos. . . ¡Vaya! ¡Más de siete siglos!. . . por eso se la llama, la alberca de Samaria. . .»

—«Justo. La condesa, en honor a la virtud de Fray Laurencio hizo plantar laureles en la mayor parte de sus dominios. Desde el tren los veremos, unos minutos antes de llegar al pueblo. Yo se lo indicaré a usted. Pero. . . esos son inventos de juglares. Dios puso ese bosque tan frondoso, que es provecho de algunas familias de ese lugar; y la malicia. . . la impiedad ¡qué se yo! ¡Siempre escatimando la gracia del Señor!. . .»

El tren se detuvo nuevamente. La risueña viajera entornando los ojos maliciosos y envolviendo al sacerdote en las redes de su ciencia mundana, dijo levantándose:

—«Desengañese usted, padre, la leyenda siempre tiene razón. La historia es divina. Una noble condesa hastiada que ve a un fraile joven, rendido, sediento, y le ofrece generosa hospitalidad. Desciende de su atalaya, se expone a una insolación, pisa durísimos guijarros, y con sus finas manos, hechas a pulsar laúdes de oro le ofrece puro vino en un cáliz cincelado. Eso es divino, convenga usted, padre, y hasta aquí no puede ser más cristiano el relato: sigue los preceptos, glosa un pasaje de la Santa Biblia. ¿Qué culpa tenía ella si en vez de ser una aldeana de Samaria era una nobilísima doña Clemencia Robledales de Eztuñiga, esposa de un Infanzón, señor de horca y cuchillo? Aún demuestra más humildad, más piedad con su acto caritativo. Si Fray Laurencio era tan bello que la enamoró con sola su presencia. . . tampoco tuvo ella la culpa. Si era tan fieramente austero, que con esa altivez supo enloquecerla. . . aunque involuntariamente, el culpable. . . convenga usted, padre, el culpable fué él, porque. . .»

.....

El tren seguía su marcha y las palabras se perdían. La discutidora actriz se ponía los guantes con sosiego estudiado, inclinaba su flexible busto, lo erguía. . . El sacerdote joven alisaba su sotana con pulcritud tan extremada que parecía un obsesionado. La tía de Aurelia se abstraía tan profundamente en la conversación, hasta el punto de no saber ya de qué hablaban los jóvenes.

El ingenuo curita adelantaba la cabeza para oír mejor cuando le hablaban, dando el perfil derecho al caballero gordo y calvo que le escuchaba con iracundia cuando su voz interrumpía el

solicitado reposo, y veía la línea negra de su sotana, el mate albor de su tirilla, blanca como una cinta de colegial candor, la palidez de su mejilla, su frente pura... y veía, asimismo, parar la sangre turbulenta, agitada, latiendo tumultuosa, hinchando su yugular, que azulaba la piel, bajo la oreja, como un tiznón intenso.

*

Aurelia se lo había propuesto. Convencería a su tía y a doña Clarita para que se realizara la soñada excursión al dormido castillo de los Robledales de Eztuñiga.

Evocaría, bajo el dosel de los laureles, al borde de la alberca consagrada, la escena de la seducción, y si el buen curita, que era asiduo huésped de doña Clara, les acompañaba, procuraría subir por la escalera llamada «del rendimiento» que, según afirmación indudable, daba acceso a un salón cuyo artesonado de madera de roble labrada con escudos y motes de los nobles apellidos que unieron la condesa y el navarro Infante, era una joya de la antigua talla, salvada milagrosamente de la extranjera invasión arqueológica.

Aurelia quería ir al castillo; atravesar el puente carcomido; entrar en el gran patio conocido por el «de los arcabuceros del Infante»; sentarse a suspirar sobre los vestigios de la torre vigía... llorar sobre las ruinas de aquel pasado heroico, que la exaltaba noblemente.

Llegó el día soñado. Resplandecía la vega bordada, en trozos con el oro de los trigales, con la plata de los olivos y de los álamos gigantes... con el verde estambre del maíz fibroso; cubriéndose con los esmeraldinos edredones de las alfalfas mórbidas, y reparando a las flores blancas, rojizas, amarillas... azules, con las sombrillas amplias de sus pinos, del sol, que palpitaba curioso entre las ramas. Las colinas vertían riachuelos arrullantes como tórtolas enceladas, y los tórtolos en amor dejaban oír su gárrula canción, como el tumulto de las aguas de un rápido arroyuelo.

Al verse ¡al fin! subiendo la ancha escalera polvorienta, Aurelia era presa de una emoción intensa. Sentía deseos de llorar a gritos, de reír quedamente sobre un corazón venturoso como su corazón.

El grupo de los excursionistas no tuvo la osadía de Aurelia ni de su acompañante.

En cuanto Jacintina, la hija del boticario, y su hermana Carlota y su primo Tolito y su otro primo Marino y la sobrina de doña Juliana, la dueña del palacio que se ve muy cerca de la estación de Montellar, comprendieron que la atrevida de Aurelia y el simplón del curita eran capaces de subir por aquella escalera que estaba en ruinas, buscaron mil pretextos para librarse del peligro. Cuando los vieron corriendo por los peldaños leñosos que crujían... rezaron por su suerte. Pero Aurelia, triunfal, bailoteaba, recitando con exaltada voz de legendaria juglaresa, dulces romances seculares.

*

— «Es usted una niña, una niña traviesa», y el sacerdote agitaba su mano pálida en el aire, como el aleteo de un ave rendida, y movía la cabeza suavemente, haciendo mohines de inocente enojo.

— «No... no me riña usted» — dijo ella animándose toda en los repliegues de su vestido amplio. — «No me riña usted, padre.»

— «¡Ay, *padre!*» — replicó él prontamente. — «Eso suena a señor... *muy mayor...*»

Ella interrumpió riendo:

— «Sí... sí... es verdad»; luego, con un cómico gestillo de pesadumbre y confusión: «¡Ay, Dios mío!... pero... ¿cómo le llamo a usted?...»

— «Yo me llamó José» — dijo con su colegiala sinceridad, ingenua y leal.

Ella rió; luego contúvose, y procuró disimular su pronta comprensión maliciosa ante el joven ministro del Señor que, turbado, inquieto, estupefacto ante la revelación, abrió los ojos cándidos mirando a su alrededor, mirando a la mujer, mirando a los muros blasonados, a los viejos artesonados, mirando desde el ventanal al bosque de laurel... al puente carcomido... al patio silencioso... a la negra alberca, a todo aquel conjunto de cosas vivas y de cosas muertas, que hablaron a su oído de tentaciones y de penitencias. Su nombre, dicho con sencilla indiferencia, tuvo en aquella alma suspicaz una evocación depresiva, que le hacía aparecer ridículamente pudibundo ante los ojos de ella. Esta idea le enfureció, sin que él mismo pudiera darse cuenta.

«¡José! ¡José!» Pasó por su mente la estampa colegiala en la cual la impura adúltera, destrenzada y lasciva, brindaba el tálamo al casto hijo de Job.

Jamás tuvo la estampa evocada el valor humillante y atormentador de aquel instante.

¡José!... ¿Cómo aquel corazón de niña tuvo malicias tan sagaces?...

Ella, ocultando su reir, había buscado refugio en el extremo del salón, y se arrodillaba en el sitial de piedra, bajo el arco airoso de la ojiva, desde donde se dominaba la campiña, las montañas nevadas por siempre y para siempre, en cuya falda, entre grises peñales, dormitaban extáticos los lagos.

El sacerdote gritó como un insensato:

— ¡No!... ¡no!

Sintió que se agitaba en su mente una protesta del pasado, y un vigor nuevo, un ansia de conquista, un furor de dominio le llenó el corazón. Llamaron sus ojos, su boca tuvo un rictus de grave desdén, su frente un ceño duro, y sobre ella aleteó la legión funesta de los siete pecados capitales, como siete halcones, perseguidores del candor.

Sintió que deseaba, que sabía odiar, vivió una siesta lánguida, embriagado con vinos y raros perfumes, con caricias robadas, concibió sobre aquel cuello grácil y desnudo el collar fatal, tejido con los nervios de sus dedos, y avanzando cínico y decidido en su despertar de hombre, llegó hasta ella, que volviéndose serena, dijo con una calma perfecta y cordial:

— «Mire usted, don José... Mire usted la carretera, por donde Fray Laurencio, aquel santo varón, huyó salvando el alma...»

Entornó los ojos y respiró con deleite.

—... «¡Aún huele a santidad!»

— «¡Huir!... ¡Huir!... salvar el alma. El era bueno, generoso, leal...»

Y mientras ella, ligera, ágil, inquieta y llena de contento, descendía por la escalera «del rendimiento», él solo, solo en el amplio salón del castillo dormido, lloraba loca, copiosamente; lloraba dejándose adueñar por las convulsiones de los sollozos... Lloraba andando y desandando el camino sin poder contener el torrente de lágrimas desoladoras, que le bañaba el rostro palidísimo, los labios exangües, la sotana negra como la noche,

las manos blancas como las hostias, que tenían ese vago aleteo de las aves que forman en otoño sus nidales tardíos.

*

— «Así, pues, don José...»

— «Adiós, adiós, señoras.»

— «Adiós, buen viaje». — Dijo doña Clarita alargándole sus manos señoriales.

— «Adiós, lo mismo digo — dijo la buenísima tía de Aurelia — Ya sabe usted en Madrid, donde tiene unas amigas.»

— «¡ Ah! ¿ Y la niña? »

— «Aquí está la niña. Don José, mire quien le dice adiós.»

Y traía Aurelia entre los brazos una muñeca de cabellos castaños.

— «No se burle usted, don José; es feilla, pero es que la pobre tiene ya... diez años. ¿Diez? ¡ Tiene más! Once, doce... Catorce años. ¡ Catorce! Viaja siempre conmigo, siempre, siempre.»

— «Pero... ¿ Es posible, señora?... ¿ Y usted no la riñe? »

— «¡ Qué voy a hacer! Es una chica loca... Y, menos mal, que *Mimí* no da tanto que hacer como ella.»

— «Pero... ¿ Se llama *Mimí*?...»

— «Sí, ¡ qué quiere usted! en aquella época estaba de moda el nombre. Mire usted, don José; se parece a mí.»

Y acercaba su rostro de mujer sutil y aristocrática a la carita rojiza de aquel bebé de porcelana.

— «¡ Oh, sí! Se parece *mucho* a usted» — dijo sonriendo dolorosamente melancólico el sacerdote.

— «¡ Qué *Mimí* y qué *mamita* más informales! Un día va a ser *Mimí* la que juegue con usted, y la que la castigue por revoltosa.»

— «Eso, eso, don José; riñala usted.»

— «¡ Por Dios, doña Clarita! ¡ Si don José es más joven que yo! »

Tras una pausa...

— «Adiós — volvió a decir penosamente el sacerdote. Me he detenido demasiado; adiós. Ya saben ustedes en Avila mi dirección... Si algo se les ofrece... Si es que alguna vez voy a Madrid, aunque no creo...».

— «Así lo deseo; vaya, vaya usted a vernos. No deje usted de ir.»

Aurelia esperaba junto a la puerta del gabinete, con la cortina gentilmente levantada, y...

— «No, no; yo salgo hasta la escalera para despedirle... ¡Ah! y *Mimí* también!»

Y teniendo la muñeca en alto, casi sobre los hombros, decía:

— «No olvide usted que somos unas buenas amiguitas, envíenos una postal de cuando en cuando; dénos usted sus noticias.»

Ya en la escalera, el sacerdote palidísimo, era víctima de una grave emoción.

— «Adiós, entonces...»

Y bajó presurosa y torpemente dos escalones; allí se detuvo y estrechó la mano de Aurelia que sonreía serena y un poco cínica, ante aquella tortura manifiesta.

— «Don José, esta loca de *Mimí* quiere despedirle tiernamente...»

Y la mentira roja de aquellos labios de porcelana pintados y fríos, reposaron, guiados por su mano de diablesa, sobre los labios puros del buen padre.

El no se movía; abrió desmesuradamente los ojos codiciosos... sus pupilas verdes parecían de cristal, y el rostro, de lívido que estaba, parecía de oro.

*

— «*Mimí, Mimí*, mañana iremos de paseo hacia el bosque de los laureles. Iremos a visitar la alberca, por si don José se ha precipitado en ella. ¿No te parece a tí, cabecita de estopa, que don José ha debido buscar una muerte así... una divina muerte romántica que dejara un rastro de eternidad...? *Mimí, Mimí*... ¿No crees tú que don José ha debido morirse?... Tú, seguramente quisieras, como yo, hallarle sin vida entre las aguas de la negra alberca, ¿no es verdad, *Mimí*?... ¡Pobrecita, no me contestas, estás avergonzada! Tienes razón. ¿A quién se le ocurre llamarte *Mimí*? ¡Vaya un nombre! «*Mimí*»... Llámate como quieras, pobre mía, ¿me oyes? Llámate Judith, Cleopatra, Salomé... pero, ¿verdad que don José ha debido morirse?...»

ADELA CARBONE.

LIRAS

¡Ah cómo prefiriera
En comunión vivir con el Divino
En la más alta esfera,
A recorrer sin tino
De la vida mortal el vil camino!

Entonces estaría
Exento de la torpe lei mundana
Que, en horrible agonía,
Esta existencia vana
Convierte, i el espíritu amilana.

Del triste sufrimiento
De padecer del bárbaro tirano
El continuo tormento,
Libre me viera i sano,
Entregado tan sólo al Soberano.

No verían mis ojos
A la virtud, en llanto inextinguible
Deshecha, los enojos
Sufriendo que el temible
I ruin tirano cáusale impasible;

Mientras por él el vicio
Con larga i regia mano es regalado,
I se trueca su juicio,
¡Oh caso desastrado!
En lei del mundo misero i menguado.

No oyeran mis oídos
Entonces los clamores angustiosos
I profundos gemidos,
De los que por piadosos
Mil castigos padecen deshonorosos.

Ni al verdadero i justo
Mérito viera henchido de tristeza,
Soportando el disgusto
De verse en estrechez
Puesto i sumido en la más vil bajeza ;

En tanto que la necia
Nulidad se encarama, i, triunfadora,
Burlona le desprecia,
I, fiera embaucadora,
El ruin metal al pueblo le devora.

Jamás a precio de oro,
La dulce virgen puesta en el mercado
Vería, i el decoro
Perdido, que apreciado
Fue en otrora i de todos respetado.

Ni ya ante mí pasara
El ver tenida por feliz cordura
I calidad preclara,
La estúpida locura
Que hoi en el mundo bárbaro fulgura.

Del rico i elegante
Ladrón de quien jamás la lei se adueña,
No viera el petulante
Gesto con que desdeña,
Injusto, al pobre honrado i le domeña.

Ni al que la vida pasa
En el juego sumido i en orgías,
I su espíritu abrasa
En pasiones impías,
I se consume en míseras porfías.

Del inicuo farsante
Que de mentiras vive i artimañas
No sufriera el desplante,
Ni de sus necias mañas
Contemplara las sórdidas hazañas.

.....

Jamás yo temería
Mudanzas en mi sér en esa pura
Región, i se estaría
¡Oh gloriosa ventura!
Mi alma siempre libre de amargura.

I al fin ya desviado
De este mundo, mi vida transcurriera
Exenta de cuidado
Puesta mi fe sincera
En el Eterno i su inmortal esfera.

LUIS MARÍA DÍAZ.

“ANTECEDENTES DE POLITICA ECONOMICA EN EL RIO DE LA PLATA”

Creo impropio replicar a los críticos. Enaltece su misión cierta dignidad y elevación moral que por el bien público mismo conviene respetar y mantener, máxime cuando en su desempeño oponen ideas a ideas y estudio a estudio, llevados por el fin desinteresado de la mayor Cultura, de la mayor Belleza o la mayor Verdad. Pero cuando se deslizan entre ellos espíritus acrimoniosos que agreden sin otros argumentos que los de su fantasía y sin más propósito que el de vilipendiar el esfuerzo ajeno, es un deber descubrirlos y desautorizarlos ante la opinión.

Y quiero reprobar, aun cuando sólo sea de paso, una forma de crítica que toma demasiado cuerpo entre nosotros y que consiste en preferir sistemáticamente al análisis de lo fundamental — de lo que hace a la esencia de la obra misma — la persecución minuciosa de las pecas, de los claros o de las sobras. Cuando no se hallan, se inventan y se insinúa, con toda perfidia, la perfecta aplicación de ellas al conjunto. Dirígense concretos de buena exterioridad, que por lo general resultan falsos o inconsistentes en el fondo, pues ni la inteligencia, ni la perspicacia, ni la lógica, ni siquiera el sentido común, pertenecen en grado apreciable a esos detractores sistemáticos de todo aquel que labre y realice.

Ha aparecido en el último número de NOSOTROS una crítica, luego repartida para mayor y mejor difusión en forma de folleto. La firma el señor Rómulo Carbia. Intitúlase «Diezmos en el Río de la Plata». Aparenta por su segundo título: «A propósito de las publicaciones del señor Levillier», referirse a las tres obras editadas, pero en realidad sólo atañe a *uno* de los once capítulos de los dos tomos de «Antecedentes de Política Económica en el Río de la Plata», colección documental que seleccioné y formé en el Archivo de Indias de Sevilla para la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

He de ofrecer a los lectores los fundamentos necesarios para apreciar la índole y la exactitud de los cargos formulados, y sólo por excepción me resuelvo a ello. En efecto, el público, en cuestiones literarias puede fácilmente hacerse cargo de las censuras; el autor no necesita terciar. Pero en cuestiones de historiografía, tan complejas y especiales, los concretos impresionan y no siempre quiere quien los lee, tomarse el trabajo de comprobar su veracidad. Esa confusión que deſcuentan las críticas falaces, es preciso denunciarla y desvanecerla; y basta para ello exponer los hechos.

Pero antes, si lo permiten, he de referir algunos antecedentes de interés general sobre los orígenes y el plan de reconstitución histórica emprendida por mí en el Archivo de Indias.

*

De bucear en el pasado el génesis del interés actual por los estudios históricos y las publicaciones documentales, referentes a la colonia, encontraríamos en primer lugar, sin remontarnos al general Mitre, a Vicente López o a Quesada, la «Ciudad Indiana» de Juan Agustín García. Esta obra indujo varias generaciones de jóvenes a mirar hacia el pasado común con interés y simpatía; fué una verdadera revelación, una puerta ampliamente abierta sobre una senda de lejana perspectiva, fuera del estrecho horizonte tradicional. Luego iniciáronse en el país las importantes y conocidas publicaciones de historiografía, de entidades y particulares ⁽¹⁾. Años más tarde, en 1908, aparecieron los «Documentos referentes a la faz edilicia de la ciudad de Buenos Aires», que por iniciativa propia y por encargo del intendente don Manuel Güiraldes, publicó don Enrique Peña, haciendo saber a la vez en un folleto, la organización interior del Archivo de Indias, hasta entonces casi ignorada. Era una nueva fuente ofrecida a la curiosidad y al estudio. La orientación total estaba dada y comenzó el movimiento actual de investigación y de reconstrucción histórica.

Al documentar en dicho Archivo de Indias en 1910 el libro que luego publiqué sobre los orígenes argentinos, y al estudiar

(1) Véase los antecedentes consignados a ese respecto en el prólogo del «Archivo Capitular de Jujuy», por Ricardo Rojas, y el prólogo de «Antecedentes de Política Económica», tomo I, pág. vi.

más detenidamente en 1912 ese estupendo tesoro documental americano, entreví la magnitud del servicio que podía prestarse a la causa de la historia, seleccionando, agrupando y publicando los documentos pertenecientes a las fases más importantes de la vida colonial. Lo hecho era poco, y ahí se erguía el secular silencioso, inerte, inconsulto, propietario extravagantemente acaudalado de grandes secretos nacionales. Leyendo documentos y recordando lo publicado en la Argentina, comprendí que fuera de las líneas esenciales, todo lo demás estaba por reconstituir. Como lo dije en otra ocasión, los historiadores de la primer hora comprendieron la necesidad urgente de hacer patria, de crear tradiciones, de aunar a los espíritus bajo una bandera y no creyeron que la época fenecida pudiese ser fuente de amor territorial; así que sólo evocaron el período revolucionario y sólo analizaron la vida política que le sucedió, multiplicando biografías y relatos militares, panegíricos y vindictas de índole oratorio-sentimental, destacando tipos y hechos en violentos colores sobre el fondo obscuro de una prehistoria vaga e indefinida. La crónica de los actos heroicos de los patricios, de los generales, de los oradores, de los caudillos y de los gauchos, era, naturalmente, más comprensiva, amena, y, sobre todo, más fácil y brillante que pacientes investigaciones destinadas a colacionar todos esos pequeños hechos que constituyen la verdadera, la apasionante trama diaria de la vida colectiva. Y a pesar de los esfuerzos de quienes después vinieron, difundióse el conocimiento único de algunas mayúsculas gigantescas que deslumbraron, menguando así y falseando la visión del conjunto. En cuanto a las minúsculas, esfumáronse, como ocurre con frecuencia en antiguos códices góticos en que las mayúsculas magníficamente iluminadas conservan sus brillantes colores, mientras ellas más modestas, pierden su tinta, quitando empero al conjunto su comprensión y su valer. Ahora bien, esa es precisamente la finalidad espiritual de las numerosas publicaciones documentales emprendidas en el país: devolver al libro sus minúsculas y al conjunto su hilaición; construir una historia nacional completa y verídica, así como fuera su finalidad ética restituir al argentino su pasado, y prolongar sus sentimientos de afecto hasta la hora de su génesis, incitándole a sustentar un ideal nacionalista amplio, que funda en un patrimonio común la triple herencia hispánica, indígena y criolla. Es de capital importancia esta enseñanza en un país

predestinado por su situación geográfica, sus leyes y su desarrollo social a los más intrincados problemas étnicos.

Sí. Es necesario ir a lo fundamental, a lo que ofrece continuidad a través de los siglos; en una palabra: reconstituir la Vida.

Inspirado de ese sentimiento y movido de esos propósitos, proyecté una serie de obras, algunas de orden cronológico y otras de agrupación determinada, que presenté al regresar a Buenos Aires en 1912. Como es del dominio público, ellas fueron aceptadas, y me complace reiterar aquí mi gratitud a los muchos espíritus elevados que con tanto interés y patriotismo prestigiaron la idea, la hicieron suya y le dieron cuerpo. En las altas esferas del Gobierno, como en el Congreso, el Concejo Deliberante, la Intendencia, la Facultad de Derecho y la prensa, encontré el más franco y entusiasta apoyo. Sin ello la idea hubiese perecido al nacer ⁽¹⁾.

Las obras eran tres: «Correspondencia de la ciudad de Buenos Ayres con los Reyes de España (siglos XVI al XIX)», «Correspondencia de los oficiales reales de Hacienda del Río de la Plata con los Reyes de España (siglos XVI al XIX)» y «Antecedentes de Política Económica en el Río de la Plata (siglos XVI al XIX)». Como lo habrá comprendido el lector, yo hacía remontar las recopilaciones a la época inicial, no sólo porque era lo lógico, sino porque los documentos de los siglos XVI y XVII, anteriormente existentes en el país, fueron en gran parte destruidos o perdidos antes de la formación de nuestro actual Archivo Nacional, y era por lo tanto indispensable llenar ese vacío con la publicación de los documentos originales de esa época, sacados del de Indias.

En Marzo de 1913 regresé a España y desde entonces hasta Abril de 1914, en que fui nombrado delegado del gobierno al Congreso de Historia y Geografía de Sevilla, me entregué a la recopilación de los documentos, reuniendo en dicho tiempo suficiente material para imprimir los primeros tomos de las obras iniciadas. Los documentos eran enviados mensualmente a las tres instituciones.

La obra de la Facultad era la más trabajosa, pues mientras las otras sólo requerían labor de investigación, por ser de orden cronológico, ella exigía una selección cuidadosísima de mate-

(1) Véase en el prólogo de cada obra los antecedentes respectivos.

rias; de papeles dentro de esas mismas materias y de épocas dentro de esos mismos papeles.

Era el propósito de la Facultad reunir dentro de un marco limitado «un conjunto sistemáticamente planeado que proporcionase al estudiante una visión total de los aspectos del régimen económico y financiero desde los comienzos de la colonia hasta su autonomía». Y el lector que no haya estado en el Archivo de Indias, difícilmente puede formarse idea cabal de la magnitud de la documentación de cada tema, ni imaginar el esfuerzo considerable de estudio y de atención requerido por el investigador para llegar a la comprensión de un conjunto. Por otra parte, los legajos están catalogados con precisión, pero los documentos contenidos en ellos no lo están casi nunca todos, de manera que para conocerlos, como para redactar el extracto analítico que hoy ve figurar el lector a la cabeza de cada pieza, es preciso leerlos detenidamente.

En Mayo de 1914, es decir, después de un año de trabajo de investigación, de selección y de copia, presenté a la comisión de la Facultad, nombrada por el decano doctor Bidau y compuesta de los doctores Antonio Dellepiane, Juan Agustín García y Carlos Ibaguren, un plan de ejecución definitiva que fué aceptado y luego sancionado por el Consejo, y poco después fueron acordados los fondos para la impresión de los dos primeros tomos.

La Municipalidad me encargó igualmente la impresión de dos tomos y el gobierno la del primero. Son estas tres obras las que acabo de entregar.

*

Pero volvamos a la crítica. El exordio nos recuerda el dicho tan conocido «Qui s'excuse s'accuse». Pretende el crítico concretar en su ataque «una reacción después de todo sentida en el ambiente, contra el diletantismo editorial que ha comenzado a invadirnos» — reacción sólo existente en su imaginación, — y luego ruega al lector «que no atribuya esa actitud adversa y valbuenesca a objetivos aviesos». El tendrá sus razones para pensar que el lector perspicaz llegue a esa conclusión; no seré yo quien le contradiga. Habla de «vulgares truhanerías literarias» (¿qué tendrán de común con obras literarias, recopilaciones documentales?). Luego, con tono de sacrificador dolorido, pero consciente

de sus deberes patrióticos, anuncia una ejecución en el Monte Taigeto, cual la realizaban los espartanos «con los niños entecos».

No necesito señalar el buen gusto de la terminología, la elevación moral de los sentimientos y la nobleza de los propósitos expresados; son muy claros y traducen con admirable nitidez la misma esencia interior que anima el espíritu del crítico.

En cuanto al fondo, pienso dejar demostrada la insustancialidad de cada una de las imputaciones y la perfecta resistencia del organismo, objeto del ataque.

¿Se considera, acaso, el plan general de la obra, la orientación definida?, ¿el valor del capítulo que se examina, dentro de los dos tomos publicados?, ¿el valor de los dos tomos dentro del conjunto?, ¿la distribución interna de las materias? No. Los cargos son en su mayoría chicanas, y basta confrontarlos con la obra misma para verlos desvanecerse uno por uno.

*

Dice el crítico: «Hasta se antoja que el compilador no tiene un concepto exacto de lo que debe entenderse por documento original. No digo esto por puro afán de censura, sino porque ello fluye del simple hojear de la obra, gran parte de la cual está destinada a la reproducción de libros tan conocidos como la «Política Indiana de Solórzano» y la «Recopilación de las leyes de Indias». Hasta ahora a nadie se le había ocurrido que ambas obras fueran documentos originales seleccionados en el Archivo de Indias de Sevilla.»

En la página IX del prólogo, impreso en el primer tomo, se encuentra lo siguiente: «No nos ha parecido suficiente, sobre todo tratándose de cuestión tan abstracta como es el Régimen Fiscal, limitarnos al documento. Y por otra parte tampoco nos pareció satisfactorio estudiar los ilustres economistas de la época, informarnos en ellos de cómo nacieron y se aplicaron estos impuestos y luego agregar al pie de los documentos, a guisa de comentarios, lo que en ellos hubiésemos aprendido. *Hemos juzgado más útil extractar en sus obras las páginas referentes a impuestos y colocarlas al comienzo de cada uno de los capítulos, proporcionando así al lector a la vez que la aplicación y las peripecias del impuesto a través de los tiempos, un concepto completo*

de su naturaleza y de su historia». Y por si eso no bastara, encontrará el lector en las páginas 35, 347 y 447, del primer tomo, una hoja especial donde sólo se lee: «Documentos originales — Archivo de Indias — Sevilla» y que marca claramente donde terminan los extractos y donde comienzan los documentos.

Está así bien subrayado mi deseo de facilitar la comprensión completa del tema. Y la reproducción de trozos de autores, que implica gran labor de lectura y de selección, responde a la necesidad lógica de satisfacer las primeras y más importantes preguntas que formula un estudioso frente a un punto nuevo: ¿Cuáles son sus orígenes, cuál es su naturaleza, cuáles sus fines? Ahora bien, los extractos de autores incluidos contestan a estos interrogantes, así como las leyes de Indias expresan la faz legal, teórica; y los documentos, el funcionamiento, o sea la faz práctica del mismo. Ese ha sido el criterio seguido en la obra, pero el microscopio mental tiene el inconveniente de agrandar lo pequeño inmediato y dejar la vista inerte, ciega, para las percepciones amplias; es normal, pues, que haya pasado ante los ojos del crítico, inadvertido.

*

Luego objeta éste que la transcripción de la «Política Indiana», está tomada de una edición «que los eruditos desconocen» y agrega esta nota: «El señor Levillier deja constancia de que transcribe lo que inserta de la edición de Madrid, 1739. Y esa edición es desconocida». . . Yo siento mucho que el señor crítico la ignore. ¿Quién tiene la culpa, él o la edición cuya fecha de 1739 lleva el ejemplar de la Biblioteca del Instituto de Reformas Sociales que yo utilicé? Esto es de gran importancia, como lo habrá comprendido el lector! Critica luego lo seleccionado por mí dentro de la obra, y añade que Solórzano no es suficiente información para conocer todo lo que respecta al régimen legal del diezmo, por cuanto la «Política Indiana» apareció en 1648 y sus noticias sólo alcanzan a mediados del siglo XVII.

En efecto, ¿quien pensará que un escritor del siglo XVII pudiera tratar asuntos posteriores a su época? (1) Solórzano es de

(1) En el primer tomo, pág. 3, se encuentra la nota siguiente puesta por mí: La obra de Solórzano fué publicada por primera vez en Madrid, en 1629, en latín, y apareció con el título de «Política Indiana», en castellano, en Madrid, en 1648.

tal claridad y tal concisión y además tan versado en asuntos de Indias, que lo preferí en todos los casos a los demás de su misma época, pero eso no obstó a que utilizase para otros temas y para las épocas sucesivas a otros autores, como ser Veitia y Linaje, de 1672; Gutiérrez de Rubalcava, de 1750; Antúnez y Acevedo, de 1797, y Zamora y Coronado, quien reunió en 1845 en su obra «Legislación Ultramarina» las leyes de Indias y las Ordenanzas de Intendentes; y en el caso particular del capítulo de diezmos el extracto de Solórzano no se destinó en modo alguno al conocimiento de lo que fué el régimen legal del diezmo sino simplemente a revelar sus orígenes históricos, su naturaleza y sus fines. La serie de Leyes de Indias que agregué a continuación estaban destinadas a hacer conocer la esencia de la faz legal.

*

Persistente en su método, apunta el crítico otra observación, sin duda la más nimia de cuantas hace, pero tan errónea como las demás. Dice: «El señor Levillier reproduce lo que cree pertinente de la Ordenanza de Intendentes de 1803 con este encabezamiento, que es beatíficamente risueño: «la Ordenanza de 1803 contiene sobre el ramo el sólo artículo 155». Pues ese encabezamiento *no es mío*, es del propio señor Zamora y Coronado, y yo lo transcribo en ese carácter, como puede verse en su obra («Legislación Ultramarina», tomo II, cap. Diezmos).

*

Enseguida, dice el crítico, refiriéndose a mí: «Debe él saber como sabemos todos los que de estas cosas algo barruntamos, que hay un trabajo previo a la composición de cualquier corpus, y que ese trabajo, que sin duda es ímprobo, consiste en hacer la busca cabal de los documentos, y se llama eurística. Y ahora bien: ¿la ha hecho el compilador?, la respuesta es rotundamente negativa y la prueba correspondiente va a ir en seguida cuando se demuestra cómo falla en absoluto su documentación».

Como lo he dicho más arriba, esa labor previa se realizó debidamente y duró un año. Ahora respecto de la segunda parte, o sea que falla en absoluto la documentación, echo de ver, en el párrafo IV en que toca ese punto, la prueba de lo que afirma;

son opiniones personales tal como «esto no tiene importancia», «esto no vale», «esto no corresponde», etc., etc.

Ya formé y expresé mi opinión sobre los documentos, con el hecho de haberlos publicado; es al lector a quien toca formar juicio. Sólo puedo agregar que han sido elegidos de entre muchos centenares de piezas sobre el mismo tema y que todos sin excepción revelan alguna faz del impuesto, dan alguna indicación preciosa sobre su mecanismo y su aplicación desde el año de 1555 hasta el año de 1808, así como informan de incidencias provocadas por la imposición, la cobranza, y la distribución, entre los Gobernadores, los Obispos y los Oficiales Reales. Una simple ojeada basta para convencerse de ello.

Luego, en el párrafo V pretende el crítico completar la colección, según él deficiente; y dice así: «Para que todo no sea simple censura a la labor ajena y para que los interesados sepan cuantas son las piezas que faltan al corpus del señor Levillier, he aquí su nómina» y sigue a continuación la lista detallada de 21 piezas. Ahora bien, esto llega a lo inverosímil. ¿Creerá el lector sin duda que ellas provienen del Archivo de Indias? Pues de ninguna manera. 12 son del Archivo general de la Nación, él mismo lo dice!!! 1 del Archivo de la Notaría Eclesiástica de Buenos Aires!!! 3 de la revista de la Biblioteca!!! 1 de las cartas de Indias!!! (obra impresa publicada por el Ministerio de Fomento Español) y 4 del Archivo de Indias, de las cuales 3 son cartas de Oficiales Reales en las cuales estos funcionarios no se refieren sino incidentalmente a Diezmos, y que *además se encuentran publicadas in extenso en el primer tomo de la «Correspondencia de Oficiales Reales de Hacienda»* (páginas 347, 388, 407). Tratándose de una obra, en cuya tapa y en cuyo prólogo dejo establecido que mi base de labor exclusiva es el Archivo de Indias, resulta realmente de un penoso ridículo la ocurrencia de querer suplir la colección con documentos de Archivos del país, y otros recientemente publicados en obras y en revistas. Y dejo al lector que juzgue si el crítico pudo de buena fe creer que tenían cabida — en una obra destinada a documentos del Archivo de Indias, — documentos extraídos de archivos y obras impresas del país; o bien si fué su intento impresionar los ánimos con imputaciones sabidamente falsas pero de buena exterioridad. Por otra parte, no son 21 piezas las que faltan en el capítulo de diezmos. Podrían publicarse diez tomos, si en vez de *seleccionar* como yo lo hice, *para adaptar ese tema parcial*

al conjunto, se recogiesen todos los documentos de diezmos existentes en el Archivo de Indias. (1)

Y en este caso como en los demás, no se ha tratado de agotar el tema, sino de publicar lo suficiente para proporcionar un conjunto amplio y coordinado.

*

Luego me dirige el crítico el doble cargo de haber confundido el diezmo eclesiástico con los diezmos reales y de haberle incluido en la obra entre las contribuciones constantes aplicadas al comercio.

1.º Ignora sin duda que todos los documentos del Archivo de Indias, referentes al diezmo en el Río de la Plata son de orden eclesiástico. De manera que era imposible confundirlos con otros... inexistentes allí.

2.º Incluí el diezmo en la obra, y entre las contribuciones constantes aplicadas al comercio, por tener lógica cabida dentro de una recopilación de antecedentes de política económica. En efecto, si bien no afectó directamente al comercio, afectó, además del habitante que no producía más que para su consumo privado, al habitante que producía para el consumo público, o sea el negociante. El diezmo quitaba, por ejemplo al ganadero el 10 % de su ganado recién nacido; la consecuencia no se hacía esperar; el precio de costo de la totalidad recaía sobre el 90 % restante, y en la misma forma, venía esta exacción a repercutir sobre los precios de todos los artículos producidos en el país, o sea sobre el comercio mismo. (2)

Más aún, agregaré que la obra sin los diezmos, ni hubiese sido completa, ni hubiese respondido a su orientación legítima. El propósito de la Facultad no fué limitarla estrechamente a la vida fiscal sino abrazar la política económica en su conjunto. No sólo entendía señalar los impuestos que el fisco cobraba, y marcar los fines que se asignaban a éstos, sino también y muy princi-

(1) No he traído las fichas correspondientes a los «Diezmos», sacadas por mí en el Archivo de Indias, pero he de publicar próximamente la larga lista que ellas forman.

(2) El diezmo afectaba la producción, en la medida del 10 por ciento, en frutos, cosas o efectivo, y se destinaba a la propagación y conservación de la fe, dotaciones del clero y sustento de las iglesias.

palmente, especificar los gravámenes que directa o indirectamente pesaron sobre la riqueza colectiva. Y el hecho de que el diezmo fuera percibido para el culto y la gobernación eclesiástica y no para el fisco, era en este caso lo accesorio, siendo lo interesante, lo primordial enseñar lo que satisfacían los habitantes de la colonia, lo que egresaba de su producción y encarecía los precios por razones de exigencias impositivas. Es una obra esencialmente práctica la que proyectó la Facultad, y de fines docentes y así lo advierte el prólogo (página VII): «el criterio que guió la composición no fué el de ceñirla a los principios abstractos y a las divisiones científicas de la Economía Política, sino el adaptarla a las evoluciones de la vida misma».

*

En efecto, fué una viva preocupación «proporcionar al estudiante una visión total de los aspectos del régimen financiero y económico», es decir, todos los puntos de detalle que completasen el concepto del régimen impositivo y expresasen la situación del habitante de la colonia frente a los tributos que directa o indirectamente mermaban su riqueza.

Así es que el tema de «Aduanas» no se halla encarado solamente en su faz fiscal; contiene varios documentos importantes referentes a aduanas interiores y otros sobre el puerto de Buenos Aires que son de positivo valor como antecedentes históricos y económicos.

El derecho de «Habería» ⁽¹⁾ que era destinado a seguro, gastos de viaje y costo de armadas, galeones y flotas está mentado en la obra, a pesar de haberse cobrado casi exclusivamente en España, y de haberse aplicado recién en los últimos años de dominación, en el Río de la Plata, — por cuanto fué una de las contribuciones que en todo tiempo gravitó sobre los precios de las mercaderías y la vida económica de la colonia.

(1) Solórzano y Veitia Linaje escriben «Habería», en tanto que Gutiérrez de Rubalcava y Antúnez y Acevedo escriben «Avería». Solórzano pensaba «que este nombre de Habería se debió de originar de que mediante este gasto se les conservan sus bienes a los navegantes, los cuales bienes en nuestra lengua española se llaman Haberes, de la palabra latina Habere que significa tener». Y esa ortografía es la que he seguido por ser la que corresponde al verdadero significado de la palabra.

Por razones análogas se incluyen — además de los impuestos menores que sobre la yerba, el vino, el oro y la plata, el tránsito de mulas y de carretas se cobraban en forma ocasional — algunos documentos de gran interés sobre las contribuciones patrióticas que por vía de donativos o de empréstitos, solicitaba la metrópoli, de la colonia.

Este criterio amplio, que fué la orientación fundamental de la obra, es, en mi concepto, el que correspondía en una recopilación de «Antecedentes de Política Económica», y sinceramente creo que, teniéndose en cuenta los fines docentes a que la destinaba la Facultad, era el más práctico y el único fecundo.

Todo esto lo puede descubrir un crítico comprensivo y ecuanime, considerando la obra en su totalidad, pero como el que nos ocupa sólo dirigió su fobia agresiva contra *uno* de los once capítulos, no es extraño que el desconocimiento del espíritu que rige al conjunto, unido al deliberado propósito de censurar, le haya conducido a las objeciones estrechas, falsas o incongruentes que acabo de rebatir.

ROBERTO LEVILLIER.

AL MARGEN DE "DON BALTASAR DE ARANDIA" (*)

Buenos Aires, Agosto 26 de 1915.

Señor Raúl Montero Bustamante

Mi querido e ilustre crítico:

No vaya usted a hacerme la injuria de pensar, en vista del largo e inexplicable silencio, que, conseguido el propósito, se acabó el entusiasmo... No. Pero empecemos por el principio. Su artículo sobre «Don Baltasar», su bello y generoso artículo, ante todo, merece un homenaje. Es la producción de un espíritu selecto, de un consumado artista, que a la vez es un profundo conocedor del ambiente y de los hombres coloniales. Esto, dicho así, parece un cumplido trivial, una manera de devolverle los elogios que usted me ha hecho con pródiga y afectuosa pluma. No es eso, sin embargo. ¡Muéstrase tan desdeñosa la crítica, mi querido amigo; adopta, por lo común, un aire tan protector para decirle a uno que su libro es deficiente! ¡Se escribe tan mal, en una palabra, para llenar de injurias, a la postre, y solapadas, para mayor vergüenza, a quien se atreve a decir algo nuevo!... Usted dice que mi libro es un oasis. Su artículo lo es cien veces más para mí. Usted, que es autor, debe tener

(*) NOSOTROS ocupóse en su oportunidad del reciente libro de don Carlos Correa Luna, intitulado «Don Baltasar de Arandía», que le ha valido al talentoso investigador de nuestro pasado su incorporación a la *Junta de Numismática e Historia*. Las tres cartas que van a leerse refiérense al mismo libro. Las publicamos por tratarse de algo más que de tres cartas de ocasión, de elogio o de agradecimiento. Son las de los señores Montero Bustamante y Cupertino del Campo, dos agudas notas críticas dignas de ser leídas como tales; es la del señor Correa Luna un comentario marginal de su propia obra, tan agudo como interesante.—*N. de la D.*

algún cajón repleto de elogios de personas que han leído a la carrera sus páginas llenas de su alma. ¿Cuántos artículos del género del suyo ha recibido? Tiene usted hasta el supremo buen gusto de discutir conmigo, y no de cualquier modo, sino de modo fundamental, que es una manera, entre personas cultas, de estimarse más, porque en sus diálogos interviene una sinceridad decente y saludable, sumamente benéfica para lo que yo llamaría — si usted me lo permite — «higiene de la modestia».



Carlos Correa Luna

Miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana.

No crea usted, por esto, que sus reproches me dejan frío. Todo lo contrario. En primer término, cree usted ver en mí un enemigo de los jesuitas. Ni amigo ni enemigo. Le aseguro que he escrito «Don Báltasar» con una absoluta despreocupación, enteramente libre de prejuicios. Respeto a los jesuitas. Su obra civilizadora en la época colonial sólo la niegan los «mangiapreti». Ignoro si «se me ha ido la mano» en el libro; pero mi intención era mostrar una cosa que no he inventado: «la Compañía formaba un estado dentro del estado, y el gobierno español

no podía convertirlo: debía desalojarla, tanto más cuanto que él era pobre, y la fama de las riquezas jesuíticas, harto tentadora». Más o menos era ese el problema... ¿Hizo bien Carlos III? ¿Hizo mal? Yo no resuelvo el caso; pero bien claro digo por ahí que el sucesor de los jesuítas en América arrasó con todo lo bueno que dejaron aquellos. No merezco, pues, a mi humilde juicio, sus reproches, tan artísticamente presentados, como destituidos de verdadera justicia.

Con Ceballos es otra cosa. Ceballos, para mí, fué un grande hombre, una figura extraordinaria, pero «mezclada». Tiene líneas de un relieve estupendo, en el bien y en el mal. Como religioso era santurrón; como guerrero era cruel; como gobernante era tirano; como administrador de dineros públicos fué, al final, «un enriquecido». Pero a todo eso, fué valiente, previsor, talentoso. Así como «los corregidores fueron los abuelos administrativos de los comisarios del tiempo de Martín Fierro», Ceballos fué — cosa que no digo en la obra — el progenitor mental y moral de muchos militares argentinos y aun orientales: guapos como las armas, generosos, enamorados, amigos de golpear el pecho en la iglesia y de tener un hijo en cada rancho del pago, y tan despreocupados del dinero del gobierno como de los bienes de los difuntos. Nuestra guerra de fronteras produjo varios pequeños Ceballos, algunos de los cuales conocí personalmente, y en más de uno pensé cuando redactaba el famoso capítulo que usted no acepta... ¡Qué quiere usted, mi amigo! Entre el Ceballos de oleografía barata de los manuales de historia, y «mi» grande hombre, desigual, calavera, «interjectivo», brusco, cruel, y apasionado de las onzas de oro, lo que no excluía ni el valor, ni el patriotismo ni la inteligencia, me quedo con éste, a pesar de su, para mí, respetabilísima opinión...

Y ahora toquemos otro punto. Apenas recibí su artículo, lo devoré. Y en cuanto, lleno de gozo, llegué a la última línea, me faltó tiempo para entregarlo a *La Nación*. Después, quise contestar su carta y levantar los cargos. Pero ¿cómo hacerlo, sin tener sus carillas por delante? — «Esperaré — me dije — a que se publique, porque de memoria es peligroso entrar en refutaciones.» Entre tanto, fuí incorporado a la «Junta de Historia y Numismática», donde leí un trabajo sobre «La iniciación revolucionaria. El caso del doctor Agrelo», que *La Nación* hizo aparecer en folletín, del 16 al 20 de este mes. Ya se imaginará usted

que en esos días era imposible que el diario se ocupara de mí por partida doble, dando a la vez cabida al «Agrelo» mío y al «Don Baltasar» de usted. Anoche, finalmente, algo temeroso de la tardanza en publicarse su artículo, estuve en *La Nación*. Experimenté allí el placer que usted saboreará conmigo, de ver su artículo hermosamente compuesto, como todo lo que se hace en aquella admirable casa. En esa ocasión, tomé mentalmente las notas que me han servido para lo que acabo de exponerle sobre los jesuitas y sobre Ceballos. Saldrá — así me lo aseguraron — un día de estos, en cuanto sus tres columnas macizas no amenacen, para entrar en un número, con el desalojo, a la información política, material sagrado, muy superior al de todas las disquisiciones literarias, por maravillosas que sean. ¡Figúrese usted el escándalo periodístico que resultaría si los demás diarios «se vinieran abajo» hablando de finanzas, de la cuestión presidencial y de la guerra, y *La Nación* suprimiera todo eso para ocuparse... de «Don Baltasar»! ¡Qué descrédito!

Y ahí tiene usted explicado, por qué doy tardía respuesta a su cariñosa carta y a su bellísimo artículo, y por qué éste aún no sale a luz.

¡La memoria del buen corregidor le guarde, amigo Montero! Y mi amistad y mi gratitud estrechen esta feliz relación intelectual de la que sinceramente se congratula quien le quiere y le admira. — *Carlos Correa Luna*.

Montevideo, Septiembre 2 de 1915

Señor don Carlos Correa Luna.

Buenos Aires.

Mi querido amigo:

Releo su carta del 26 de agosto y mi artículo sobre «Don Baltasar» que me ha traído *La Nación*, y francamente, me quedo con su carta, afectuosa, cordial, estimulante para quien no merece con seguridad ninguno de los generosos conceptos que le sugiere su amistad hacia este impenitente borroneador de carrillas.

Me siento feliz con que mis apuntes sobre su libro hayan en-

contrado eco simpático en su espíritu, aún aquellos que por derivar de conceptos que usted no comparte podían herir su susceptibilidad de autor. No me equivoqué, pues, cuando confié a su amplitud de corazón y a su comprensión intelectual, las discrepancias de criterio histórico que lejos de separarnos nos vinculan aún más estrechamente en esta noble labor del espíritu a que estamos consagrados. Tengo para mí que si departiésemos largamente sobre estos tópicos, habríamos de llegar a un acuerdo, ya que la preciosa silueta epistolar que usted me traza del insigne Ceballos la acepto en casi todas sus partes, y que nuestra disidencia acerca de los jesuitas, radica, no en la manera de apreciar la obra del instituto, sino en la definición del especialísimo significado histórico de la Compañía, ante la descomposición del régimen religioso, político y social a que se ajustó durante varios siglos la sociedad española. ¡Cuánto habría que hablar y debatir sobre tan complejo e interesante punto! ¡Cuántas deducciones que hacer y cuanto descubrimiento de remotos factores con que relacionar en el orden oscuro de las causas, hechos y sucesos de la historia lejana y reciente de nuestra común patria platense!

Pero permítame que descienda de tales alturas para agradecerle de corazón el buen rato que me ha proporcionado la publicación de mi artículo en tan alta tribuna. No soy excesivamente modesto, pero tampoco me creo vanidoso, y sin embargo, en este caso, sea la influencia de sus cartas, sea la generosa acogida de mi artículo, no he podido evitar un espontáneo movimiento de estimación hacia mi persona. Qué quiere usted ¡debilidades del corazón!

Mucho quisiera decirle, sobre todo lo que dejé en el tintero — y no es poco — cuando redacté mis notas sobre «Don Baltasar», tema inagotable de gratas conversaciones intelectuales; pero el ocio es esquivo para este amigo, abrumado por ingratas tareas, que una vez más le tiende la mano con reconocimiento y afecto.

Suyo. — *Raúl Montero Bustamante.*

Del doctor Cupertino del Campo

Buenos Aires, Julio 11 de 1915.

Mi querido Carlos:

He terminado la lectura de tu «Don Baltasar de Arandia» y siento haberla terminado. Es una obra importante, digna de tu largo estudio y de tu talento.

Está hecha a base de erudición y de fatigosas investigaciones. Esto se ve claramente sin necesidad de leer las notas. Ni es necesario, para afirmarlo, saber, como yo sé, que esta ha sido siempre materia de tu predilección. Hay cosas que no se improvisan ni aún en este país de improvisadores.

Pero esa perseverancia, esa «larga paciencia» que es tan meritoria como escasa, y es cimiento sin el cual todo se derrumba, no basta. Es necesario, además, el seso que comprenda, seleccione y sintetice; en una palabra, que, de todo eso, haga otra cosa, cosa propia, con unidad, armonía y médula adentro. Todo eso lo tienes y lo has puesto en tu libro; por eso has hecho vivir una época.

Eso ya es todo; sin embargo, hay algo más. Una forma encantadora, fácil, pintoresca, gráfica y de maestro. Déjame que te lo repita porque lo digo con sinceridad absoluta: *de maestro*. Si eso no es escribir bien que me ahorquen. No conozco gente de por acá capaz de hacerlo mejor. Puedes ruborizarte y citar grandes nombres; no me importa; lo he dicho y lo sostengo.

Y todavía hay otra cosa que es tal vez la más interesante y curiosa. Hay alguien que está contando todo; hay alguien que juzga la época y los hombres sin juzgarlos, que todo lo dice con ironía fina y con lo que podría llamarse un «titeo cariñoso», que ha visto todo, que todo lo comprende y que quiere perdonar. Parece que dijera «así es la época» en cada página, con esa gran bondad del hombre inteligente. Ese alguien eres tú, mi querido Carlos, en cuerpo y alma, que apareces a cada rato sin quererlo y sin saberlo, porque realizaste tu obra con amor.

¿Es ello vituperable? Seguramente cuando el autor, por contemplarse el ombligo, se substituye a los personajes. Pero cuando éstos resultan de carne y hueso, cuando los caracteres están bu-

rilados magistralmente, cuando Don Baltasar y Patsi y Don Plácido y los Cabildantes y todos son tan diversos, tan vivientes y tan reales que el lector cree haberlos conocido, es una cualidad superior de psicólogo y de artista; y hay que sacarse el sombrero. Decir lo contrario es incomprensión o envidia. No conozco gran escritor que no haya procedido así; los del «objetivismo» frío y fotográfico son siempre medias cucharas.

¿Los defectos? Los tendrás, no sé; no los he notado y no han de ser importantes, porque cuando existen se encuentran siempre sin buscarlos. Que otros te señalen palabras que no están en el diccionario de la Academia Española; yo no puedo porque abuso de ellas y me resulta mejor. Que otros rectifiquen, si los hay, errores históricos; yo no soy capaz de hacerlo por falta de conocimientos especiales.

Sin embargo, para dejarte satisfecho, van esos peros: Hay exceso de notas que hacen incómoda la lectura; creo que estarían mejor al final. Te confieso honradamente que he saltado gran parte de ellas.

El formato del libro no es práctico; no permite la lectura en la cama ni en el tren que, para mí, son los dos grandes sitios para el caso. Te explicarás por lo que te dije y por esto mi demora en escribirte.

No encuentro nada más que criticar. Te diría que es caro, para quedar bien; pero ignoro el precio, ya que has tenido la fina atención de regalarme un ejemplar.

Te lo agradezco de todo corazón y te felicito con un abrazo.

Tu afmo. amigo de siempre. — *Cupertino del Campo*.

“ RIVADAVIA ”

«La cultura argentina», que se ha propuesto vulgarizar las más valiosas producciones de los «clásicos» nacionales, ha dado a la publicidad, reeditándolo primorosamente, el interesante libro de Andrés Lamas sobre Rivadavia. Antecede a la obra un vigoroso comentario de Alvaro Melián Lafinur, quien sólo se ha limitado a considerar en sus aspectos generales la figura del héroe, sin detener su atención en el trabajo que motiva su prólogo. Esta actitud se encuentra perfectamente justificada. No le hubiera sido posible, en el breve espacio de tiempo y lugar en que se realizan las ediciones de esta índole, considerar prolijamente la obra de Lamas; y ello porque sus páginas, más que un estudio preliminar, necesitan una escrupulosa revisión de su texto. La precipitación con que fueron solicitadas en 1882 por el Gobierno Argentino para publicarlas oficialmente con motivo del centenario de Rivadavia, impuso a su autor la penosa obligación de mutilar o, por lo menos, reservar algunos capítulos todavía inconclusos que, en el caso de imprimirse, hubieran dado al volumen la unidad de que ahora carece. El carácter fragmentario de la obra exigía, pues, como materia previa, un análisis de aquellos puntos no abordados por Lamas y cuya lamentable ausencia perjudica notablemente el valor global de este libro.

El biógrafo ha dividido su labor en dos períodos: uno que comprende desde 1810 a 1812, y el otro desde 1826 a 1827. Como se vé, el señor Lamas ha pasado por alto los años intermedios, en los cuales el talento de Rivadavia se alecciona en la contemplación de los sucesos y del pensamiento europeo, que ejercieran una influencia tan considerable sobre su espíritu. Hubiera sido interesante conocer el proceso intelectual de Rivadavia y descubrir su filiación ideológica. Seguir paso a paso su gestión diplomática en el extranjero y, sobre todo, examinar meticolosa-

mente la orientación mental de los escritores, cuya lectura llevó a su inteligencia el convencimiento de que para organizar nuestro país y encauzarlo en un orden de progreso, era preciso introducir en él las más recientes y, por lo mismo, adelantadas conquistas sociales; considerar a través de los actos de gobierno de Rivadavia, las causas que modificaron fundamentalmente su carácter, hasta el extremo de que la poderosa voluntad que domeñara el motín de los Patricios y la conjuración de Alzaga, pierde después de 1821 su energía de los primeros momentos; investigar en sus reformas y proyectos, cuáles son un producto de su iniciativa particular y cuáles un resultado del anhelo público — es colocarse en camino de conocer la integridad moral y la prestancia cívica del héroe, con el agregado, todavía más trascendente, de que su conocimiento llevaría como de la mano a la comprensión de un instante colectivo. Y consecuente con esas afirmaciones — que han determinado, por otra parte, todo un movimiento de reacción de nuestra juventud estudiosa, contra el anticuado e ineficaz criterio documentario y cronológico — Melián Lafinur ha procurado realizar en su monografía preliminar una historia de las ideas de Rivadaviá. En ese sentido sus reflexiones vienen a completar el libro de Lamas. No sería posible apreciar este último, ni formarse a través de sus páginas un concepto acabado de la personalidad del patricio, sin contemplar el meduloso comentario de Melián Lafinur. Forman así el libro y su prólogo — con tener aquél sobre éste el mérito que supone el trabajo paciente y la revisión de documentos, leyes y demás antecedentes indispensables para el análisis de la actuación de Rivadavia, un solo cuerpo de lectura, tan vigoroso y uniforme que su partición implicaría, desde luego, un desmedro casi total de su sentido. Las conclusiones de Melián Lafinur, salvo cuestiones de detalle, se encuentran afirmadas o implícitamente contenidas en el libro de Lamas. No pretendo significar con ello, que el esfuerzo del biógrafo se haya limitado a consignar datos; ni mucho menos que la obra de Lamas sea un apéndice del prólogo de Lafinur. No era hombre, el brioso escritor uruguayo, para amontonar documentos con el propósito pueril de coleccionarlos ordenadamente. Su inteligencia rápida, su criterio flexible y actual, su vida combatida por azares diversos, su vinculación con los hombres y cosas del Río de La Plata, le capacitaban para abordar un trabajo de aliento, en el que alternasen las exposiciones originales con la argumentación comprobatoria.

Llama la atención el juicio sereno y la habilidad expositiva con que el historiador va desentrañando la participación de Rivadavia en las distintas etapas de su vida política. El estilo es deficiente — casi diría que es el estilo común a toda una generación de escritores nacionales. No poseía el señor Lamas esa elegancia prosódica, ese dominio de los matices del lenguaje, que imprimen a las ideas vigor inusitado, confiriéndoles una personalidad inconfundible. Con todo, su prosa desigual e incorrecta permite apreciar la reciedumbre del talento que la ha construido: un talento inquieto y sagaz, cuyo concepto de la obra histórica difería en absoluto del de la mayoría de sus coetáneos. No tenía Lamas esa preocupación infantil por el detalle inútil, encontrado después de largas vicisitudes investigativas; no gustaba del rincón inexplorado cuyo descubrimiento solo pone de relieve, en la generalidad de los casos, la paciencia franciscana del explorador. Y tal vez lo único que entorpece su obra es un cierto afán desmedido por justificar las actitudes de su personaje. Se había propuesto reivindicar la gloria de Rivadavia, y de acuerdo con ese propósito explica su conducta en las horas de la Revolución; demuestra que salvó el movimiento de Mayo cuando, frente a las amenazas del Brasil, hizo valer nuestro derecho, incorporando a los anales de la diplomacia argentina uno de sus más valiosos capítulos: acentúa con palabra cálida la rectitud, la prudencia y la energía de que el héroe diera muestras al sofocar la conjuración de Alzaga; desmenuza su plan de gobierno, sus reformas económicas, sus innovaciones numerosas y prácticas, y manifiesta, por último, que su proyecto de Constitución era perfectamente conciliable con los intereses y aspiraciones de la época. Su libro es así una defensa de Rivadavia. Más que una biografía del héroe, es este trabajo una historia de su gobierno y una justificación de su conducta.

Por su parte, Melián Lafinur ha realizado un estudio complementario de la obra de Lamas. Mientras el escritor uruguayo cree encontrar en los impugnadores de Rivadavia parcialidades de partido, Lafinur — es superfluo consignarlo — se despoja de toda preocupación que pudiera desviar su criterio histórico. En tanto que Lamas examina lo que llamaríamos la *vida exterior* del patricio, Melián Lafinur se detiene preferentemente en la consideración de su existencia íntima. Y es por eso que del prólogo trasciende calor humano y realidad palpitante. La figura de Rivadavia co-

bra en sus páginas proporciones todavía ignoradas de quienes, en nuestro país, sólo se paran en la contemplación superficial de nuestros antepasados, y aprecian efemérides más o menos exactas, sin comprender que en lo sucesivo será preciso, para cultivar esta severa disciplina de la Historia, conocer lo que pensaban y sentían sus personajes.

No siempre se encuentran de acuerdo las ideas del autor con las afirmaciones del prologuista. Lamas adivinaba en todos los ataques dirigidos contra Rivadavia la presencia de sus detractores. Atribuía a la generación del 36, a la valiente y admirable juventud del «Salón literario», las especies vertidas en perjuicio de la grandeza moral del héroe y de sus aptitudes de gobernante. Se decía entonces, y se ha sostenido después por escritores insospechables de preferencias o enconos políticos, como lo son Avellaneda y Groussac, que el Rivadavia del año 21 no es el mismo — si es posible acudir a este giro para explicar una mutación subjetiva — no es el mismo Rivadavia de los días del Triunvirato. Y no lo es porque, según Avellaneda, su voluntad había sufrido una transformación absoluta. Conservaba aun, es cierto, sus arrebatos juveniles; pero había perdido aquel carácter férreo con que impusiera sus decisiones a Pueyrredón y a Chiclana. No tenía ya el gesto firme, ni la acometividad rápida y ejecutiva que singularizaban al continuador de Moreno. Procuraba ahora aleccionar a su pueblo. Quería, como desde una eminencia, conversar con la muchedumbre por él conducida y demostrarle su capacidad de estadista y sus habilidades de reformador.

Sin embargo, no es precisamente esa afirmación la que preocupaba el espíritu de Lamas. No le interesaba este problema psicológico. Creía únicamente — refiriéndose a las condiciones de Rivadavia como hombre de gobierno — que el patricio «de 1811 y 1812 era el mismo de 1821 a 1824; con la misma preparación, con la misma ciencia o con las mismas intuiciones, con los mismos propósitos, con las mismas iniciativas, con las mismas iluminaciones y previsiones del porvenir».

Se advierte en las palabras anteriores el deseo de hacer aparecer a Rivadavia como un talento original, que creaba instituciones o sancionaba reformas con independencia de toda soliciación colectiva. Asoma en ellas el anhelo evidente de alejar de sus lectores la sospecha de que el ministro de Rodríguez había

recogido, en su viaje por las naciones extranjeras, los proyectos y doctrinas que más tarde llevaría a la práctica. No comprendía el señor Lamas que con tales asertos disminuía los contornos del héroe. Lejos de ser una inteligencia creadora, Rivadavia era un genio extraordinariamente dotado para asimilar y transformar, adaptándolas al medio, las teorías que conceptuaba útiles; como asimismo poseía esa cualidad, distintiva de los grandes conductores de pueblos, que permite descubrir en el fondo común sus necesidades del momento. «Cuando se estudia a Don Bernardino Rivadavia, dice Avellaneda, en sus actos, que ocupan páginas hermosas de nuestra historia, llama sobre todo la atención lo abierto de su alma, su aptitud para acoger y hacer suyas las ideas nuevas en todos los rumbos, y, para decirlo de una vez en términos concretos, su exención de toda preocupación, designese ésta con cualquier nombre: política, religiosa, intelectual, de pueblo o de raza».

Melián Lafinur en su prólogo robustece las opiniones de Avellaneda. Y bastaría para confirmarlas definitivamente un ligero estudio de la sociedad porteña en los años que precedieron a la aparición de Rivadavia. — Ya en 1819 eran famosas las tertulias de don Esteban de Luca, quien recibía en su casa al núcleo de mayor significación política e intelectual de Buenos Aires. Acudía a esas tertulias don Juan Cruz Varela, un espíritu macerado en rígidas disciplinas mentales, que intentara crear un Teatro Nacional en compañía de Ambrosio Morante — cómico en cuya vida abundan alegres y pintorescos episodios — y de los exiguos elementos dramáticos de la época. Era infaltable concurrente a las reuniones de lo de Luca el naturalista Bompland, que había sido compañero de Humboldt, y que fuera más tarde detenido en el Paraguay por el tirano Francia. Queda de Bompland una biografía por De Angelis y un retrato sobre piedra litografiada de Pellegrini. Don José Bernabé Moreno difundía entre los contertulios de Luca las ideas de los economistas españoles, de los cuales era fervoroso admirador. Don Santiago Wilde y don Vicente López y Planes dedicaban sus horas al estudio de arduos problemas económicos, que luego vulgarizaban con amenidad en los recibos de Luca. Y tal fué el prestigio que de hombre versado en esa materia adquiriera don Vicente López, que en 1822 se le nombró profesor de Economía Política en la Universidad, cargo que no llegó a desempeñar, pero cuya designación puede dar un reflejo

exacto de su reconocida competencia. En aquellas reuniones el joven Darregueira recitaba las poesías de Varela, y el loco Tartaz declamaba con voz formidable la regocijada «Solfa beruttina» o las joviales composiciones del Padre Castañeda. Vicente Fidel López nos ha dejado respecto de las tertulias en lo de Luca páginas inolvidables. Demuestra en ellas cómo se iban formando, en la enrarecida atmósfera porteña, «propósitos progresivos», de suerte que al asumir Rivadavia su ministerio encontró en el ambiente social de Buenos Aires el estímulo que sus proyectos requerían.

Una fiebre de humanismo agitaba el medio, antes hostil y ahora propiciador de todo esfuerzo cultural.

El poeta don Juan Crisóstomo Lafinur, en pleno año 20, convoca al pueblo «al templo de San Ignacio a presenciar una función literaria»; función en la cual tres de sus mejores discípulos tratarían de «la divinidad de la religión cristiana»; de «la historia del hombre físico y moral» y de «los lugares comunes de la elocuencia, el estilo oratorio, los tropos y figuras de sentencia», según la doctrina y los ejemplos de Hugo Blair y Capmany. A su turno el maestro refutaría las hipótesis de Juan Jacobo Rousseau, aprovechando la oportunidad para extenderse en consideraciones de carácter cívico; pues el cantor de Belgrano — como lo asegura Gutiérrez — al par que aleccionaba a sus alumnos en el conocimiento de la filosofía, sabía infundirles las más elevadas aspiraciones democráticas.

En aquella época y en la sociabilidad a que me vengo refiriendo, circulaban las obras de Locke, Condillac y Destut de Tracy. En 1820 se imprime en Buenos Aires una traducción de los «Derechos y deberes del ciudadano» por el abate Mably. Las teorías utilitarias de Benthan ya se conocían en 1817, aún cuando recién en 1824 el doctor Pedro Somellera les da una forma asequible a los jóvenes de la Universidad en sus «Principios del Derecho Civil». Y si a todo lo dicho se agrega el espíritu de iniciativa que caracteriza al primer período de la administración de Rodríguez, se tendrá una noción aproximada del estado en que Rivadavia encontró, a su regreso de Europa, a la sociedad porteña. Ese viaje había sido fecundo en enseñanzas. «Durante su larga permanencia en Europa, dice Melián Lafinur, Rivadavia podía apreciar de cerca el funcionamiento del gobierno parlamentario y apreciar el juego de las instituciones en sus principales re-

sortes. El movimiento de la *Restauración*, el constitucionalismo liberal de Benjamín Constant, el filosofismo político de Royer Collard, aquellas batallas de ideas entre los grandes tribunos de la Francia, el espectáculo del parlamento en auge, impresionábanle vivamente, suscitando en él el deseo de transportar aquello a la escena de su país». Pero el escenario de su país se hallaba en condiciones de recibir esas reformas, de modo que al hacerse cargo del ministerio que le ofreciera Rodríguez, se encontró con un clima favorable a la implantación de sus proyectos; implantación que le permitiera poner de relieve su capacidad «para acoger y hacer suyas toda clase de ideas» y su aptitud para interpretar las necesidades colectivas, que constituyen el fondo mismo de su talento.

De la síntesis que Melián Lafinur realiza en su prólogo se desprenden estas verdades fundamentales que, antes de amenguar los méritos de Rivadavia, acrecen si es posible la deuda que con él ha contraído la posteridad.

Y ahora más que nunca puede afirmarse que nada ha faltado a la gloria del héroe. Su figura exaltada en estrofas de cálido fervor cívico, comentada en páginas nutridas de documentación y vibrantes de entusiasmo, combatida en exposiciones sólidas y eficaces, ha recorrido el arduo trayecto de la discusión y del examen antes de llegar a su consagración definitiva.

NICOLÁS CORONADO.

CANCIONES DE LOS PUERTOS Y DE LOS MARES

Cuando las naves duermen.

Se han dormido las naves misteriosas y quietas
En el seno del Támesis. No se oye la canción
Que cantaba en la proa de las viejas goletas
Con acento nostálgico el lloroso acordeón.

En la bruma se pierden sus oscuras siluetas,
Y en los desiertos puentes que barrera el tifón
Sueñan viejos marinos de figuras escuetas
Con lejanos países de sol y de ilusión.

Corre el Támesis bajo las fatigadas quillas;
¡Oh naves que vinisteis de lejanas orillas,
¡Oh naves que mañana volveréis a zarpar

Hacia el sol y el bullicio de los lejanos puertos...
Y los viejos marinos en los puentes desiertos
Hablan soñando y sueñan que están en alta mar.

La visión del navegante.

Aquella clara noche de luna el navegante
Tuvo un extraño sueño bajo la Cruz del Sur;
La goleta corría, fatigada y errante,
Por aguas del Oriente con rumbo a Singapur.

Vió en las profundidades oscuras y dormidas
Claridades extrañas... Contempló en su visión
Los ahogados de siglos y las naves hundidas
Que arrullaba el océano con su enorme canción.

Y vió que aquellos muertos salían de los mares,
Y oyó en la clara noche misteriosos cantares
Que cantaban los buques bajo la Cruz del Sur.

Acercábase el alba, luminosa y distante,
Y al volver de su sueño extraño el navegante
Vió las luces lejanas del viejo Singapur.

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.

LAS ALMAS

CONFESIONES DEL BARÓN DE NOORMY

Por EULOGIO R. DE LA FUENTE

(Continuación) *

La flecha

De par en par abrí las dos ventanas de mi escritorio. El aire cálido no se movía. Sin prender luz, me senté cerca de la mesa, acobardado por primera vez. ¿Cómo encontraría a Vilma? La plaza fuerte de nuestro secreto estaba invadida; nuestras entrevistas tendrían para siempre ya la aguja del silbido del mundo, que las infamaba. Verdad era que el mudable juicio de los moralistas me afectaba por sí lo menos posible; pero, ¿en qué términos nos heriría a los dos juntos?... ¡Y estaba atado de pies y manos delante de la procacidad astuta del vizconde! Recoger la alusión ¿no sería vigorizarla? Pero Teles ¿no se quedaría en Noormy toda la vida!: no bien se fuese, iría a desafiarle y matarle. ¡Con qué placer le atravesaría la garganta de parte a parte! con qué fruiciones había de mirar su lengua colgante y mordida en las contracturas de la agonía!... ¿Sí?... ¿en qué, pues, me diferenciaría de Felipe Huszar? ¿me regodeaba tan holgadamente de pasar a las filas del ciego mundo victimario? ¿Hacía yo, entonces, algo que no podría, sin excitar mi furia, ser entrevistado siquiera? ¿sería bárbaro al punto de castigar el daño de las ideas ajenas sobre la personalidad rimbombante del barón de Noormy?... ¡Ah! ¡cómo, sin embargo, bajaban sobre esa estructura atávica de mi

* Ver los números anteriores de NOSOTROS.

ser tristezas solemnes que hacían doblarse, en la galería de los cuadros y las armaduras, las sombras de mis abuelos!...

Agradable saludo lejano... ¡dulce garganta! Miecío cantaba en el parque. Cumplía su palabra. *Di quella pira*... Trozo bello, fuerza consoladora para mis torturas... Mi capellán me enviaba con el aria del *Trovador* el sentimiento de los invencibles y primordiales arrebatos del gozo de amar...

— Adelante — dije al oír en la puerta dos golpes.

— Señor...

— Espera, Huszar, voy a dar luz... Entra. ¿Qué deseas?

— Señor, con la luz, convendrá tener cerradas las ventanas...

El color terroso de Huszar y su tono siniestro me pusieron sobre mí mismo al instante. Cerré las ventanas y las contraventanas.

— Siéntate. ¿Has tenido alguna desgracia en tu casa?

— Su excelencia habrá oído, un poco después de las diez, un grito muy extraño...

— Sí, le oí — contesté, sintiendo frío. — ¿Qué ha sido?

— Señor, ha pasado una cosa espantosa.

— ¡Oh!... Di, en seguida.

— Su excelencia tal vez no sabe que tengo enferma a mi mujer...

— ¿Alda?... ¿qué ocurre con Alda?

— El estómago... vómitos... Le doy tes de tilo, antes de acostarme. Eso es.

— ¡Y bien!...

— Esta noche, hacia las diez, me fuí a la avenida de los tilos plateados, donde hay el negro del Canadá. Alda no tomaría nunca un te de los tilos blancos... Trepé al árbol y cuando ya tenía un bolsillo lleno de hojas y flores secas, oí venir a uno de esos señores... ¡echando chispas!

— ¿Quién era?

— Como se sentó en el banco que hay enfrente del tilo negro, conocí al señor vizconde. ¡No era amigo de su excelencia ese caballero!...

— ¡No era!... ¿Le mataste, Huszar?... ¡Ah! ¡ay!...

— No le maté, señor, aunque no faltó mucho. Pero...

— ¡Sigue, sigue!...

— El señor vizconde se puso a echar maldiciones a todos los vivos y a todos los muertos. ¡Que le pondría fuego al castillo!...

¡que si a su excelencia le partiría la cabeza y se la machucaría entre dos piedras!... ¡que si a la señora Lea y a la señora Lean-ka las iba a empalar y las cocería a fuego lento!... ¡No acababa, señor, y a mí me estaba ardiendo la sangre, cuando apareció la señora de arriba!...

— ¿Qué señora de arriba?

— La señora Nelia.

— ¡Ah! ¡ah!... ¿y después?

— Señor, no sé de dónde salió, pero es el caso que andaba casi desnuda... El señor vizconde la vió y fué a buscarla. No sé que le dijo, que la señora Nelia se echó a reir... ¿Su excelencia no la oyó reir?...

— No; sigue.

— ¡El señor vizconde la abrazó!... ¡por el pecho!

— ¡Adelante, Huszar! ¿por qué hablas tan ronco y tan calmoso?... ¿Qué sucedió?

— Señor... — dijo, dando vueltas al sombrero con sus rudas manazas, sombrío, — ella le echó a dos varas, así... con el brazo. Tres veces le echó, cada vez más lejos... y a la tercera vez fué a caer malamente ¡contra el tilo!... ¡Puedo declarar que por tres veces le echó! La señora Nelia siguió entonces su camino... Al llegar al banco, el señor vizconde ya estaba en pie y no la dejó pasar. Le dijo muchas cosas de los adulterios... y que, aunque tuviera que ir por ello a la horca, haría su gusto. ¡La abrazó como un animal!... Y en eso... la señora Nelia le cogió por la ropa y lo levantó así... en el aire... Así, le dijo que era un furioso loco y que no le estrellaba contra el suelo porque era un amigo de su excelencia... El señor vizconde estaba fuera de sí y dijo...

— ¿Qué dijo, Huszar?

— Señor... ¡dijo una cosa de la señora condesa, que nadie dirá más sin que yo le mate! ¡Me tiré del árbol!...

— ¡Qué más! ¡qué más!...

— Corrí detrás de la señora Nelia, que se lo llevaba! ¡Corrí como un desesperado!... ¡Ella corría más!... ¡No les vi más!... Pero cuando llegué a la calle de los frutales que va a la torre grande... ¡oí! ¡el grito!... ¡arriba! ¡arriba!...

— Y...

— Señor — dijo Huszar, blanco como los muertos, — en el parrayos... ¡allí está ensartado!...

Me dejó sin palabra esa aterradora noticia.

Huszar quedó en el mismo sitio, moviendo únicamente los ojos para mirar el techo y el piso, petrificado de haber presenciado tan funesto milagro. Hice un llamamiento al brío de los capitanes de mi apellido y le pregunté:

— ¿A quién más le contaste eso?

— Señor, corrí a casa... Se lo conté a mi mujer. Alda me dijo que viniera a informar a su excelencia. Nadie más lo sabe.

Reflexioné mucho tiempo. Era preciso avisar a la justicia de Eryoly... Habría que subir, ver si el vizconde conservaba un resto de vida, auxiliarle, poner en acción todos los elementos de que se dispusiese...

— ¿Podríamos sacarle de allá?...

— Señor, hay que hacer un andamio de unos quince metros... y cortar el hierro encima del cuerpo. Cuando sea sacado, se vaciará de la sangre, si la tiene...

— Con todo...

— Sí, señor... con todo, más difícil sería ponerle otra vez en donde está. No hay quien lo haga, sin un andamio más alto.

— Huszar... si declarases lo que has visto, Nelia pasaría un mal rato.

— Señor, el mal rato lo pasaría yo... porque antes de que a la señora Nelia le tomasen su declaración, el juez, el escribano, el forense, el alguacil y los hombres buenos... ¡iríamos juntos por el mismo camino! Además...

— No le devolveríamos al señor vizconde ánimos para que nos quemara a todos...

— ¡Eres un hombre, Huszar!... Ve tranquilamente a dormir. ¡Dejemos pasar la gran mano que hace tales cosas!...

— Señor... Alda quiere que yo venga a echarme aquí a dormir... a la puerta. Señor, ella sabe siempre lo que quiere.

— No, no, Huszar, retírate a tu casa, pues nada malo me sucederá. Solamente que el vizconde...

— Señor, hay que ver las cosas como las verá todo el mundo y no como yo las contase. Nadie me creería, aunque jurara decir verdad sobre la cabeza de mis hijos. El mejor saltimbanqui no subiría con un cabrito... y veinte hombres no llevarían a otro contra su voluntad. Es, quieras que no, lo que pensarán el juez, el médico forense y el escribano, puesto que aquí no tenemos globos para tirar abajo a la gente y espetarla en semejante clavo...

¡Diga yo otra cosa y me meterán en la cárcel por vil calumniador! Pero si su excelencia me lo ordena...

— No, no, Huszar... puedes ir a dormir.

Cerré la llave de la luz y nuevamente abrí las ventanas. De la profundidad del parque venía una sonata de apacibles expresiones, suave y expandida como la suave noche. De tan lejos, la voz del presbítero llegaba con la vibración arrullante y engolfada del violoncello. Parecía cantar *Estrella Vespertina* de Tannhäuser, pero muy bien podía ser una improvisación de la tierna psiquis del infantil polaco. Hinchada la garganta por emociones oscurísimas que se levantaban más que olas gigantes y se conjugaban en mi reducido mundo con colosal esfuerzo transfusivo, ansiosas de voz y de manifestación, fuertes como huracanes y más informes que la inmensidad de la sombra... tuve que dejar salir un lamento bronco, que el espacio devoró impasiblemente y que me dejó rendido y como desgarrado. Y una estupenda frialdad reemplazó a ese mar convulsionado; la calma insensata de las misiones cumplidas se adueñó de mis sentidos, lo mismo que la aurora sustituye el dominio de la oscuridad preñada de fantasmas... La Naturalezaba descansaba después de ese hecho arrancado a mis fibras con tan escabroso trabajo, pues no me parecía menos difícil arrancar un sollozo de una peña...

Hice que llamasen a Martón.

— ¿Cuántos hombres pueden trabajar toda la noche en construir un andamio? — le pregunté.

— Nueve, excelencia... Diez, conmigo.

— Hace falta que se trabaje en eso sin perder un segundo... En el pararrayos de los Observatorios hay un cadáver.

— ¡Un cadáver!...

— Que un hombre salga a caballo inmediatamente con esta carta y la entregue al juez de Eryoly, el digno Batthia.

— Señor, desde el último piso de la torre hasta el pararrayos ¿no pueden emplearse escaleras?

— Por escaleras subirían albañiles, pero no la justicia.

— Su excelencia tiene razón — dijo el intendente, pálido, seco, sufriendo de contener su grande sorpresa y su curiosidad. — El señor ingeniero puede dirigirnos...

— Ciertamente. Búscales y dile que me haga el honor de venir... No es necesario enterar a todo el mundo de esa novedad. El tiempo urge. Nuestros huéspedes tienen derecho a dormir, sin nuestras preocupaciones, como todas las noches.

La brújula no señala...

Nadie se acostó.

El salón-jardín, iluminado con sus doce arañones eléctricos, parecía tener el esplendor fatal de una capilla ardiente. La conversación daba portazos a las veinte palabras. Las bocas querían, en vano, embalsamarse con licores aromáticos, de que había subido Janos gran cantidad de botellas. Cada frase sonaba a duda; cada silencio era inmovilización de oficio fúnebre. El calor hacía más huroneadoras las miradas y ponía en los pómulos el rojo complejo del miedo y la acusación. El martillo de los que trabajaban golpeaba más tal vez en las frentes que en los maderos. Se hojeaban albums. Algunos diálogos eran alternaciones de un rezo de ánimas. Lungkas halló una vereda de extravío hacia las concepciones platónicas, pues dijo:

— El sufrimiento es el eje de este globo cubierto de parásitos. Todo rechina y sangra. Cada gota de placer es exprimida de una hecatombe. En el fondo, todo es siniestro. La sublime tempestad traga millares de navíos; el sublime volcán devasta millares de chozas; el sublime ecuador no deja reposo a sus infinitos fabricantes de veneno; el esplendente Sol se despierta cada mañana sobre una fosa sin rellenar... El drama es la cebolla de nuestro pan. Lo trágico es la espuma de nuestro vino. Maurus: deja de soñar en tus aburridas superaciones: la encíclica no hace más que aumentar un cerrojo a la puerta del presidio. El montón humano será eternamente turba; singularizarse, es atraer la centella. Recuerda que Zeus maneja el rayo con más certera pupila sobre los que se elevan. Veo en el Tiempo la inflexible guadaña... Cronos afeitada con ella a Saturno; Saturno se alimenta con su prole. ¿De qué culpáis al colectivismo?... Enhorabuena: es una entidad que no tiene un corazón; pero tiene encéfalo; tiene ideales: los plantea, los siembra, los inverna, los defiende, los madura... y fracasa. ¿Es su culpa? Os digo que a la distancia de un gran incendio, en que no se oye a los que perecen, el mundo parece bello. Ved la caída de la Bastilla, mirad una comitiva de Trajano, evocad al vándalo Alarico... y pensad que los gentiles caballeros suspenden sus cuchilladas al toque de oración, se santiguan en el cristiano amor y se matan al momento por los ojos de una menestrala... Bien: si habéis mirado todo eso habréis visto

que los pueblos se baten con igual gentileza y se entierran con donaire. El galardón de Aquiles es haber vencido a Héctor, arras-trándolo de una pierna y enardeciéndose con el dolor de los deu-dos. La gloria de Escipión no existiría sin la tumba de quinientos mil cartagineses... Bajad la cabeza cuando el brazo va a caer, que el colectivismo es tan inocente como yo de ser el brazo deses-perado, desangrado y maldito de otro verdugo... ¡verdugo eter-no que no se fatiga de ver como funciona su guadaña y admira-blemente siega!... El vizconde ha ido a saludar al Verdugo con una bella pirueta que le envidiará Vulcano. Eso no lo obtendría el colectivismo: el amor lo ha hecho.

— ¡Calumniado amor! — dijo quejumbrosamente la mujer de Riny... — Yo más bien creo que esa manera de matarse es¹ de Judas. ¿Se ha teleografiado a sus parientes?...

— Lea ha hecho dos despachos que el mismo padre Miecio va a transmitir — contesté, — uno a Temesvár y otro a Funfkirchen. Además, se hace una posta: Kristian da aviso en Tabor, de Tabor le llevarán a Eryoly, de ahí llegará a Pecs y al amanecer podrán ponerse en camino los criados de Teles.

Taciturno, Elgeinwary dijo:

— Yendo de caza y acompañándome el jorobado Moga, cuya mujer tiene buen color, vimos dos sapos en buena armonía... Moga les pasó con su estoque y me dijo: “— ¡Así pudiese hacer con un gentilhomme que conozco!...” Ahora, cuando encuentre sapos, rezaré un responso en memoria del vizconde.

— Ustedes eran muy amigos... -- le recordó Albritzy, sonsa-cando revelaciones íntimas.

— Muy amigos... ¡exacto! muy amigos. Nunca lo bastante, a pesar de ello, para comunicarnos nuestras respectivas reglas de moral. Yo soy feo como un escuerzo; él era irresistible... ¡cara-binas! ¡irresistible!... No podríamos ver el mundo por el mismo agujero. No envidio la vida ni la muerte de nadie; soy claro!... pero estaríamos roncando a la una que es, si el pobre hubiera aprovechado de mejor manera esa maña para asaltar un pararra-yos mejor que una mosca. ¡Ni en diez años llegaría yo a tamaña habilidad! No lo siento, por puntos morales, que bien cierto es que el Demonio nos mete las uñas en el sitio donde hay más pecado y de ahí nos lleva.

El ingeniero entró y se suspendieron las charlas, aguardando algún dato emocionante. Horvaht se aproximó a mí y dijo tris-temente:

— A las cuatro quedará armado... Subí por un puntal con travesaños... ¡Ha muerto! ¿Cómo habrá subido, si la pirámide es lisa como una tabla? ¡Me hago cruces!... El hierro tiene cinco metros. Vengo cansado. Sírveme wisky, Janos...

— Por mayoría de votos — le comunicó Orima — hemos acordado no acostarnos.

— ¡Quién dormiría — dijo Riny — pensando que puede levantarse el viento!

Orima casi dió diente con diente a esa imagen de dantesca veleta. Albritzy agregó:

— Prefiero que seamos nosotros quienes le hacen dejar la cama al juez a que el juez nos haga levantar a nosotros. Así se terminará también más pronto.

Volvió a imperar otra marea de languidez y de ruidos exteriores. Lucas se asomó sobre la penumbra de afuera y dijo, con sueño:

— Los faroles hacen constelación arriba... Es un puerto aéreo y se ven los mástiles y las luces de a bordo... Negra pesca nos espera.

Lungkas se hizo traer la otomana de su dormitorio. Lea fué a apoyarse en el terciopelo del balcón, al lado de Lucas. Orima, Vilma y Leanka ocupaban silenciosamente, en butacas, una plataforma para orquesta. La mujer de Riny se dejaba contemplar por los tres Albritzy, Horvalit y Lungkas, que la admiraban. En la atonía ambiente, se oyó con claridad un desperezo de Leanka, que dijo:

— De muchas maneras se mata y se muere por amor, y lo veo absurdo, porque solamente de un modo entiendo el amor. Los asesinatos o los suicidios infernales se salen de ese orden de sentimientos: a mí me parece que si el amor tiene una linterna mágica es la de la clemencia. El que ama se estima en tanto que no puede pensar en una forma de morir brutal; y si el amor mata, creo que sea llorando, y para llorar más, como levanta el brazo. Los señores literatos que a cada línea se ocupan de esas cosas no descifran nunca el amor, que nace de un modo o de otro y acaba tan distintamente. Un mismo hombre ama de mil y una maneras y no sabe probar cuando amó en puridad de verdad. A veces, mata a la más bella amante y por la más fea se muere: otras veces, halla defectos insanables en la soltera distinguida y se casa con la criada. ¡Calumniado amor, en efecto!... Conozco a

padres de familia que han ido a presidio por una corista y que dejaban morir de hambre a sus mujeres, un tiempo amadas... ¡Y el amor es la daga y el escudo para todo!...

— Apruebo esas ideas — dijo la esposa de Riny — y en lo sucesivo me negaré a atender tanto discurso filosófico mientras nuestros metafísicos no expliquen el amor como es debido.

— ¡Ay! mucho malo puede venir de vivirlo... — dijo Riny — pero de las definiciones nos reíríamos todos. La discordia no tiene más que una cara; el amor tiene diez o veinte. Por eso un código, que define las causas de fuerza mayor, no le define, aunque sobre él legisla. Dejemos el velo como está.

Lucas empezó a hablar con cierta energía y se le escuchó con esa avidez con que en las peores calmas es deseado el trueno. Lea daba la espalda a la luz, al revés de Lucas que enviaba hacia el techo largos surtidores de humo.

— ¡Responsabilidades! ¡delincuencias!... ¿quiere usted algo más incongruente que eso? La responsabilidad está en uno mismo; si no estuviese y fuera impuesta, sería un abuso de fuerza. Desde cierta altura, las amenazas de ese abuso no se sienten. Yo la he absuelto...

Hermæning, advirtiéndole que sus palabras cortaban el silencio del salón, nos dió también la espalda y bajó la voz. El vuelo de un mosquito había sido oído en un largo trecho.

Apareció por en centro lateral una cabeza imponente... Era el doctor Flamingt. El plano de la frente y los ojos parecía el estático y paralizante ceño de un Buda que gobernase con él la anarquía de los monstruos espirituales, doménándolos por una concentración de voluntad y pensamiento. Lungkas y Albritzzy, que no le conocían, le miraron sobrecogidos y el silencio se hizo bloque de cristal que ninguna boca empañó con el aliento.

El doctor Flamingt fué directamente hacia Vilma.

— Me arrepiento — le dijo con una diafanidad que cautivaba, — de haber tardado tanto en bajar... Estas paredes tienen alma magiar y, cuando entré, el retrato de Vorosmarty estaba batiendo al yunque épico sus grandes versos... "Gloria ancestral ¿dónde duermes sepultada en nocturnas sombras?..." Y ¿no es, el de la izquierda, el retrato de Imre Madach, que ha escrito la *Tragedia del Hombre*?... Allá veo al profundo Eotvvos y al magistral Arany... y allí a Katona y al plebeyo y grande Petofi... Hablan... están llamando desde sus marcos al último vástago de los

viejos príncipes, sepultados en nocturnas sombras... ¿Quiere explicarme, Vilma, aquel lienzo de batalla? ¿es la toma de Pesth?...

Les acompañé hacia el cuadro, pretexto para graves interrogaciones... El doctor Flamingt me sopló estas palabras:

— Soy el autor de todo.

— Sabemos a qué atenernos — contesté de igual manera. — Usted no es sino el autor de Nelia.

Deteniéndose a mirar el lienzo bélico y señalando rígidamente el rojo siniestro de los cañonazos, dijo:

— Si penetra alguna vez en la mente de un hombre la idea de hacer volar el Sol y el humano ingenio consigue tener y mover los medios de que estalle y desaparezca... será porque la Humanidad ha ocupado un puesto en el Universo para quitarle ese estorbo al Único que eternamente vive, piensa y obra. Nelia no me obedece... y mi ingenio ¡no es mío!

— ¡Ah! ¿versos? — torció la conversación Vilma, al notar que alguien se acercaba. — Versos de Madach... “Ella... es un mar profundo donde no entra la luz del sol...” Perdóne usted: es que los Albritzy están en todas partes.

— Soy el responsable de todo — insistió el príncipe.

— Dios lo hizo — declaró Vilma con tranquilidad.

El doctor Flamingt se inclinó profundamente, tomando el mismo camino por donde entrara, arrastrando los pies como gigante que huyera de los escombros de su techo, perseguido por invisibles enemigos, deshecho pero no vencido...

— ¡Es tan duro... — murmuró Vilma — y bajó... para salvar a Nelia!

— Quien sabe si eres tú la que tendrá que salvarnos a todos — le dije, mortalmente angustiado.

— Es menester saber bien — discutía Lucas — lo que aprieta un empeño científico para calcular los estragos que puede justificar, a título de mentido amor a la Especie... Se vería, pues, que el profesor en partos, Edi Czokonai, es un hombre de paz aparente, probo, espiritual, estudioso, metido en la clínica especialista como un topo en la tierra. Un verano, después de los exámenes, se fué a Viena y hasta se corrió a Berlín. ¿Conciben ustedes lo que son los museos de obstetricia de Berlín y Viena?... ¡Qué útiles y rápidas lecciones podría dar el sabio Edi Csokonai a sus alumnos de Budapest con tales documentos a la vista!... El profesor volvió borracho a su cátedra, le tropezaba la lengua.

señalaba en silencio matrices y tubos vaginales inexistentes, desesperado de verlos solamente él en las vitrinas y botellones de Berlín... Y bien; hoy el museo existe en Budapest; el profesor le enriqueció en cinco años. Para ello, Edi Csokonai dejó morir a novecientas sesenta mujeres, casos de "placenta previa" que hubieran sido solucionados con una sencilla operación en el hospital... La idea, el amor a la ciencia, esconde carnicerías de tan feroz impavidez; y nadie podría decir que esos son crímenes interesados, puesto que el museo no es de Csokonai sino de la Facultad...

— El doctor Edi Csokonai tiene una terrible responsabilidad de lo que hizo — dije, — porque fué a ello inducido por su condición de profesor, por su personalidad, por el lado superfluo de su ser, atacando no la superfluidad de sus víctimas sino su individualidad. El colectivismo que se fundamenta en las contradicciones del espíritu, absolvería, sin embargo, al profesor, mientras que no tiene tiempo para ejecutar a un anarquista, que es irresponsable.

— ¡Ah! veamos eso... — dijo Lungkas, sentándose en la otomana. — Soy de los que absuelven al sabio y de los que degollarían al bruto.

— Eso se debe a que usted es un poseído colectivista... y a que la misión colectiva es degolladora. Como artistas, ustedes sueñan con el ideal de Atenas; pero como personajes de un mundo cruel, juzgan con el espíritu abusivo de Roma, que va cargando la mano desde el patricio hasta el esclavo, irresponsabilizando a las altas *personas* y arrollando a los insignificantes *individuos*. Las castas han cambiado de nombres, simplemente, pues de hecho existen siempre; y el que haya acaparado más, dispondrá en todo momento de respetables razones que le coloquen sobre el que nada tiene. Es otra prueba de que lo superfluo es el pretexto y la obra, el principio y el fin del colectivismo.

— No he hecho todavía — dijo Albritzy — una buena asimilación de esos principios...

La razón humana universal entrevé, sin embargo, que hay en el hombre un lado ilegible: lo que ha faltado es el análisis de esos aspectos irreformables de la individualidad, para incorporar también los actos derivados al terreno inmune de lo ilegible; es decir, faltó la inteligencia que separa el sujeto humano de la Necesidad y el sujeto humano de la Superfluidad, pues si uno y otro son moralmente irresponsables ante la Naturaleza, el segundo es responsable ante el colectivismo.

— ¿Por qué no lo es el anarquista? — me preguntó Lungkas.

— Porque el anarquista — dije — no tiene personalidad, sino individualidad. Sus impulsos le excitan a realizarse superflua-mente en un medio que no se lo permite; y si él no goza de nin-guna cosa superflua, riqueza, dignidad social, recreo imaginativo, goces mentales... está de hecho fuera del colectivismo, no tiene obligación ninguna con el colectivismo, es una unidad natural as-fixiada en un ambiente artificial que aplasta a sus dos sujetos; entonces, el sujeto de la Necesidad reacciona con fatal brutalidad contra la opresión invencible de las superfluidades de ambiente, procurando destruirlas. Démosle lo superfluo a quien no lo tiene y le habremos obligado a entrar en el pacto social para producirlo y usufructuarlo, pues es evidente que la Ley, no legislando sobre la Necesidad, sólo abarca las cosas y los estados originados por lo Superfluo humano, abarca la Personalidad, que es la única suscep-tible de obligaciones y derechos superfluos.

— La personalidad ¿ama? . . . — me preguntó la esposa de Riny.

— La personalidad no ama sino al estilo del profesor Edi Csokonai. Así ama el padre que invita a su hijo a pegarse un pistoletazo, porque un acto ilegal del hijo ha disminuido la superflua cotización colectivista de un apellido. Así ama el mentecato que tasa previamente el aporte de superfluidades de su novia, para acostarse con sus cintajos y sus ejecutorias y satisfacer litúrgica-mente el apetito de sus sentidos esclavizados a las vanidades y las ambiciones de lo que se llama Espíritu . . .

— ¡Ay! — exclamó Albritzy — ¡lo que Noormy dice es disol-vente! . . .

— ¡Es de la Atenas del siglo de oro! — le replicó Leanka. — He ahí como ustedes la desconocían y la desconocen. Comprendo el amor en ese terreno de cosas ilegislables en que Edgar le presenta, porque lo verdadero es que el amor pasa por encima de la riqueza, prescinde de rangos colectivos, salta sobre las obligaciones legis-ladas, se desprende de los oropeles y se sobra a sí mismo. Estoy conforme con Noormy: el profesor Csokonai no sería profesor sin el colectivismo, el abogado tampoco sería abogado, el señor no tendría vasallos, ni el poeta admiradores . . . Pero para amar, esos cuatro hombres no necesitarían más que la Naturaleza, por que lo restante está en uno mismo sólo para conspirar contra la naturaleza de los otros.

— Lo difícil sería — dijo Lungkas, ambiguo, — averiguar en los

demás cuando aman por necesidad y cuando contratan por superfluidad, ya que la superfluidad es y tiene que ser legible y responsable.

— Sin duda — contesté; — pero responsable en el sujeto de superfluidad, que es el único que contrata: el castigo no debe afectar más que el círculo de la personalidad humana. En cuanto al amor ¿quién dice que no puede ser estudiado como necesidad ilegible?

— ¿Cómo podría apreciarlo un juez a fin de responsabilizar o no los actos que fuesen atribuidos al amor?

— Usted reclama una doctrina verdadera del amor y nuestras cabezas no están para eso...

— Falta una hora para que apunte el alba... — trató de animarme Orima.

— Y dos horas para que llegue el juez Batthia con su cargamento de papel de oficio — dijo Elgeinwary luchando homéricamente contra el sueño. — Sabré, a la postre, si el difunto amó alguna vez.

— Individualízanos — me pidió Lucas.

— Haremos después examen de conciencia — ofreció Leanka.

— Necesitamos oxígeno para la pesadilla — dijo el poeta Riny.

Una mirada dulce y suplicante de Vilma acabó de decidirme. Definiendo el amor ¿no iba a defender nuestro amor?...

(Concluirá).

HUGO DE ACHAVAL

FALLECIDO EL 14 DE NOVIEMBRE

¡Cómo ralean las filas! ¡cuán pocos llegan de los que parten juntos, llenos de orgullo, de esperanza, de fe en las propias fuerzas y en el porvenir!

Uno más de los nuestros se ha ido para siempre, Hugo de



Achával, uno de los más jóvenes y de los mejores. Al año de la muerte de Luis Ipiña, después de haber concurrido piadosamente al homenaje que ayer no más tributamos a aquel otro querido

compañero tan tempranamente malogrado, Hugo lo ha seguido por la tenebrosa senda.

Con él ha desaparecido un muchacho de mucho talento y de gran corazón, de todos amado por aquel armonioso conjunto de cualidades intelectuales y morales que tan inconfundiblemente destacábalo de entre los hombres de su generación. Por eso es tanto más dolorosa su pérdida: porque ante el sepulcro que acaba de abrirse para aquel muchacho idealista, extraña y ardientemente enamorado de la belleza antigua en esta sociedad nueva y despreocupada de lo que pasó, se tiene la conciencia de que un admirable ejemplar humano, un tipo peregrino, único, insustituible, ha desaparecido para siempre de nuestro lado.

Verdaderamente es ciega la Muerte: Hugo no debió morir tan temprano. Su fervoroso anhelo de crear obras bellas y perdurables — no un simple anhelo, sino un impulso constante y firme del que dan fe su entusiasmo, su voluntad, sus estudios, su producción, — ante la razón y la justicia humanas merecía un mejor premio. ¡Cómo deseábamos que se realizase!... Pero la Implacable ha quebrado esa vida frágil y ha hecho polvo aquel anhelo, aquella voluntad, aquel entusiasmo, entre sus dedos secos. En vano quisiéramos consolarlos recordando la siniestra apóstrofe que en boca de la Muerte puso la lírica pesimista de otro moderno pagano, como Hugo de Achával, el español Quintana:

Granos todos de incienso, al fuego que arde
delante de mi altar sois arrojados,
que uno caiga más pronto, otro más tarde.
¿por eso habéis de importunar los hados?

En vano. Por Hugo que te nos has llevado, y no debías, no por nuestra suerte futura, te maldecimos, ¡oh Muerte!

*

Hugo de Achával prestó siempre su calurosa adhesión a la obra que realiza esta revista, fué de los nuestros. En ella colaboró varias veces, la última, hace un año, publicando aquel hermoso trabajo sobre *El platonismo en la vida y en la poesía de Lorenzo el Magnífico*, que con tanto éxito leyó en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras. También era vocal del directorio

de la Sociedad Cooperativa NOSOTROS. Apenas conocida su muerte, el directorio, reunido extraordinariamente en sesión plena, bajo la presidencia del doctor Antonio Dellepiane, resolvió ponerse de pie en homenaje a la memoria del extinto y enviar una nota de pésame a la familia.

En seguida y antes de levantarse la sesión, el vicepresidente primero, doctor Manuel Gálvez, lo conmemoró con las siguientes palabras:

«Hugo de Achával era una alta inteligencia, una alma recta y caballeresca, un artista de excepción. Consagró su vida al estudio más desinteresado, como es el de la antigüedad helénica, y al trabajo. En sus veintiséis años ha realizado una obra seria y dada su naturaleza, relativamente vasta. Achával representaba en nuestro ambiente de improvisación y de ignorancia, el trabajo lento y severo y la cultura. Tenía como pocos el sentido de la prosa artística. Algunas páginas suyas son de una armonía, una elegancia y una belleza muy raras. Su labor fué en continuo progreso, y puede afirmarse que había en Achával un verdadero gran escritor. Nunca lamentaremos bastante su muerte. Ella se ha llevado, para nosotros, un corazón fraterno, para todos, un nobilísimo hombre de letras.»

Todos los diarios dedicaron a Hugo de Achával extensas y sentidas notas necrológicas. Al sepelio de sus restos asistió numerosa concurrencia y entre ella la mayoría de los elementos representativos de nuestra joven intelectualidad. La dirección de NOSOTROS delegó en Alvaro Melián Lafinur la misión de hablar ante la tumba, y nuestro colaborador lo hizo con el hermoso discurso que a continuación reproducimos, y que fué escuchado con hondo recogimiento por todos, a pesar de la copiosa lluvia que caía en esos instantes.

Discurso de Alvaro Melián Lafinur

Ante esta vida tronchada de modo crudelísimo, yo sólo siento lo que los griegos — tan amados por nuestro pobre amigo — llamaban «un deseo de lágrimas». Un deseo de lágrimas, sí, y de silencio, para meditar a solas sobre su ausencia irreparable; para encender, en lo más recóndito del corazón, la luz piadosa de un recuerdo que no ha de perecer.

Pero los que conmigo fueran sus compañeros en horas inolvidables de bohemia artística y de confiada alegría, los que experimentaron, al contacto de su alma selecta, todo cuanto ella atesoraba de bondad y de belleza, los camaradas de la revista *Nosotros*, que fraternizaron con él en el arte y en la vida, han querido que detenga un momento su féretro, para balbucear junto a él, cosas que en verdad, no pueden ser expresadas. . .

Nos ha dejado entrever lo luminoso de su espíritu y se ha ido. Nos ha encantado por un instante con sus visiones de un mundo más bello y ha partido, sin dar de sí todo lo que prometía. . . Era cierto, entonces, que «mueren jóvenes los amados de los dioses», según la frase melancólica de Menandro, y que están más cerca de la última partida, aquellos cuya alma es como una lámpara votiva ante el ara de Minerva, la «diosa de los ojos claros», a quien él consagrara un culto tan fervoroso y sincero.

Pero no hemos de reivindicar, por cierto, para nosotros solos, sus amigos — fuera de los que le estaban unidos por la sangre — el triste derecho de llorarle. Su desaparición, señores, es, debiera ser al menos, causa de una congoja unánime. Porque Hugo de Achával era de los que reflejan honor y prestigio sobre la patria toda. Y para que se vea hasta qué punto es esto verdad, he de recordar que el más alto de los diarios ingleses, contradiciendo la opinión común en Europa de que nosotros no cultivamos el espíritu, citaba como ejemplo probatorio de lo inverso, un estudio publicado por Hugo en *La Nación*, acerca de Giovanni Pascoli.

Quiere decir que él había logrado honrar ya a su pueblo con sólo aplicar su actividad a esas cosas que muchos conceptúan inútiles. Y yo me atrevo a afirmar que había en él un pensador y un artista de excepción, de quien podíamos aguardar, sin duda — por su sentido filosófico, su cultura intensa y su dominio de la prosa artística, exteriorizados en su notoria producción, — obras sobresalientes y perdurables.

Aplicó su inteligencia reflexiva y honda al estudio de los clásicos. Era un humanista ardoroso. Cuando Buenos Aires había dejado de ser ya la Atenas del Plata, quedaba en ella un último ateniense, y ese era Hugo de Achával. Amaba la civilización greco-latina con una suerte de profunda pasión retrospectiva; con una simpatía tan acendrada, que en virtud de ella se esclarecía ante su vista el pasado y esa contemplación amplia y penetrante de las

cosas antiguas, le colmaba el alma de complacencia estética y de satisfacción desinteresada e inefable.

Pudo antes de llegar al término luctuoso, ver de cerca los objetos de su culto; pasear su mirada ávida y su alma curiosa e inquieta por las verdes colinas donde hace siglos vivió una raza privilegiada que es hasta ahora nuestro asombro. Cuando volvió, traía fijo en los ojos el azul de los cielos del Atica y del mar sonoro de la Odisea. Había rezado su plegaria ante el Acrópolis como Renán, se había sobrecogido religiosamente ante los restos del Partenón milagroso, había, frente a los mármoles eternos, evocado con unción a los semidioses predilectos: Homero, Platón, Fidias. Y nos contó todo eso en páginas admirables; admirables por la intensidad del pensamiento y la euritmia musical del estilo; en esas páginas que quedan ahí, rapsodias de una obra truncada por la fatalidad, que parece estar eligiendo siempre, con inconsciencia que nos aterra, a los más buenos, a los más útiles, a los más nobles, para, substrayéndolos a nuestra admiración y a nuestro afecto, abismarlos en el misterio formidable. . . .

Ha poco, Hugo había dicho su elegía apasionada ante la muerte de otro amigo, asociando a ella su intuición de las cosas ocultas de la naturaleza. Ya entonces, la que todo lo trunca, acariciaba su frente pálida y pensativa, y ponía en sus palabras el recogimiento que produce la presciencia de lo insondable.

Yo no quiero terminar sin traer aquí el recuerdo de algo que se me antoja lo más culminante en la vida de nuestro amigo. Saben todos que su estado era ya con exceso precario cuando hubo de dictar su conferencia en el Museo de Bellas Artes. Fué, sin embargo, haciendo un esfuerzo heroico, «porque así lo había prometido y no podía faltar a su palabra», como me dijo luego, textualmente, la última vez que le tuve ante mis ojos. Y bien, señores, ese muchacho enfermo, levantándose de su lecho por cumplir una promesa, cuando todo justificaba su ausencia; levantándose para ir a hablar con acento cálido y ferviente de cosas hermosas e ideales: las estatuas de Fidias, la belleza de Aspasia, la elocuencia de Pericles. . . ¿No es un espectáculo ejemplar y único, digno de enorgullecernos? Rasgo que revela un carácter, rasgo que le envidiara un ateniense de los mejores días, él sella su vida con nobleza magnífica; su vida, breve y preciosa como un verso de Meleagro. . .

Ahora ya no le tendremos más junto a nosotros. . . ¡Quién

nos diera volver a estrechar su mano leal y cordialísima, gozar de nuevo el grato calor de su afecto, y su ironía bondadosa, y aquellas sus actitudes de gran señor enamorado de lo suntuoso y de lo exquisito, como uno de esos príncipes del Renacimiento que fué también una de sus épocas amadas. Y volver a ver de nuevo su mirada como atónita ante lo bello, y oír otra vez su palabra como inspirada por lo sublime!...

Acompáñenos al menos su recuerdo, el recuerdo de su vida consagrada, como canta el verso de d'Annunzio, su poeta favorito:

A l'Ideale che non ha tramonti,
A la Bellezza che non sa dolori...

¡Adiós, Hugo, amigo, hermano mío!...

LETRAS AMERICANAS

URUGUAY

Tierra española, por Gustavo Gallinal.

El señor Gallinal describe en páginas animadas de colorido y escritas con sobria elegancia, diversas ciudades y parajes de España contemplados en una jira a través de la Península. Fuenterrabía, Simancas, León, Avila, Santiago de Compostela, el camino de Villanueva a Covadonga, etc., etc., son pintados por el viajero con trazos seguros y rico lenguaje. Se ve que el señor Gallinal siente la emoción del paisaje, desentrañando las modalidades peculiares de cada sitio y poniéndolas de relieve en su prosa castiza, flexible, pintoresca.

Flores de Otoño. — **Estrellas errantes**, por Melitón I. Simoes y Julio Garet y Mas.

Contiene este libro la producción de dos jóvenes poetas uruguayos, los señores Simoes y Garet y Mas, que unidos al parecer por una misma concepción de su arte, se presentan también unidos a la publicidad. Hay cosas muy delicadas y armoniosas entre las composiciones que este volumen anida y si apartamos cierta hojarasca decadente que cubre como enroscada hiedra el claro mármol de la emoción verdadera, echaremos de ver a poco, como las pequeñas estatuas, modeladas por estos dos espíritus llenos de fervorosa pasión poética, destacan la pureza de sus líneas y la gracia de sus relieves sobre un fondo azul de pura idealidad. Esta alegoría que nos ha resultado sin quererlo al perseguir la imagen con que pretendíamos señalar lo recóndito de la virtud de estas composiciones, no quiere decir que la forma de ellas sea marmórea, parnasiana, objetiva. Por el contrario, una onda subjetividad es el sello distintivo de ambas obras, más musicales que pictóricas por

el predominio del ritmo y de la vaguedad sugestiva, sobre el concepto definido y la imagen precisa.

CHILE

El señor M. Magallanes Moure, uno de los primeros poetas chilenos de las nuevas generaciones, nos envía un delicioso libro de cuentos titulado *¿Qué es amor?* En las cuatro narraciones que el volumen contiene, el señor Magallanes Moure desarrolla en excelente estilo de novela, historias imaginarias llenas de fineza psicológica y de sentimiento. No creemos equivocarnos al augurar al autor verdaderos triunfos en el cultivo de este género si continúa cultivándolo con la consagración debida.

El talentoso escritor Pedro Prado, de cuyas originales producciones nos hemos ocupado anteriormente con justo elogio, acaba de publicar un tomo de poemas en prosa, *Los pájaros errantes*, en los que se advierte como en sus otros libros, un trascendente espíritu poético y filosófico. Todos estos poemas son hondamente sugestivos y revelan la inquietud de su alma, llena de curiosidad y profundamente sensible a la belleza de las cosas naturales.

La gruta del silencio llámase un libro de versos del joven poeta chileno Vicente García Huidobro Fernández, prologado por el distinguido crítico Armando Donoso. Contiene poemas llenos de originalidad y a menudo de belleza, si bien incurre a veces en extravagancias que restan valor estético a su obra.

BRASIL

De Recife lléganos un hermoso libro de versos titulado *Flores*, de que es autor el distinguido poeta brasileño don Mario Rómulo Linhares. Espíritu culto y profundamente artista, el señor Linhares traduce sus emociones en estrofas llenas de ternura íntima y de armonía exterior. La mayoría de sus composiciones son de índole amatoria. Entre ellas escogemos al azar este soneto que recuerda, por su entonación clásica, la claridad de su lenguaje y la perfección de su conjunto, los sonetos apasionados y melancólicos en que Camoens expresara las torturas de su amor a la bella e indiferente Catalina de Ataíde:

SONHO

Sonhei contigo e no meu sonho eu via
 Como visão celeste e misteriosa,
 Vires a mim serena e carinhosa
 Num transporte de limpida alegria.

Eu, que já triste me desilludia
 Desta afeição vehemente e desditosa
 E que, ao ver-te fugir-me desdenhosa,
 Rasas de pranto as pálpebras sentia,

Tendo-te assim tão cheia de ternura,
 Num extase de amor e de ventura,
 Julguei subir ás célicas regiões...

Dormia... mas desperto vejo agora:
 — Inda meu peito, em desatino, chora
 Curvado ao peso das Desillusões.

PARAGUAY

Bajo el título de *Floras tropicales*, ha agrupado el señor Juan Casabianca una extensa serie de artículos sobre muy diversos temas. Entre ellos se destaca una interesante polémica sobre la energía de Napoleón, sostenida por el autor con Rafael Barrett, el originalísimo escritor paraguayo cuya pérdida fuera tan justamente lamentada. El libro del señor Casabianca contiene trabajos breves y ligeros, pero llenos de amenidad e interés.

COLOMBIA

El poeta y escritor colombiano Eduardo Carrasquilla Mallarino, que estuvo hace algún tiempo entre nosotros, captándose la simpatía y la estimación intelectual de nuestros hombres de letras por la selección de su espíritu y lo refinado de su cultura, ha reunido bajo el título de *Cuentos y Crónicas* una abundante serie de trabajos, frutos de su larga labor literaria y periodística en diarios y revistas. La belleza de estilo, el *esprit* y el gusto con que están compuestas estas crónicas, hacen de su lectura un verdadero regalo intelectual.

Con un prólogo del eminente escritor peruano Francisco García Calderón, ha publicado el señor Enrique Pérez, también de Colom-

bia, un importante estudio sobre los *Vicios políticos de América*. Es la obra de un sociólogo disciplinado por el estudio y la observación y animado de una noble aspiración de progreso para las sociedades latinoamericanas. Con certera crítica establece y analiza los fenómenos que obstan así en Colombia como en muchos otros países de esta parte de América, a la consolidación definitiva de un régimen de libertad efectiva, de *self-government*, de orden y de cultura. Por su orientación práctica y realista, por su tendencia contraria a la educación teórica y libresca, por su convicción de que la grandeza de los pueblos americanos está en el desarrollo económico mediante la actividad industrial y agraria, al amparo de la tranquilidad y la concordia, el señor Enrique Pérez, como observa el prologuista, es en cierto modo un continuador de nuestro Alberdi, de quien tiene, en efecto, la aversión al ideologismo estéril y a las preocupaciones dogmáticas y meramente especulativas. El libro del señor Pérez es una obra por todos conceptos digna de difusión y seguramente de provechoso estudio para cuantos se preocupan de los problemas sociales de América.

El señor F. Restrepo Gómez, poeta colombiano, nos envía una colección de versos llenos de fluidez, delicadeza y melodía, titulada *Solariegas*. Preceden a dicha colección diversos juicios muy encomiásticos de poetas tan autorizados como Villaespesa y Santos Chocano.

ECUADOR

El señor Alejandro Andrade Coelho, prestigioso escritor ecuatoriano nos remite tres de sus últimas publicaciones: *Vargas Vila*, *Ojeada crítica de sus obras*, *El Vía Crucis del Orador* y *La Tentación—Versos en agraz*. Como crítico, el señor Andrade Coelho es erudito, sagaz y ponderado. Sus versos espontáneos y sentidos con cierto matiz filosófico, se desenvuelven en ritmos fáciles y armoniosos.

CUBA

Los poemas Ingenuos, por J. M. Campoamor de Lafuente.

Este joven poeta que se encuentra desde hace algún tiempo entre nosotros, nos ofrece con este libro, una prueba de su

temperamento privilegiado con el don genuino del canto. Nada menos retórico, menos artificial, menos aprendido y *voulu*, que esta poesía pura, límpida, solar, que no sabe de amaneramiento y fluye, en su ingenua espontaneidad, como un hilo de agua temblorosa, de la peña abrupta que es la vida. Campoamor de Lafuente pertenece a la familia de los grandes elegiacos modernos, como Juan R. Giménez, verbigracia; poetas que traducen toda su alma en armoniosos balbuceos y en estrofas llenas de ritmo interno con un derroche de lírica generosidad; y que aciertan a decir las pequeñas y grandes cosas que los otros sienten pero no saben expresar. Por eso muchos de sus versos equivalen a una revelación; son la concreción admirable de estremecimientos íntimos y de emociones humanas, que no encuentran su medio expresivo sino en el lenguaje simple e inimitable de estos soñadores clarovidentes. Sus poemas son frutos de una absoluta sinceridad, de una comunión estrecha y apasionada con la naturaleza. No necesita la sugestión de ritmos extraños, porque el suyo se lo dicta su propia conciencia de poeta incontaminado de literatura y de verbalismo sonoro. Es, entonces, original en cuanto cabe serlo. Reproduce naturalmente sus visiones y sus sentimientos por un impulso incoercible que le viene de adentro y le estimula a trazar esas frases profundas y encantadoras con que provoca en los otros la emoción de la belleza ideal. Poe decía que la poesía es la expresión rítmica de la belleza. (*Rhythmical expression of beauty*). Este poeta tiene dentro de sí, por ingénita virtud, la esencia misma de esa música no aprendida.

Lafuente acierta con armonías ignoradas. Al cantar la emoción eclógica de las campiñas en la tarde serena, o la inefable caricia de un amor que despierta, o la nostalgia del hogar y de las cosas familiares, encuentra la expresión verdadera e infalible. No hay hojarasca en sus canciones porque no le preocupa el efecto literario que otros afanosamente persiguen. Sabe lo que quiere decir y como ha de decirlo. Y eso le basta.

No es un gran poeta pero es un poeta de verdad, en cuanto esto significa tener una sensibilidad superior y «pensar musicalmente» como dice Carlyle. Cuando la vida ahonde más en el cauce de su alma, Campoamor de Lafuente llegará a ser, sin duda, lo que este libro permite augurar con legítima confianza.

Pasando la vida... se titula una amena colección de crónicas que nos envía desde la Habana el señor M. Antonio Dolz. Escritas con chispeante ingenio o con reflexiva seriedad, según los temas abordados, estas páginas ligeras, muestran en su autor a un espíritu flexible y cultivado.

SAN SALVADOR

El Ateneo de El Salvador, institución que representa un centro de fecunda actividad espiritual en aquella república, nos favorece con el envío de varias importantes publicaciones, que hemos recorrido con verdadera simpatía intelectual.

Son ellas el *Libro Araujo*, destinado a honrar la memoria del ex presidente de aquel país don Manuel Enrique Araujo, fundador de dicho Ateneo y pensador de valía; *Patria y Al margen de la historia de América*, estudios y conferencias del distinguido escritor J. Dolz Corpeño; *Lorenza Cisneros*, ensayo de novela histórica por don Adrián M. Arévalo y la colección de selectos trabajos literarios presentados al segundo certamen del Ateneo.

También nos llega de El Salvador el *Libro de los Sonetos* del joven poeta Salvador Turcios R., que se nos presenta como un diestro cincelador de la difícil forma poética en las cien composiciones que forman este volumen.

Llenas de interés, de colorido y de amenidad son las *Sensaciones del Japón y de la China*, de que es autor el señor Arturo Ambroggi, conocido y apreciado en nuestro ambiente intelectual por haber residido algún tiempo en Buenos Aires. Como en sus obras anteriores, distínguese en ésta el celebrado cronista por la agudeza de sus observaciones y la gracia elegante y ágil de su prosa artística.

COSTA RICA

Hemos recibido una interesante novela del señor Claudio González Rucavado titulada *Escenas Costarricenses*, un tomo de discursos y conferencias, *Palabras dichas*, de que es autor don Er-

nesto Martín; *El Combate y otras obras dramáticas* de don Eduardo Calsamiglia; y *Bric-a-Brac*, colección de estudios políticos y literarios, por don Alejandro Alvarado Quiroz. Toda esta labor, por su calidad, atestigua un excelente movimiento cultural en la república centroamericana de donde procede.

GUATEMALA

El señor Rafael Arévalo Martínez, poeta guatemalteco, nos remite un tomo de versos, *Los Atormentados*, en que a vueltas de un realismo, a veces áspero, y de un amargo espíritu *baudeleriano*, se advierte un fuerte y original temperamento poético, un tanto apasionado por lo raro, pero dueño siempre de un lenguaje vigorosamente expresivo.

La novela corta *Una vida*, nos muestra al señor Arévalo como prosista interesante y hábil narrador.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

CIENCIAS SOCIALES

La cultura jurídica y la Facultad de Derecho, por Alfredo Colmo. — Buenos Aires, 1915. — 1 vol. de 284 páginas.

Este es un libro fundamental del que habría que ocuparse detenidamente. Por lo pronto diremos que es, sin duda, un libro revolucionario; útil, simpática, valientemente innovador en nuestro ambiente universitario lleno de blanduras, obsecuencias y genuflexiones. El doctor Colmo, según su costumbre, dice clara y categóricamente sus pensamientos en la forma impersonal y elevada que es, también, característica suya. Todos los vicios, defectos y corruptelas — abundantes y hondos, — de nuestra escuela de derecho, son traídos a debate con espíritu de reforma. Libro inteligente, bien intencionado, sincero y franco, ha sido también fecundo, pues más de una de las deficiencias y errores señalados en él han desaparecido o tienden a desaparecer de la Facultad de Derecho.

Planes de estudio, autoridades universitarias, profesorado, métodos docentes, exámenes, etc., todo pasa por el libro del doctor Colmo y es sometido a análisis para juzgarse si esos elementos de la cultura universitaria cumplen su finalidad científica, por una parte, y social, por otra. Del examen no resulta muy favorecida la vieja Facultad, pero es de esperar que esta obra contribuya a llamar la atención sobre los interesantes problemas que el doctor Colmo plantea ágilmente en páginas escritas con un estilo no menos *tranchant* que su propio pensamiento.

El caso Zeballos y "La nationalité", por Diego Luis Molinari. — Buenos Aires, 1915. — 1 folleto de 79 páginas.

Se ha reimpresso en folleto y ha llegado a nuestra redacción este importante trabajo publicado originariamente en el número de abril a junio de este año de la *Revista Jurídica*.

Tres razones han contribuido a determinar el gran éxito de

NOSOTROS

este trabajo: en primer término su importancia real e intrínseca: se trata de un concienzudo y eruditísimo estudio sobre historia de España, especialmente de su derecho, en la que se han utilizado todos los materiales que el más diligente investigador puede hallar en esta ciudad. En segundo lugar es una manifestación de las más categóricas de una nueva generación de estudiosos y críticos, escrupulosos, eruditos, informados, talentosos, de quienes se espera mucho y entre los cuales Molinari se ha colocado en primera fila desde la publicación de su notable obra sobre la «Representación de los hacendados» de Mariano Moreno. Por fin, intervino a estimular el interés una punta de escándalo: es un estudiante que se le sube a las barbas a un grave maestro, y que tiene sus argumentos...

El señor Molinari critica la última obra del doctor Estanislao S. Zeballos, titulada «La Nationalité», tomando para concretar e intensificar su labor, uno solo de los capítulos: el vigésimoprimero que se refiere a los antecedentes del derecho español referentes a nacionalidad. La crítica — minuciosa hasta el detalle, no sólo de fondo sino también de forma — revela una preparación anterior extraordinaria y un trabajo largo y penoso. Las abundantes correcciones que el señor Molinari hace al doctor Zeballos vienen fundamentadas extensamente y llevan al lector a la conclusión de que el distinguido hombre público trabaja con cierta precipitación en materias que no conoce a fondo. Dejando a un lado ciertas observaciones objetables que hace Molinari y que no agregan nada a su importante trabajo, hubiera sido de desear que el autor invirtiera su notorio talento y versación en cuestiones históricas en una obra positiva de construcción, más bien que en la destrucción de un trabajo ajeno... Pero él contesta que conviene, ante todo, higienizar el ambiente intelectual fomentando hábitos de probidad y escrupulosidad.

La felicidad del pueblo es la suprema ley, por Julio R. Barcos. — Buenos Aires, 1915. — I vol. de 256 páginas.

Cuadros de psicología política y social, es el subtítulo de esta obra, que indica su carácter.

El señor Julio R. Barcos es un espíritu simpático, henchido de ternura por los pobres, por los que sufren, por las víctimas de la organización social; toda injusticia, toda crueldad, todo atropello, toda usurpación, encuentra en él un eco de simpatía humana y

una protesta. Por otra parte, el señor Barcos no ve sino esas cosas en la vida, y de ahí que su prosa sea constantemente o plañidera o trágica, a veces sarcástica. Ha recogido en este libro la mayor parte de las miserias de nuestra vida política y social y las exhibe con loable afán educativo; porque el señor Barcos es optimista, simpática e ingenuamente optimista: él cree que muy pronto tendrán remedio todos los males, que muy pronto no habrá más políticos cínicos, ni pedagogos pretenciosos e ignorantes, ni patriotas con incontinencia patriótica, ni frailes parásitos, ni intelectuales megalómanos, escépticos e infecundos, ni proletarios desvalidos: «antes de diez años, yo sé bien cuales ideas fructificarán en el ambiente, dice. Confío, ciegamente, en la fuerza intelectual de la juventud que llega bien armada para la lucha: ella es la destinada a separar la cizaña del trigo en este nuevo pasaje bíblico de las ideas viejas en guerra con las ideas modernas.»

En conjunto, el libro del señor Barcos es el desahogo de un espíritu idealista y es un panfleto de crítica certera y de útil propaganda moral.

La filosofía penal de los espiritistas.— Estudio de filosofía jurídica por Fernando Ortiz. — 3.^a edición. — Habana, 1915. — 1 vol. de 123 páginas.

En esta interesante y muy trabajada monografía, el distinguido sabio, profesor de la Universidad de la Habana, doctor Ortiz, se propone recordar las ideas en las cuales los espiritistas, especialmente Allan Kardec, su apóstol, cristalizan sus creencias acerca de la criminología, que podríamos llamar cósmica o universal y las compara con la cristalización filosófica de la criminología humana de nuestro mundo, obra de la llamada escuela positiva.

En el primer capítulo el autor hace una síntesis breve y clara de lo que es el espiritismo, y en los siguientes aplica la doctrina espiritista a la consideración y solución de los problemas de la criminología; la tesis del trabajo o sea su constatación original, abundantemente probada, es la afirmación de la semejanza entre la doctrina criminológica espiritista y las conclusiones a que llega en la materia la conocida escuela positiva. Esta vinculación la realizaba en sí el maestro César Lombroso, que a la vez era espiritista, y fué el fundador de la escuela positiva. En cambio, el doctor Ortiz manifiesta que él no es espiritista y que su trabajo no tiene fines de propaganda, sino de investigación científica.

Este libro es una nueva y útil contribución del doctor Ortiz a la ciencia de su especialidad.

La reforma sucesoria al Código Civil Argentino. — “Conservación forzosa, repartición obligatoria y libertad de testamentaria ante la democracia económica”, por Emilio Baquero Lazcano. — Córdoba, 1914. — 1 vol. de 125 páginas.

El autor, señor Emilio Baquero Lazcano, estudia en este trabajo, que es su tesis para optar al grado de doctor en Derecho y Ciencias Sociales, los diferentes sistemas sucesorios típicos conocidos en el derecho: la conservación forzosa por un solo heredero de todo el haber sucesorio; la repartición obligatoria o sistema de legítima hereditaria, y la libertad testamentaria. En este análisis prolijo, minucioso e inteligente, el autor da por sabido y aceptado el principio mismo de la sucesión o herencia y prescinde de todo sistema revolucionario.

Fundado en serios argumentos económicos, morales, jurídicos y sociales, el autor es partidario del mantenimiento — en principio — de la legítima hereditaria, pero propone algunas modificaciones evidentemente útiles y justas; limita la sucesión al cuarto grado en línea colateral; restringe la legítima hereditaria a la formación de un capital máximo de \$ 80.000 y para el exceso admite la libertad de testar; propone que se establezca un límite a la cantidad que se pueda recibir por herencia; propone la institución del «bien de familia», indivisible, cuando el haber hereditario sólo consiste en casa, chacra, comercio, fábrica, etc.

El respeto a la ley y el gobierno de la provincia de Buenos Aires, por Carlos Sánchez Viamonte. — 1 folleto de 103 páginas.

Son de notoriedad las incidencias ocurridas en La Plata, con motivo de la acusación formulada por el señor doctor Carlos Sánchez Viamonte contra varios jueces, quienes no cumplían la ley que los obliga a habitar el lugar en que desempeñan sus magistraturas.

El doctor Sánchez Viamonte sufrió con motivo de esa denuncia una larga obstrucción a su justo pedido y sus protestas sólo sirvieron para llevarlo a la cárcel.

En este folleto reproduce el doctor Sánchez Viamonte los principales escritos presentados por él en esta cuestión, todos los cuales exteriorizan su sentimiento de respeto a la ley y su gran valor cívico.

S. BAQUÉ.

NOTAS Y COMENTARIOS

Nuestra conmemoración del IV centenario de la muerte de Cervantes.

Con el objeto de contribuir a la conmemoración argentina del cuarto centenario de la muerte de Cervantes, NOSOTROS publicará en el próximo mes de Abril, un número especial exclusivamente dedicado al inmortal escritor.

Es nuestro propósito que este número, para el que no hemos establecido limitación de páginas, refleje el pensamiento argentino respecto a la múltiple y genial obra cervantina, manifestado por sus más notorios representantes. No será una pesada colección de monografías eruditas; no nos importa que agregue una sola línea a la exégesis sabia de los libros de Cervantes: queremos sí que sea la expresión clara y sincera de las impresiones, de los puntos de vista, de los juicios que todos y cada uno de los aspectos de la gran obra que conmemoraremos, inspire a nuestros hombres de letras y a nuestros artistas. Sobre todo contendrá, pues, lo que podríamos llamar, *sensaciones* de Cervantes: de su prosa, de su humorismo, de su alma lírica, de sus cuadros de color, de sus creaciones humanas, de su ideal de la vida... Además estudiará algunas muy interesantes cuestiones concernientes al *Quijote*, casi nunca o nunca tratadas: su influencia en otras figuras novelescas posteriores; sus ilustradores artísticos; sus críticos americanos; cómo lo interpreta y siente el alma moderna, etc.

La comisión designada para llevar a cabo todos los trabajos conducentes a la mejor realización de este propósito, ha iniciado sus tareas con excelente éxito, comprometiendo a colaborar en la obra a muy reputados hombres de letras; de suerte que en breve podremos dar al lector una más circunstanciada noticia del contenido de dicho número extraordinario, del cual sólo nos hemos limitado en estas líneas a bosquejar el plan general.

Constituyen esta comisión Roberto F. Giusti, Manuel Gálvez, Alvaro Melián Lafinur y Julio Noé.

En honor de Santiago Baqué.

Los amigos de nuestro colaborador Santiago Baqué — crítico en la sección *Ciencias Sociales* — le ofrecieron un banquete el 4 del corriente, en la Confitería del Aguila, celebrando el éxito de su tesis sobre Alberdi, que ha obtenido el premio Facultad. Varios bellos discursos se dijeron al final de la fiesta, que estuvo muy concurrida. Ofreció el homenaje el doctor Julio Noé, a quien contestó el obsequiado con una sobria e intensa pieza oratoria; también hablaron los doctores Pedro Veronelli, Juan Agustín García, Carlos F. Melo, Diego Luis Molinari y el señor Alberto J. Rodríguez en nombre del Centro Estudiantes de Derecho.

A continuación publicamos los discursos de los doctores Noé y Baqué.

Del doctor Noé:

Amigo nuestro: Tanto como el calor del afecto nos trae a este convite la admiración por su obra primeriza. Y no es, exclusivamente, porque el premio le haya consagrado, sino porque su labor inicial es honesta como pocas, es juiciosa, es ponderada, y tiene — por sobre todas las cualidades — la grande de haber juzgado a su hombre con esa claridad de criterio que no es, precisamente, la que más se ha dispensado en la consideración de la obra alberdiana.

¡Extraña personalidad, en efecto, la del autor de las *Bases*, tan implacablemente tratada por la opinión de los adversarios y defendida con tal empeño por la fe de sus panegiristas! Recuerda, en cierto modo, la de Juan Jacobo Rousseau, el enemigo eterno de sus contemporáneos, el solitario y el expatriado, y que, ayer no más, después de un siglo de su vida, agitara en Francia, bajo la cúpula del Panteón glorioso, la opinión de las generaciones nuevas... Tal dijérase de Alberdi, cuya fama, encendida o no por la obra de sus adversarios — como quiere Juan Agustín García — aún hoy mantiene, preciso y enigmático, el interrogante sobre su labor.

Entre el juicio de Groussac, violento y parcial, y el de sus admiradores consecuentes, por igual parciales y violentos, usted — doctor Baqué — sin «solidaridades políticas retrospectivas», y sin «vinculaciones sociales o familiares perturbadoras», — como con justicia determina usted mismo la expresión de su imparcialidad — ha sabido fijar admirablemente la influencia de Alberdi en la organización de nuestro Estado.

Ha cumplido usted, de este modo, con lo que es deber esencial de los hombres de la Argentina contemporánea. Entre el nacionalismo que se instaura y el cosmopolitismo que se impone, nos hallamos en trance de resolver el problema de nuestra espiritualidad. Y no le hallaremos solución si no hacemos balance total y minucioso de los factores tradicionales que determinan nuestro presente, y si no comprendemos en su integridad y complejidad inauditas las fuerzas nuevas que han dado a esta sociedad criolla los caracteres que hoy la particularizan.

Debemos renovar nuestra historia. Escrita hasta aquí por gente empeñada en el ditirambo — amigo falso del patriotismo — o por quienes creyeron las versiones personales de los coetáneos interesados, no puede ser para nosotros, argentinos de inmediato origen europeo, ni explicación del pasado nacional, ni fundamento seguro para nuestro porvenir sin límites. Groussac nos ha dado los mejores consejos para «curar la América española de su lepra hereditaria de inconsciencia y frivolidad»: tales sus palabras. Y no olvidemos que es, precisamente, un extranjero, quien nos conmina al estudio serio de nuestra historia. Ha sido necesario que llegara de afuera la palabra juiciosa y el criterio severo. ¿Sabremos nosotros seguirlos de verdad?

Así nos lo hace creer su trabajo, doctor Baqué, más sereno y ecuánime que el del maestro mismo. Por esto toda una generación joven, impaciente por dar a nuestro país la espiritualidad que necesita, firme en su propósito renovador, inquieta en su esperanza transformadora, y curiosa por descubrir sus tradiciones múltiples y diversas, le celebra esta noche, entusiasmada. Si ella puede darle aliciente, bien quisiera seguirle de continuo y llegar con usted un día — próximo o lejano ¡quién lo sabe! — con las manos rojas de tanto aplaudirle y los labios secos de elogiarle tanto...

Señores: ¡Por Baqué, triunfador, joven!...

Del doctor Baqué:

Heme ahora en el trance difícil de expresaros mi agradecimiento.

Yo os diría, sencillamente: gracias... poniendo en esa palabra la íntima efusión de mi cordialidad — pero es costumbre, en estos casos, que se exprese aquel sentimiento tan simple arguyendo abstrusamente razones sutiles en palabras escogidas con minuciosa complacencia. Y un sabio habitante de la Isla de los

Pingüinos me ha enseñado — sin convencerme del todo, por fortuna — que toda innovación es una impertinencia.

No obstante, procuraré ser muy breve y muy sencillo; y como sería cruel que habiéndoseme elegido como pretexto de esta comida, malograra yo mismo vuestras digestiones, no os diré ni lo que pienso del universo, ni de los hombres — ni de las mujeres — ni siquiera haré un programa de vida futura, tallando en vuestra presencia mi piedra de buena intención para el consabido camino del infierno. . .

Diré, tan sólo, que me encanta ese «dulce trajin del pensar»; que mi afición a los libros es ya incurable y que trabajaré siempre por que haya en nuestra tierra cada vez más bondad y más verdad, pues esto es lo único que vale en la vida; todo lo demás: medallas de oro — la mía inclusive — diplomas, banquetes, discursos alusivos, son como la burbuja fugaz de este champaña que de nada valdría si no agitara la masa de buen vino alegre y generoso. . .

Juzgad de mi reconocimiento por el gran gesto amistoso que es esta comida oyendo esta confidencia: yo creo que la amistad es la segunda razón de ser del mundo, después del amor que es la primera. Definición que si puede ser tan falsa e improbable como todas las demás, es, sin duda, la más hermosa.

Amigos: con la misma gentileza con que habéis permitido que no hiciera un discurso, permitidme que no brinde: el vino de mi brindis de esta noche sólo podría resultar de estrujar mi corazón como si fuera un racimo.

Comidas de "Nosotros".

Tan concurrida y alegre como de costumbre estuvo la comida mensual de NOSOTROS, realizada el 6 del corriente. Por unánime voluntad de la mesa, Roberto Giusti brindó en ella en honor del doctor Carlos C. Malagarriga, uno de los más simpáticos y brillantes intelectuales de las nuevas generaciones, y que acaba de egresar de la Facultad de Derecho, obteniendo las más altas clasificaciones entre los compañeros de su curso.

Asistieron los señores: Carlos C. Malagarriga, Folco Testena, Manuel Gálvez, Eduardo Bunge, Ernesto Morales, M. G. Lugones, José Pardo, Vicente Martínez Cuitiño, José Ingenieros, C. Muzzio Sáenz Peña, P. Isacate Larios, Nicolás Coronado, Próspero López Buchardo, Pedro Miguel Obligado, Ramón Columba,

Rafael Alberto Arrieta, Julio Noé, Américo H. Albino, Coriolano Alberini, Armando Chimenti, Ernesto Laclau, José Blanco Caprile, Alberto Mendioroz, Pedro M. Delhey, Rinaldo Rinaldini, Carmelo M. Bonet, Jorge M. Piacentini, Guillermo Estrella, Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

Se excusaron expresamente los señores Alfredo Colmo, Santiago Baqué, Antonio de Tomaso, Evar Méndez y Ernesto Mario Barreda.

Los organizadores de estas comidas han resuelto suspenderlas durante la estación estival, hasta el mes de Marzo del año próximo.

*

El señor Diego L. Molinari, nuestro muy distinguido colaborador, es enemigo de las pobres comidas mensuales de NOSOTROS. Según él se comenta en ellas «la facundia del compañero de desventuras gramaticales, o la algazara del cofrade del simposion; y como las cosas no deben pasar entre conocidos, corre luego la tinta, para asombrar al público bonaerense con la jocosidad exquisita de cierto alguno o poesía del verso trascendente de algún alguien.» (*sic*). Lamentamos de veras que el señor Molinari no haya asistido a alguna de esas comidas, porque, siendo historiador y crítico muy celoso de la información justa, hubiera comprendido — si tiene un poco de aptitud para la psicología — cuáles son el ambiente y los propósitos de esas reuniones. Pero si en efecto tienen los que él, tan ligeramente, les atribuye, en verdad que merece le sea ofrecida la más abundante en «compañeros de desventuras gramaticales».

Constantino Casella.

Una noble existencia de anciano vigoroso se extinguió con el profesor Constantino Casella, escritor talentoso y luchador entusiasta a quien los vaivenes de la vida trajéronle a este país hace veinte años. Huraño a la nombradía y al éxito mezquino, apenas fué conocido entre nosotros por un grupo de lectores que le reconocían a través de los pseudónimos que le ocultaban. Ha dejado una abundante obra periodística, valiente y apasionada. Además nuestros escenarios estrenaron dos comedias suyas, mordaces e intencionadas: «Samson y Dalila» y «El gorro mágico», que en su hora tuvieron repercusión.

Y ha muerto en la más varonil de las aposturas. . .

"Biblioteca Andrés Bello".

Considerándolo desapasionadamente y sin prejuicios de patria o de raza, no se puede menos de celebrar con entusiasmo el activo movimiento cultural que se advierte en toda América, aun en sus más apartadas regiones, y en Europa misma, por obra y gracia de hombres de América. De continuo nuevas publicaciones, nuevas bibliotecas, nuevas iniciativas intelectuales nos dan la medida de esa actividad, de día en día más seria y más coherente, y lo que es muy consolador, siempre mejor acogida por el público.

La última iniciativa de este carácter es la que hemos de comentar en estas breves líneas: la creación de la *Biblioteca Andrés Bello*, hecha en Madrid por el combativo y combatido escritor venezolano Rufino Blanco Fombona. Hemos recibido unos cuantos volúmenes de la nueva biblioteca, que los catálogos dicen que ha publicado ya siete obras: las *Poesías* de Gutiérrez Nájera, *Sangre patricia* de M. Díaz Rodríguez, *Los Estados Unidos* de Martí, *Cinco ensayos* de Rodó, *La literatura americana de nuestros días* de F. García Godoy, *La sensibilidad en la poesía castellana* de Nicolás Heredia, y *Páginas libres* de M. González Prada; y declaramos sinceramente que es ésta una de las más simpáticas iniciativas editoriales que se han llevado a cabo hasta ahora por escritores americanos.

La *Biblioteca Andrés Bello* publicará las obras de los más ilustres literatos del Nuevo Mundo y por cierto es de esperar que las difunda y contribuya a hacerlas conocer en todo el continente: los libros editados o que piensa editar son excelentes; muy buenos el papel y los tipos; elegante la presentación; discreto el precio.

NOSOTROS ha recibido las tres últimas obras citadas más arriba. *La literatura americana de nuestros días* es una compilación de bellos estudios críticos debidos a la pluma de un reputado escritor dominicano, F. García Godoy.

Este literato es uno de los que más tenazmente luchan en América por el acercamiento intelectual de los países de habla castellana; en distintas publicaciones y sobre todo en *La cuna de América*, que él dirige, ha consagrado páginas valiosas al análisis de nuestro pensamiento contemporáneo, revelando en ellas agudeza, equilibrio, ecuanimidad, desinterés, amor de las ideas, don de expresión. Su libro, que aquí recomendamos, está tan bien pensado

como bien escrito, y nadie que desee conocer la literatura de América y sus tendencias ideales debe ignorarlo.

No menos importante es *La sensibilidad en la poesía castellana* del cubano Nicolás Heredia. Por su carácter, esta obra, que constituye en conjunto y en cada una de sus páginas un vibrante y documentado alegato contra la poesía española, por lo vacía que está de contenido afectivo, es única en la bibliografía hispano-americana.

En cuanto a las *Páginas libres* de Manuel González Prada, ¿quién no ha oído nombrar al famoso escritor peruano, uno de los más elegantes y originales prosistas contemporáneos? ¿Qué vasta cultura, qué prosa rica y variada, qué estilo incisivo y mordaz, qué espíritu libérrimo se manifiestan en cada uno de sus trabajos! Y, singularmente, destacándose por encima de todas las restantes cualidades, ¿qué fantasía ágil y brillante, chisporroteando en mil imágenes, metáforas, símiles, antítesis!... González Prada debe ser leído por los argentinos: es un maestro. Rufino Blanco Fombona ha prologado sus *Páginas libres* con un notable y extenso estudio crítico.

Dejamos pues constancia en esta nota de nuestro aplauso sin reservas a la tarea emprendida por los editores de la *Biblioteca Andrés Bello*. Ya nos hemos de ocupar en breve más extensamente de cada uno de los libros recibidos. Por ahora sólo hemos querido recomendarlos a nuestros lectores, entendiendo hacer con ello obra buena.

La Argentina y cierta opinión española.

El señor Cristóbal de Castro, poeta distinguido, escribe en el *Nuevo Mundo*, de Madrid, unas «Páginas hispano-americanas» en que se propone, según su decir, «reflejar los más interesantes aspectos de la vida económica, política, intelectual y social de todas las naciones donde se habla el idioma castellano». En el artículo que destinara a nuestro país dice cosas muy entretenidas. Nos referimos exclusivamente a las que tratan de nuestra vida intelectual, dejando de lado las otras, no menos pintorescas. Para el señor de Castro, José Ingenieros es un ensayista y Manuel Gálvez un cronista. La obra del primero «se nutre de los moralistas clásicos y de los modernos economistas y sociólogos», y quisiéramos saber cuáles son las crónicas que caracterizan a Gálvez, como el señor Cristóbal de Castro lo imagina.

Supone, además, un «choque entre el nacionalismo filosófico de Ingenieros y el pacifismo internacionalista de Drago», que divide la Universidad, el libro y la misma prensa.

¡Y después de esto, el articulista aconseja a España de enterarse bien! Es cierto que a sus emigrantes poco les importará la obra de Lugones, de Ingenieros o de Rojas, pero exigirán, al menos, exactas informaciones económicas. Si se guiaran por las brevísimas que el señor de Castro les regala, a la verdad que vendrían con ideas asaz fantásticas sobre la Argentina.

Es lástima que la mayoría de los intelectuales españoles tengan sobre nuestro país, al igual del articulista del *Nuevo Mundo*, informes tan inexactos. Y si ni siquiera en España se nos conoce de verdad, ¿dónde se ha de saber, con exactitud, lo que somos?

“La Patria”.

Manuel Ugarte, cuyo nombre al frente de una empresa intelectual, es ya, de por sí, una garantía de éxito, ha fundado un diario vespertino, *La Patria*. Los pocos números del nuevo diario, aparecidos hasta la fecha — el primero fué puesto en circulación el miércoles 24 del corriente —, justifican la expresada confianza en la valerosa empresa y en su director. El programa del nuevo diario es simpático y oportuno, y, conocidas como son las ideas de Manuel Ugarte, fervoroso paladín del ideal americanista, se puede saber desde luego qué tendencias espirituales defenderá este diario, «independiente» por definición, y al que es imposible suponer embanderado en partidos de política chica. El título del nuevo órgano de opinión es ya un bello programa; el nombre de Ugarte al frente, lo completa.

Los primeros números de *La Patria* lo acreditan como un diario moderno, con todos los resortes necesarios para cumplir la compleja función de informar, discutir, criticar, enseñar y dirigir.

Nuestras simpatías y nuestros votos porque logre conquistar el pleno favor del público, lo acompañan.

Advertencia.

En el próximo número publicaremos amplia y completa información sobre la actividad literaria y periodística de los últimos meses. Razones de espacio nos han impedido dar todas las secciones en éste.